

BUENAS NOTICIAS *para* DÍAS GRANDIOSOS



O.S. HAWKINS

BUENAS NOTICIAS
para
DÍAS GRANDIOSOS

O.S.HAWKINS

©2001 por O.S. Hawkins

Todos los derechos están reservados

Publicado por GuideStone Financial Resources de la Convención Bautista del Sur, Dallas, Texas

Clasificación del Sistema Decimal Dewey: 252.6 – dc 21

Tema: SERMONES – DIAS FESTIVOS RELIGIOSOS

Traducido del Inglés al Español por Juan Pablo Benítez y Ana María Lowry de la empresa A & P International, Inc. www.anpintl.com

De no decirse lo contrario, todas las citas bíblicas provienen de la Biblia de Estudio del Creyente, La Santa Biblia, Versión derechos de autor 1991 Nueva Versión King James por el Centro de Estudios Bíblicos Criswell.

Biblioteca del Congreso Catalogada en Datos Publicados Hawkins, O.S.

Buenas Noticias para Días Grandiosos / O.S. Hawkins

p.cm.

Incluye referencias bibliográficas (p.).

ISBN 978 – 0 – 9671584 – 3 – 3.

Biblioteca del Congreso Tarjeta Catálogo Número: 90-15883

Dedicado a:

L. D. Lusk

A través de los años él ha sido un recurso constante de ánimo y apoyo en el ministerio que yo he recibido del Señor. Yo desearía que cada pastor, en cualquier lugar, tuviese a su lado un laico y compañero tan leal, cariñoso y dedicado en su ministerio.



Contenido

Prólogo.....	7
Capítulo 1: Día de Año Nuevo	9
Capítulo 2: Día de la Santidad de la Vida	21
Capítulo 3: Domingo de Ramos.....	51
Capítulo 4: Domingo de Pascua.....	61
Capítulo 5: Día de Graduación.....	73
Capítulo 6: Día de la Madre	85
Capítulo 7: Día del Padre	97
Capítulo 8: Día de la Independencia	107
Capítulo 9: Día de Fondos para la Construcción.....	129
Capítulo 10: Día de Despedida de la Iglesia	159
Capítulo 11: Domingo de Ordenación de Diáconos	171
Capítulo 12: Día de las Relaciones Raciales.....	181
Capítulo 13: Domingo de Administración Financiera....	207
Capítulo 14: Día de Acción de Gracias.....	223
Capítulo 15: Día Mundial de las Misiones.....	237
Capítulo 16: Navidad.....	253

PRÓLOGO

Nota personal:

Si usted sirve en una iglesia Bautista del Sur estos párrafos sin lugar a duda son para usted, y pueden llegar a ser unos de los más importantes que lea. Aunque nunca se “retire” del ministerio, llegará el día en el que se retire del servicio vocacional de la iglesia. Queremos que éste sea un gran día para usted. Y puede serlo, si está preparado.

El rey Salomón nos insta: “Fíjate en la hormiga” ¡Considera lo que hace, y adquiere sabiduría! No tiene quien la mande, ni quien la vigile ni gobierne; con todo, en el verano almacena provisiones y durante la cosecha recoge alimentos” (Proverbios 6:6-8). Si una hormiga es lo suficientemente inteligente como para almacenar recursos a fin de satisfacer las necesidades de un futuro incierto, ¿no deberíamos hacerlo nosotros? Nos da tristeza cuando alguien llega al final de su vida ministerial con pocos o ningunos fondos de jubilación para sus años de declive. Para algunos de ellos sólo hubiera sido necesaria una planificación prudente en sus primeros años.

Es importante empezar temprano en la planeación de la jubilación. Existe algo llamado interés compuesto, lo cual es extremadamente poderoso. Por ejemplo, suponiendo un 8% de interés de retorno anual, si un ministro de 25 años contribuye con 50 dólares mensuales a su cuenta de jubilación, a los 65 años tendría \$174,550. Si la misma persona esperara hasta los 35 años para empezar a ahorrar para la jubilación con los mismos 50 dólares mensuales, a los 65 años tendría

\$74,550, una diferencia de \$100.000. Es importante empezar temprano, pero también es importante empezar dondequiera que usted se encuentre en su camino a la jubilación.

La parte maravillosa y beneficiosa de estar en el programa de GuideStone Financial Resources es la sección de protección. ¿Sabía usted que, si usted o su iglesia contribuyen con tan sólo unos pocos dólares al mes a su cuenta de jubilación, usted recibirá automáticamente, y sin costo, un beneficio para sobrevivientes por valor de hasta 100.000 dólares para quien usted designe como beneficiario? También recibe hasta \$500 mensuales por discapacidad. Se trata de una red de seguridad que cada iglesia debería proporcionarles a sus ministros.

En GuideStone queremos ser su socio permanente a lo largo de todo su ministerio. Ésta es la razón principal detrás de nuevos productos que le darán oportunidades adicionales para ahorrar para la jubilación o para sus necesidades de ahorro. Pronto será capaz de invertir en programas de ahorro personal y IRA(s) además de su cuenta de jubilación 403(b).

Así es, ¿No cree que es momento de que se fije en la hormiga y sea sabio...? Para obtener más información acerca de estos nuevos productos de inversión personal, programas de contribución de herencia dobles, beneficios de protección sin costo alguno, subsidio de vivienda en el retiro, nuestro fondo de asistencia de misiones de la iglesia, nuestros ministerios de ayuda o cualquiera de nuestros otros servicios, visítenos en www.GuideStone.org o llámenos al 1-888-98-GUIDE (1-888-984-8433) y hable con uno de nuestros especialistas en servicio al cliente.

O.S. Hawkins

Día de Año Nuevo: Comenzando un Año Nuevo

Deuteronomio 11:10-24

El Día de Año Nuevo siempre trae consigo una oportunidad para un nuevo comienzo. Para los hijos de Israel había sido un largo viaje. Moisés los había guiado desde Egipto, a través del Mar Rojo, a Cades Barnea, por el desierto, y ahora, acampaban en la orilla oriental del Jordán contemplando la tierra prometida. El libro de Deuteronomio en el Antiguo Testamento registra los sermones que Moisés predicó a su pueblo antes de subir al Monte Nebo, ver la tierra prometida y morir. Después de su muerte los hijos de Israel llegaron a la tierra prometida y tomaron posesión de ella. A lo largo de la ruta del desierto, a menudo hubo momentos en los que algunos sentían desfallecer, poniendo en duda su continuidad y deseando estar en Egipto. Sin embargo, Moisés siguió recordándoles que “Dios nos sacó de allá para conducirnos a la tierra que a nuestros antepasados había jurado que nos daría” (Deut. 6:23).

Por lo tanto, antes de que la bendición de la tierra prometida se volviera una realidad para sus fieles seguidores, Moisés los desafía con estas palabras de Deut. 11: 10-24. Les recuerda que, al cruzar hacia su tierra prometida lo hacen con la provisión de Dios, la presencia de Dios, la promesa de Dios y la protección de Dios.

Al estar a las puertas de un año nuevo nuestros corazones se llenan de expectación y retos. Sólo Dios sabe qué deparará el futuro, pero las posibilidades son ilimitadas. Cuando pasamos a un año nuevo, lo hacemos con los mismos retos que Moisés le planteó a su pueblo hace tanto tiempo. Al llegar a un año nuevo recordamos:

La provisión de Dios



La tierra a la cual pasáis para tomarla es tierra de montes y de valles, que bebe las aguas de la lluvia del cielo; (Deut. 11:11)

¿Qué es lo que Moisés le dice a Israel aquí? O mejor aún, ¿qué es lo que Dios nos dice a nosotros a través de su experiencia? ¿Que Él suplirá nuestras necesidades! ¿Que Él es nuestra fuente! Así como la tierra de Israel, nuestra tierra “es regada por la lluvia del cielo” ¿Cuántas veces hemos visto esto a través de los años, cuando parecía que toda esperanza había desaparecido casi por completo? En aquellos momentos cuando empezamos a sentir que nuestra fuente se estaba acabando, “Dios hizo llover bendiciones sobre nosotros”. De esta manera, llegamos a un año nuevo recordando que Él es nuestra fuente.

Moisés les recordó que la tierra que estaban a punto de

poseer era una tierra de “montes y valles”. Dios nunca nos prometió que siempre sería fácil. No es como estar en la cima de una montaña todo el tiempo. En ocasiones, al igual que los israelitas, nosotros también caminamos por el valle. Pero luego, tenemos momentos en los que, a lo largo del camino, nos encontramos de frente con una montaña que en términos humanos parecería imposible de escalar.

Así es, es una tierra de “montes y valles”. Quien haya viajado a la tierra prometida, habrá notado la realidad de esta expresión visual. Allí encontramos valles profundos; personalmente, he caminado por el Valle del Cedrón y a través de Wadi Kelt. Encontramos montes altos como Monte Hermón y Masada. Hay lugares desiertos en el desierto de Judea, y hay que tener en cuenta el hermoso oasis de Jericó. Los hijos de Israel no tardaron mucho en descubrir que en realidad era una tierra de montes y valles. Comenzaron su conquista de la tierra prometida con la gran victoria en Jericó, para luego caer en el valle de la derrota en Ai en los días posteriores.

Lo mismo nos ocurre a nosotros a lo largo de nuestras vidas. Éstas, son un recorrido a través de “montes y valles”. Gracias a Dios por los montes y las montañas. A menudo, en los valles nos olvidamos de los montes y, lamentablemente, muchas veces cuando estamos en los montes nos olvidamos de los valles. ¡Ambos son importantes! Si no hubiese valles no existirían montes y no llegaríamos a la cima de la montaña. Nunca aprendemos lecciones espirituales estando en los montes, siempre las aprendemos estando en los valles, en donde confiamos y dependemos de la ayuda de Dios para atravesarlos. Los montes están ahí para ampliar nuestra visión,

para hacernos ver nuestro potencial, para darnos un espíritu de conquista. Pero es en los valles en donde más nos volvemos como nuestro Señor. Si pudiéramos, nunca escogeríamos los valles, pero su modo de obrar es distinto al nuestro. De hecho, Él es el Dios de los montes al igual que de los valles.

¿Recuerda usted lo que Elías le dijo a Acab cuando Ben Adad, el general más cruel que jamás haya marchado en las filas de un ejército, sitió la ciudad de Samaria?

Elías dijo: "... 'Por cuanto los Sirios piensan que el Señor es un dios de los montes y no un dios de los valles, yo te voy a entregar este enorme ejército en tus manos, y así sabrás que yo soy el Señor' (1Re 20:28). Así es, es una tierra de montes y valles.

Pero fíjese bien en Deut. 11:11. Dese cuenta de que al llegar a un año nuevo traemos con nosotros la promesa de la provisión de Dios. "Es una tierra regada por la lluvia del cielo." Es decir, Él nos abastece sobrenaturalmente.

Para los hijos de Israel, la tierra de Israel representaba un gran contraste con lo vivido en Egipto. Moisés les recuerda que la tierra que están a punto de poseer. "No es como la de Egipto de donde salieron; allá ustedes plantaban sus semillas y tenían que regarlas como se riega un huerto" (Deut 11:10). ¿Cuál es la diferencia? La tierra de Egipto dependía de los recursos humanos. No había mucha lluvia.

El Nilo era su fuente y se desbordaba una vez al año. Por lo tanto, se requería de un arduo trabajo. Las zanjás y los canales para irrigar la tierra se cavaban a mano. En Egipto todo se realizaba mediante el esfuerzo humano, y el lema era trabajar, trabajar y trabajar. En Egipto no había necesidad de Dios. Se

almacenaba el agua por medios artificiales y los campos eran regados mediante el duro trabajo de los hombres. Egipto no dependía de Dios como lo hacía Canaán.

Hoy en día, hay un sinnúmero de iglesias que funcionan como los hijos de Israel en Egipto. Es decir, lo tienen todo calculado con ingenio humano; cavan sus propias zanjas; no existe ninguna verdadera necesidad de Dios. Llevan a cabo su funcionamiento sin Él, con sus propios planes, iniciativas y promociones. No hacen nada que no se pueda explicar a través de medios humanos. Todo sucede mediante el ingenio y el esfuerzo humano.

Ahora, tenga en cuenta el contraste de la tierra prometida, la cual, “toma agua de la lluvia del cielo”. Canaán fue, y es, dependiente de Dios. La lluvia fue Su regalo. De hecho, esa tierra siempre ha dependido únicamente de Sus provisiones. Quizás es por eso que Él la escogió a ella y a su gente para formar Su iglesia. 1Cor. 10:6 nos recuerda que todo lo que les sucedió a los hijos de Israel ha sido para darnos un ejemplo de esta dispensación de gracia. Es hermoso saber que Él demuestra esto tanto con las lluvias otoñales como con las primaverales. (Deut 11: 14). Las primeras al momento de sembrar y las últimas al momento de cosechar. Y tanto una como la otra son importantes para el cultivo de una buena cosecha.

Cuando comenzamos un año nuevo tenemos la garantía que el mismo Dios que nos envió las lluvias otoñales en el pasado nos enviará las lluvias primaverales en el futuro. Puede que sea una tierra de montes y valles, pero es una tierra “regada por la lluvia del cielo”. Al llegar el año nuevo dependemos de la provisión sobrenatural de Dios. Dios es nuestra fuente, y

tiene una forma de utilizarnos para lograr su propósito. Cuando llegamos al año nuevo lo hacemos con la provisión de Dios. También comenzamos un nuevo año con:

La presencia de Dios



“El Señor su Dios es quien la cuida; los ojos del Señor su Dios están sobre ella todo el año de principio a fin” (Deut 11:12).

Recuerde, el apóstol Pablo nos recuerda que todo lo que les sucedió a los hijos de Israel, les sucedió como ejemplo para nosotros (1 Cor 10: 6). Algunos le dijeron a Moisés que dudaban poder realizar la tarea de tomar posesión de la tierra prometida. Después de todo, la tierra estaba llena de gigantes y ciudades amuralladas. Pero se les había olvidado que cruzaron con las provisiones de Dios y con la presencia de Dios. Era una tierra que “El Señor su Dios es quien la cuida; los ojos del Señor su Dios están sobre ella todo el año de principio a fin” (Deut 11:12).

Algunas de las palabras más dulces en Deuteronomio 11:12 a menudo se pasan por alto. Moisés se refiere al Dios de Israel como “el Dios de ustedes”. Es un Señor y Salvador personal. Estamos en convenio con Él. Somos suyos y Él es nuestro. Moisés le recuerda a su gente que esto es cierto “todo el año de principio a fin”. Al llegar un año nuevo se nos recuerda que Dios nos está observando, que Sus ojos están puestos en nosotros.

El día de año nuevo trae consigo una visión fresca de nuevas oportunidades. Es una bendición llegar a un año nuevo

con la presencia de Dios mismo. ¡Los ojos del Señor están puestos en nosotros! Él vela por la madre que se enfrenta a este año criando a sus hijos sin un marido. Vela por el papá que está bajo una enorme presión por proveerle a su familia. Vela por el adolescente que se enfrenta a las presiones de la adolescencia. ¡Así es, vela por cada uno de nosotros! “El Señor recorre la tierra con su mirada, y está listo a ayudar a quienes le son fieles” (2 Cr 16: 8-10) Como a los hijos de Israel, Él tampoco nos desampara, sino que nos protege. Al pasar a un nuevo año lo hacemos con la provisión y la presencia de Dios, al igual que con:

La promesa de Dios



Si ustedes obedecen fielmente los mandamientos que hoy les doy, y si aman al Señor su Dios y le sirven con todo el corazón y con toda el alma, entonces él enviará la lluvia oportuna sobre su tierra, en otoño y en primavera, para que obtengan el trigo, el vino y el aceite. También hará que crezca hierba en los campos para su ganado, y ustedes comerán y quedarán satisfechos (Deut 11:13-15)

¿Qué le estaba diciendo Moisés a Israel? O mejor aún, ¿qué es lo que Dios nos está diciendo? Recuerde que todas estas cosas les ocurrieron a los hijos de Israel, los cuales son un ejemplo para nosotros en esta dispensación de gracia. Lo más importante que podemos hacer al comenzar un año nuevo es amar a Dios nuestro Señor y servirle con todos nuestros corazones.

A menudo me pregunto, ¿qué sucedería en la Iglesia de Jesucristo si todos los miembros comenzaran a amar al Señor realmente con todo su corazón y a servirle con toda su alma?

Aquí encontramos el propósito principal de los israelitas. ¡Amar a Dios! Todo en la vida tiene un propósito principal. El propósito principal de un bolígrafo es escribir. Prefiero tener un bolígrafo barato de plástico que funcione, a uno costoso que no sirva para nada. El propósito principal de un automóvil es transportarnos de un lugar a otro. Prefiero tener un auto de 10 años que siempre encienda a tener un auto elegante que no funcione. Cuando algo deja de cumplir con su objetivo principal se vuelve inútil. Todos hemos visto patios de demolición con cientos de coches alineados que alguna vez fueron valiosos.

¿Será posible que muchos cristianos sean derrotados porque pocos cumplen su propósito principal? Todos los mandamientos de Dios son puros, pero el Señor Jesús dijo que uno de ellos era el más importante. Amar a Dios con todos nuestros corazones (Mateo 22: 37). Debo añadir que la razón por la cual la mayoría de los otros mandamientos no se cumplen es porque no obedecemos este gran mandamiento. Hombres y mujeres no contaminarían sus cuerpos con el adulterio o la fornicación, si amaran a Dios con todo su corazón. No es de extrañar que Moisés mencionara esta severa advertencia relacionada con la promesa de Dios en Deuteronomio 11: 13-14.

Moisés les recuerda a los hijos de Israel y a nosotros que lo más importante es amar a Dios. Debemos amar a Dios primero y luego al hombre. Ésta es la falacia del humanismo

que tanto se infiltra en gran parte de nuestra cultura. Dice que la manera de amar a Dios es amar al hombre primero. La Biblia dice que la única forma verdadera de amar a otros en el más alto de los niveles es amar a Dios supremamente. Al comenzar un año nuevo, lo hacemos con la promesa de Dios. ¿Cuál es nuestro objetivo principal? Amarlo. Amar a Dios y servirle con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma.

De esta manera, comenzamos un año nuevo con la provisión de Dios. Se nos recuerda Que Él es nuestra fuente. Lo comenzamos con la presencia de Dios. Recordamos que sus ojos están puestos en nosotros desde el comienzo hasta el final del año. Pasamos de un año a otro con la promesa de Dios. Si lo amamos y le servimos con todo nuestro corazón, Sus bendiciones caerán sobre nosotros. Por último, al comenzar un año nuevo lo hacemos con:

La protección de Dios



“¡Cuidado! No se dejen seducir. No se descarríen ni adoren a otros dioses, ni se inclinen ante ellos, porque entonces se encenderá la ira del Señor contra ustedes, y cerrará los cielos para que no llueva; el suelo no dará sus frutos, y pronto ustedes desaparecerán de la buena tierra que les da el Señor.

Grábense estas palabras en el corazón y en la mente; átenlas en sus manos como un signo, y llévenlas en su frente como una marca.

Enséñenselas a sus hijos y repítanselas cuando estén

en su casa y cuando anden por el camino, cuando se acuesten y cuando se levanten; escríbanlas en los postes de su casa y en los portones de sus ciudades.

Así, mientras existan los cielos sobre la tierra, ustedes y sus descendientes prolongarán su vida sobre la tierra que el Señor juró a los antepasados de ustedes que les daría.

Si ustedes obedecen todos estos mandamientos que les doy, y aman al Señor su Dios, y siguen por todos sus caminos y le son fieles, entonces el Señor expulsará del territorio de ustedes a todas esas naciones. Así podrán desposeerlas, aunque sean más grandes y más fuertes que ustedes. Todo lugar que pise la planta de su pie será suyo. Desde el desierto hasta Líbano, y desde el río, el río Éufrates, hasta el mar occidental.” (Deut.11:16-24)

¿Qué es lo que Moisés le trata de decir a Israel? O mejor aún ¿qué es lo que Dios nos quiere decir, teniendo en cuenta que lo que les ocurrió a ellos fue un ejemplo para nosotros? Quiere recordarnos que el Señor irá en frente de nosotros derribando a nuestros enemigos. Su protección lleva consigo una advertencia. “¡Cuidado! No se dejen seducir. No se descarríen ni adoren a otros dioses, ni se inclinen ante ellos, porque entonces se encenderá la ira del Señor contra ustedes, y cerrará los cielos para que no llueva; el suelo no dará sus frutos, y pronto ustedes desaparecerán de la buena tierra que les da el Señor.” (Deut. 11:16-17). De nuevo, fíjese en la importancia de amar a nuestro Dios. “Si ustedes obedecen

todos estos mandamientos que les doy, y aman al Señor su Dios, y siguen por todos sus caminos y le son fieles” (Deut. 11:22). Para aquellos que nos preguntamos por qué puede que estemos viviendo sin la provisión y la protección de Dios, la razón podría encontrarse en este versículo.

Moisés está atando su pueblo a la palabra de Dios. Fíjese la forma en que los desafía--- “Grábense estas palabras en el corazón y en la mente; átenlas en sus manos como un signo, y llévenlas en su frente como una marca. Enséñenselas a sus hijos y repítanselas cuando estén en su casa y cuando anden por el camino, cuando se acuesten y cuando se levanten.” (Deut. 11:18-19). Moisés sabía que la única forma en la que su gente podría amar al Señor con todo su corazón era saturándola con una apreciación consciente de su palabra.

A medida que comenzamos un nuevo año, lo hacemos con la protección de Dios. Moisés prosigue diciéndoles, “Entonces el Señor expulsará del territorio de ustedes a todas esas naciones. Así podrán desposeerlas, aunque sean más grandes y más fuertes que ustedes. Todo lugar donde planten el pie será de ustedes; su territorio se extenderá desde el desierto hasta el monte Líbano, y desde el río Éufrates hasta el mar Mediterráneo. Nadie podrá hacerles frente. Por dondequiera que vayan, el Señor su Dios hará que todo el mundo sienta miedo y terror ante ustedes, como se lo ha prometido.” (Deut. 11:23-25). Así es, fue un largo recorrido para los hijos de Israel caminando durante décadas por el desierto. Moisés los guió todo el camino. Y luego, al llegar al final de sus días les dijo, “La tierra que van a poseer es tierra de montes y de valles, regada por la lluvia del cielo. El Señor su Dios es quien

la cuida; los ojos del Señor su Dios están sobre ella todo el año, de principio a fin (Deut. 11:11-12).

Cuando llegamos a un año nuevo, Moisés nos recuerda que nosotros también necesitamos

de la provisión de Dios. Depender del esfuerzo humano es una tontería. Necesitamos de la presencia de Dios. Habrá momentos en los que, al igual que los hijos de Israel, nos preguntemos dónde está Dios. Pero sus ojos siempre están puestos en nosotros. Llegamos con la promesa de Dios. Puede haber ocasiones en las que esto es a lo único que nos podemos aferrar. Y, seguimos adelante con su protección. Puede haber ocasiones en las que no contemos con ayuda ni tengamos esperanza, a menos de que Dios intervenga sobrenaturalmente.

Nosotros también hemos tenido un recorrido. Pero ahora hemos llegado. Estamos a punto de comenzar un año nuevo con nuevas oportunidades y comienzos. Él nos ha traído para poder llevarnos a una tierra de bendiciones. Así que al llegar a un año nuevo, hagamos lo que hicieron aquellos que ya se han ido:

Amemos a Dios... sigamos sus caminos... y seámosle fieles.

Día de la Santidad de la Vida: Elija La Vida

Deuteronomio 30:19

“La identidad legal no existe antes de nacer”...así lo declaró la Corte Suprema de Estados Unidos en la famosa decisión del caso Roe contra Wade, dictada el 22 de enero de 1973. Desde ese día, millones de bebés han sido abortados legalmente en este país. Entre sus consecuencias no sólo están el aborto de millones de vidas, sino los trágicos traumas sufridos por millones de madres. “La identidad legal no existe antes de nacer”; díganle esto a la señora que me escribió estas palabras:

“Casi a los cuarenta años, y después de cuatro hijos, descubrí que estaba embarazada. Mi esposo sugirió el aborto. Sin embargo, en mi corazón sabía que estaba mal y, desde entonces, he sufrido un terrible remordimiento. Hay una habitación vacía en nuestro hogar— ¡un recordatorio constante! Los médicos pudieron controlar mi problema, pero nadie puede liberar mi dolor por la pérdida de una vida tan preciosa creada por Dios mismo. Llevo esta terrible pena conmigo en

este momento y la llevaré por el resto de mi vida, esta herida es mía. Puede decirles a las mujeres jóvenes que estén considerando el aborto, que una mujer nunca olvida a su bebé. El recuerdo vive para siempre.”

El 1 de julio de 1976, en la semana de la celebración de nuestro bicentenario nacional (National Bicentennial Celebration), la Corte Suprema amplió su decisión de 1973, resolviendo que el aborto podía ser practicado a hijas menores sin el conocimiento de sus padres. ¡Qué extraño es este país, un adolescente no puede pedir una aspirina en una enfermería de la escuela sin permiso de los padres, pero puede realizarse un aborto sin su consentimiento! La decisión de 1976 también amplió la de 1973, permitiendo a las mujeres practicarse un aborto sin el conocimiento o consentimiento del padre del bebé. Mientras un padre debe pagar la manutención en otros casos (y con razón), a menudo no se le permite decidir si quiere que su hijo entre al mundo o no.

Quizás ningún otro asunto moral o social tenga tantas facetas como el debate acerca del aborto. Cualquier debate serio sobre el tema llega finalmente a un punto central: ¿cuándo comienza la vida? Esta es “la gran pregunta”. Algunos dicen que la vida comienza al nacer, afirmando que hasta que el bebé no salga del útero no es considerado un ser humano, simplemente un “feto”. Otros, dicen que la vida comienza cuando el feto ha crecido y se ha desarrollado lo suficiente para vivir fuera del útero si es necesario. En consecuencia, este pensamiento en particular diría que la vida comienza a los cinco o seis meses de gestación. Otros, dicen que la vida comienza cuando el bebé tiene ondas cerebrales medibles. El

argumento aquí es que la secesión de una onda cerebral marca el final de la vida humana, y así es, naturalmente, a razón de que el principio de las ondas cerebrales sería el comienzo de ésta. Una onda cerebral puede medirse aproximadamente seis semanas de la concepción. Por otro lado, otros afirman que la vida comienza cuando el bebé desarrolla un ritmo cardíaco medible. Esos defensores, por tanto, dicen que la vida comienza aproximadamente tres semanas después de la concepción. Y, finalmente, otros afirman que la vida comienza en la concepción. Es decir, cuando la célula masculina y la femenina se unen, iniciando así el proceso de la vida.

¿Cuándo comienza la vida? Considere por un momento el argumento de la ciencia. El núcleo de una célula humana se compone de 46 cromosomas. Veintitrés son proporcionados por el padre y 23 son proporcionados por la madre. Los abortistas sostienen que durante la etapa embrionaria de desarrollo y en las primeras etapas de desarrollo del feto, el bebé no podría sobrevivir sin el cuerpo de la madre. Por lo tanto, su argumento es que es moral deshacerse del feto si se desea. Pero la verdad es que el mismo bebé tampoco podría sobrevivir sin el cuidado de la madre después de su nacimiento a los nueve meses. Si siguiéramos este concepto erróneo, entonces la conclusión sería que se podría matar al bebé incluso después de nacer.

Es un hecho de la biología que la única célula que la madre le aporta al bebé es la primera (23 cromosomas), cuando se encuentra con la célula del padre y se combinan. En este momento se lleva a cabo la concepción, y se crea una nueva persona. En la estructura de la célula, el bebé es parte

tanto del padre como de la madre. Obviamente, durante la gestación, el bebé se alimenta de la madre a través del cordón umbilical. Pero cabe señalar que sólo el bebé se alimenta. Después del nacimiento, el mismo bebé también depende de ser alimentado por la madre fuera del útero.

Después de la concepción, el niño no recibe ninguna vida nueva o adicional por parte de la madre. No es una parte de su cuerpo que pueda eliminarse como una verruga o un tumor. Es una persona individual.

Es increíble cómo los activistas del aborto se abstienen de utilizar el término “bebé” para el nonato y en su lugar se aferran a la menos íntima palabra, “feto”. Es como si esto diera más la impresión de que el bebé es simplemente una parte de la anatomía de la madre, como la vesícula biliar o el apéndice. Suena mucho mejor decir extraer el feto que matar al bebé. Los activistas a favor del aborto deberían saber que la palabra “feto” es una palabra del latín. ¿Qué significa en latín? Significa “niño”. La vida es un proceso continuo, y cada uno de nosotros forma parte de él. Algunos están recién concebidos; otros, se están desarrollando en el útero; algunos, acaban de nacer; otros, son bebés en la guardería; algunos, han completado el primer día de escuela; otros, son adolescentes; algunos, son adultos; otros, son ancianos. Pero todos estamos en una etapa de desarrollo gradual. Y el hombre es una persona en cualquier etapa de este desarrollo.

¿Cuándo comienza la vida? Considere por un momento el argumento de las escrituras. Sólo por el hecho de que muchas personas, influenciadas por tendencias de la Nueva Era, hayan puesto la Biblia en un estante pensando que es

un libro desgastado de la antigüedad, no significa que lo sea. Millones de personas guardan sus verdades cerca de sus corazones. Sus palabras y leyes han sido los cimientos de cada democracia y república decente en la historia del mundo. Creemos que revela verdad, y es nuestro último estándar. Jesús no llegó a la humanidad al momento de nacer en Belén, sino en su concepción en Nazaret. Las escrituras registran: “se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.” (Mateo 1:20). El ángel le anunció a María, “Quedarás en cinta y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús”. (Lucas 1:31)

Como muchos saben, el Nuevo Testamento fue escrito en griego, ya que fue el primer lenguaje universal escrito durante el primer siglo de nuestra era.

Los griegos tienen más de un término para nuestra palabra en español, “niño”. La palabra más común, encontrada más de noventa y ocho veces en el Nuevo Testamento griego, es la palabra “teknon.” La palabra habla de un niño visto en relación con sus padres.

Sin embargo, hay una palabra muy interesante que se encuentra tan sólo ocho veces en el Nuevo Testamento griego, y ésta arroja una luz acerca de lo que la Biblia nos enseña sobre el feto. Es la palabra griega, “brephos”. Tenga en cuenta su uso en los siguientes versos:

Este rey usó de artimañas con nuestro pueblo y oprimió a nuestros antepasados, obligándolos a dejar abandonados a sus

hijos recién nacidos (brephos) para que murieran (Hechos 7:19)

También le llevaban párvulos (brephos) a Jesús para que los tocara. Al ver esto, los discípulos reprendían a quienes los llevaban (Lucas 18:15).

Desde tu niñez (brephos) conoces las Sagradas Escrituras, que pueden darte la sabiduría necesaria para la salvación mediante la fe en Cristo Jesús (2 Timoteo 3:15).

Deseen con ansias la leche pura de la palabra, como niños recién nacidos (brephos). Así, por medio de ella, crecerán en su salvación (1 Pedro 2:2).

Esto les servirá de señal: Encontrarán a un niño (brephos) envuelto en pañales y acostado en un pesebre (Lucas 2:12).

Así que fueron de prisa y encontraron a María y a José, y al niño (brephos) que estaba acostado en el pesebre (Lucas: 16).

En todos los versículos anteriores la palabra *brephos* describe un bebé que ya ha nacido. ¡Un bebé que está fuera del útero! Es decir, ¡Un verdadero ser humano vivo! Pero hay dos otros versículos en las escrituras en la que se utiliza la misma palabra griega (*brephos*). Uno es en Lucas 1: 41 donde las escrituras registran, “Tan pronto como Elisabet oyó el saludo de María, el bebé (*brephos*) saltó en su vientre. Entonces Elisabet, se llenó del Espíritu Santo”. El otro es en Lucas 1:44, “Te digo que tan pronto como llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de alegría el bebé (*brephos*) que llevo en el vientre”. Fíjese que en cada uno de estos casos, el *brephos* (bebé) todavía está en el útero. Es bastante claro que Dios considera al feto más que simplemente un pedazo de tejido. Lo considera tan ser humano como al niño que ya ha nacido y está jugando, como al niño

que corre por el parque. En el vocabulario de Dios, ese pequeño “bultico” de amor dentro del útero es tan brephos como el niño que descansa en el corralito. Dios utiliza la misma palabra para identificarlos a ambos.

Incluso hay un sentido en que el que la cuestión de la vida va más allá de la ciencia y las escrituras. Así es, incluso antes de la concepción en los Concilios Eternos del Dios Creador. Dios trata con nosotros no sólo después de nuestro nacimiento para toda la eternidad, sino antes de nuestro nacimiento y concepción, y de todo el pasado eterno. Dios le dijo a Jeremías, “Antes de formarte en el vientre, ya te había elegido; antes de que nacieras, ya te había apartado; te había nombrado profeta para las naciones” (Jeremías 1:4-5). “Así ella habría sido mi tumba, y yo jamás habría salido de su vientre” (Jeremías 20:17).

Si se hubiera llevado a cabo un aborto al feto dentro del útero de la madre de Jeremías, de igual manera hubiese sido Jeremías. Y aunque su madre pudiese no haber sabido su nombre, Dios sí. Así es, la vida comienza incluso antes de la concepción en el Eterno Concilio de Dios. El gran apóstol Pablo lo plantea de la siguiente manera: “Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor” (Efesios 1:4).

Así las cosas, si la vida está presente en la concepción, como lo revelan sin dudar tanto la ciencia como las escrituras, entonces, como cristianos no hay cabida para la neutralidad. Salomón, el hombre más sabio que haya existido, dijo: “Rescata a los que van rumbo a la muerte; detén a los que a tumbos avanzan al suplicio. Pues aunque digas, “Yo no lo sabía”, ¿no habrá de darse cuenta el que pesa los corazones? ¿No habrá de

saberlo el que vigila tu vida? ¡Él le paga a cada uno según sus acciones!” (Proverbios 24:11-12).

La razón principal por la cual la demanda de abortos por conveniencia es la ley de la tierra no se debe a la minoría militante de las mujeres liberacionistas ni a los políticos, sino más que todo a las personas morales que no hacen nada y dicen poco, mientras caminan al otro lado de la calle haciendo caso omiso a esta plaga nacional. Tal vez, lo más sorprendente es el silencio de las grandes iglesias tradicionales en el corazón de las ciudades en todo Estados Unidos.

¿Dónde están las voces de todas las Primeras Iglesias Bautistas de nuestra tierra?

¿Dónde están las voces de la Primera Iglesia Presbiteriana y de las Primeras Iglesias Metodistas? En convenciones recientes, algunas denominaciones han adoptado incluso posiciones abortistas. Tal vez Joel lo preguntó mejor hace 2.500 años cuando gritó: “¿Dónde están todos los profetas y predicadores que lloran entre la puerta y el altar por los pecados de la gente?”

La iglesia prácticamente guarda silencio con respecto a que hoy un niño que por ley estatal es demasiado joven para beber alcohol, demasiado joven para votar, y demasiado joven para conducir un auto, tiene legalmente permitido destruir una vida antes de nacer sin siquiera notificar a sus padres. ¿Qué tipo de nación nos hemos vuelto? En general, la iglesia y la sinagoga guardan silencio sobre la santidad de la vida y dejan que la verdad del Torá y la buena noticia del Evangelio se rindan ante las mentiras de los abortistas. La llamada de Moisés truen a través de los siglos “Hoy pongo al cielo y a la tierra por testigos contra ti, de que te he dado a elegir entre la vida y la muerte,

entre la bendición y la maldición. Elige, pues, la vida, para que vivan tú y tus descendientes” (Deuteronomio 30:19).

El Dr. James Dobson ha observado con inteligencia que “Todos los argumentos acerca del aborto se originan en la idea de si uno cree que un nonato es un ser humano vivo o no. Si usted cree que el nonato es una persona, entonces, todas las exclusiones periféricas como violación e incesto se vuelven una insensatez”. ¿Mataría usted a un bebé de un mes en una cuna porque fue víctima de una violación? ¡Por supuesto que no! Por tanto, no se le debería quitar la vida al mismo bebé simplemente porque está un par de semanas atrás en su desarrollo dentro del útero. Así es, Dios nos ha “dado a elegir entre la vida y la muerte, entre la bendición y la maldición. Elija, pues, la vida, para que vivan usted y sus descendientes”.

Cuando era pastor en Florida, algunos activistas a favor del aborto se reunieron en el edificio de la Corte Federal (Federal Court House Building) al frente de la calle de nuestra Primera Iglesia Bautista en el centro de Fort Lauderdale. Crucé la calle para observar la manifestación y escuchar sus argumentos. Lo que más me sorprendió fueron las pancartas que llevaban. Tenían escritas las declaraciones más paradójicas e hipócritas que uno pueda llegar a imaginar. De hecho, nuestros propios argumentos para elegir la vida se encontraban en los carteles y temas que promovían. Llevaban consigo pancartas tales como: “no me impongan su moral”, “mantengan legal el aborto”, “alejen sus leyes de mi cuerpo” y “mantengan seguros los abortos”. Mientras los observaba y pensaba en estas pancartas, varios pensamientos corrieron por mi mente. Ahora bien, pensemos en sus consignas por un momento.

Entre los activistas había una dama atractiva que lucía unos anteojos con marco de carey, con la obvia apariencia de una abogada o una profesional, cargando una pancarta que decía: “¡no me impongan su moral!” Ahora, pensemos en el significado de esta frase. Si de hecho la vida comienza con la concepción, el hecho es evidente: el aborto es una cuestión moral.

Durante siglos, cuando los médicos han obtenido sus diplomas, han tomado un juramento llamado Juramento Hipocrático. Muchos médicos lo tienen enmarcado en sus consultorios con un marco fino y escrito en letra cursiva fluida. Una parte de este Juramento Hipocrático reza: “No me avendré a pretensiones que afecten a la administración de venenos, ni persuadiré a persona alguna con sugerencias de esa especie; me abstendré igualmente de suministrar a mujeres embarazadas pesarios o abortivos”. Al hacer una lista de algunas de las cosas que Dios odia, Salomón menciona una: “las manos que derraman sangre inocente” (Proverbios 6:16). Mientras leo aquella pancarta, me imagino las manos ensangrentadas de un médico que tomó el Juramento Hipocrático, prometiendo nunca administrar a sabiendas ningún medicamento que pudiese perjudicar la vida. ¡Para Algunos médicos hoy ya no es más el Juramento Hipocrático sino el juramento hipócrita!

Al observar la consigna de la señora, también me imaginé la sangre de la víctima inocente que nunca tuvo una oportunidad de tener el derecho a “la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad” como lo garantiza nuestra Constitución. ¿Cuánto tiempo continuará Dios bendiciendo a una nación que es tan descaradamente ajena a su palabra? El antiguo profeta judío Joel dijo: “Pero Egipto quedará desolado, y Edom convertido

en desierto, por la violencia cometida contra el pueblo de Judá, en cuya tierra derramaron sangre inocente” (Joel 3:19). ¿Por qué quedaron desolados? Porque “derramaron sangre inocente en su tierra”. Y aún así, la mujer sigue cargando su pancarta--- “No me impongan su moral”.

¡Elección! Esa es la clave de los defensores Pro-elección. Su grito es largo y sonoro: “Ustedes los que están a favor de la vida intentan quitarme mi poder de elección. ¡No me impongan su moral!” Ahora piense en esto. ¿Le estamos quitando su poder de elección? Piense en las decisiones que se toman, las cuales llevan a la demanda de tantos abortos por conveniencia. Tengamos en cuenta por un momento las decisiones tomadas por una mujer en particular. ¿Voy al bar de solteros en la noche? Y toma una decisión: ¡Sí! ¿Coqueteo con el hombre que conocí en el bar o no? ¡Sí!--- decide de nuevo. ¿Salgo con él o no? Y una vez más elije---- ¡Sí! ¿Tengo sexo con él o no? ¡Sí!--- vuelve a elegir ¿Debería tener sexo sin preparación ni control natal? ¡Sí!---- Elige por última vez. ¡Luego queda embarazada, y sale a gritar que estamos tratando de quitarle su libertad de elegir!

Ella eligió, y, ahora, en sus entrañas hay un ser humano vivo, y dos errores nunca dan como resultado algo correcto. Debe tener el carácter e integridad para dejar de decir que alguien le está quitando su poder de decidir. Ella escogió. No es que nosotros le estemos imponiendo nuestra moral, ella nos está imponiendo su inmoralidad a nosotros... y al bebé que está por nacer, a menudo, pidiendo que se pague por un aborto financiado por el Gobierno Federal al mismo tiempo.

Los principios morales del pasado han dado paso a una serie de problemas éticos en nuestros días. Desde las industrias

del cine y la música, y desde los medios de comunicación escuchamos los gritos egoístas de miles de voces incitando a nuestros hijos a llevar un estilo de vida marcado por la promiscuidad sexual y el sexo prematrimonial. En los salones de clase la educación sexual moderna es perpetrada a nuestros hijos, muchas veces, sin la base de un estándar moral de moderación. Y, sin embargo, la mujer sigue cargando su pancarta, “No me impongan su moral”. Debería tener un subtítulo que dijera, “Estoy demasiado ocupada (con ayuda del Gobierno y aprobación) imponiéndole a usted y a sus hijos mi inmoralidad”. La misma larga tradición legal que reconoce mi derecho a controlar mi propio cuerpo, también reconoce la ilegalidad de hacerle daño al cuerpo de otra persona.

“No me impongan su moral”. ¿Realmente quieren decir esto los partidarios del aborto? Después, dicen, “personalmente me opongo a la discriminación de sexos”; Sin embargo, si otros quieren tener discriminaciones de este tipo, están en su derecho. No me impongan su moral. Personalmente me opongo a la discriminación racial. Sin embargo, si otros quieren discriminar respecto a las bases raciales, están en su derecho. No quiero imponerles mi moral”. Qué hipocresía la que tienen estos hombres y mujeres al cargar sus pancartas----- “¡No me impongan su moral!”

La moral es la fuerza de cualquier nación. Si Estados Unidos cae, no será por causa de un ejército debilitado, sino como resultado de una moral debilitada. Por supuesto que necesitamos la fuerza militar, pero más que eso necesitamos fuerza moral y carácter. La esperanza de Estados Unidos está en un verdadero arrepentimiento. Dios dijo, “Si mi pueblo, que

lleva mi nombre, se humilla y ora, y me busca y abandona su mala conducta, yo lo escucharé desde el cielo, perdonaré su pecado y restauraré su tierra” (2 Crónicas 7:14).

En muchos sentidos, Estados Unidos se ha vuelto un país esquizofrénico con relación a los asuntos de la vida. Es irónico que, a menudo, los mismos que cargan letreros fuera de nuestras cárceles estatales y federales con consignas a favor de la vida de los culpables de asesinato y condenados a muerte, sean los mismos que cargan pancartas a favor del aborto en mítines, promoviendo el continuo sacrificio de millones de nonatos inocentes en clínicas de aborto. Cualquier sociedad que permita la continua matanza de sus nonatos no sobrevivirá indefinidamente. Así es, la pancarta me llamó la atención. “No me impongan su moral”. ¿Puede haber algo más hipócrita o paradójico que esto? Lo que estamos viendo en nuestra nación es que la gente buena y devota por fin se está hartando de que otros le impongan su moral.

Otra mujer llevaba un letrero que decía, “mantengan legal el aborto”. Ahora, pensemos en esta consigna por un momento. Muchas personas dicen, “está bien abortar porque es legal”. Pero sólo porque algo es legal no significa que sea moral o correcto. Es interesante lo que los abortistas dicen acerca del feto. Dicen que no es una persona; que no posee alma; que no posee ningún derecho legal. En su opinión, el feto es simplemente un pedazo de una “propiedad” que pertenece a la madre y puede eliminarse según su voluntad. ¡Y es legal!

¿No le suena muy conocido? Sin lugar a duda, esto debe sonarle muy conocido a cualquier afroamericano. Nuestros libros de historia estadounidense están repletos de marcas de

vergüenza causadas por la esclavitud en el carácter de nuestra nación. ¿Qué decían los propietarios de esclavos acerca de sus esclavos negros? Decían que no eran personas.

No poseían ningún derecho legal. Algunos propietarios, incluso, a causa de su estupidez y ceguera, afirmaban que no tenían alma. Eran simplemente una propiedad perteneciente al dueño y se podía disponer de ellos según la voluntad de éste. ¡Y era legal! ¿Le suena conocido?

Los partidarios del aborto no son diferentes a los dueños de esclavos, en el sentido que luchan por sus derechos, ignorando lo que deberían ser los derechos legales de los demás. ¡Gracias a Dios la gente de bien y de moral asumió una posición en contra de la esclavitud! Se provocó una guerra civil, pero lucharon por lo correcto. Gracias a Dios hoy la gente buena con principios morales está asumiendo una vez más una posición contra el aborto. Desde los días de los abolicionistas y Abraham Lincoln, la consciencia estadounidense no había alzado su voz tan enfáticamente en contra de una práctica nacional tan vergonzosa.

Alguna vez fue legal poseer esclavos en este país. ¡Pero eso no significa que fuera correcto! Gracias a Dios caímos en cuenta y pudimos enmendar este terrible mal. Hoy, es legal matar a los bebés en el útero, pero al igual que en el caso de los esclavos, no significa que sea correcto. Este país se embarcó en una guerra para enmendar los errores de la esclavitud, y en este momento se sienten vientos de guerra política respecto al tema del aborto. ¡Es algo que no va a desaparecer! Hombres y mujeres de conciencia están alzando sus voces contra esta vergonzosa desgracia.

Chuck Colson nos recuerda otro ejemplo histórico que

ofrece muchas esperanzas. “El político cristiano William Wilberforce luchó contra los intereses políticos y económicos tan profundamente arraigados en el comercio de esclavos en Inglaterra. Se enfrentó a los tribunales que sostenían que los esclavos no eran nada más que una propiedad. A pesar de la abrumadora oposición, Wilberforce y un pequeño grupo de cristianos afines perseveraron. Oraban durante tres horas al día, distribuían literatura antiesclavista, movilizaban iglesias y grupos de ciudadanos y, al final, obtuvieron una gloriosa victoria que erradicó el comercio de esclavos.

Pero lo que no fue tan glorioso fue el hecho de que su campaña tomó veinte años. Fueron derrotados una y otra vez en la Cámara de los Comunes (House of Commons). Fueron satirizados en caricaturas políticas y despreciados por la élite de la sociedad. Pero persistieron y pudieron enmendar el tremendo mal”.

Si el aborto sigue siendo legal en Estados Unidos, ¿Cuáles serán los siguientes seres humanos en ser destruidos legal y sistemáticamente? ¿Los retrasados mentales? ¿Los minusválidos? Ciertamente, ya se están dando señales de que los próximos serán los ancianos. La eutanasia es la siamesa del aborto. Si los defensores de la elección argumentan en contra de traer “niños no deseados” al mundo, ¿cuánto cree que tardarán en querer sacar del mundo a los “ancianos no deseados”?

La próxima vez que vea un mitin a favor del aborto piense por un segundo en la consigna que dice: “mantengan legal el aborto”. Recuerde, sólo porque algo es legal no significa que sea correcto. ¡Nuestras leyes deben cambiar! Una mujer que ha vivido a través de los años el trauma de un aborto escribió, “Si

el aborto no hubiese sido legal, no habría tenido que vivir estos oscuros años de depresión.”

En el mitin del aborto al cual asistí, había una manifestante bastante ruidosa y vengativa que llevaba puesto un letrero en forma de sándwich que llevaba la siguiente consigna: “alejen sus leyes de mi cuerpo”. Ahora, esta afirmación parece correcta.

Así es. Estoy de acuerdo con lo que dice. No quiero que el Gobierno legisle en cuanto a mis derechos o cuidados médicos. Hay muchas decisiones médicas que deberían ser personales. Algunos lectores de este libro se han realizado cirugías plásticas. Esa es su decisión personal. Otros, han querido donar órganos. Esa es una decisión personal. Algunos, han sufrido diferentes tipos de cáncer y se han realizado tratamientos. Esa es una decisión personal. No hay nada de malo en no querer que el Gobierno intervenga en nuestros cuerpos. Por lo tanto, estoy de acuerdo con el letrero que dice: “alejen sus leyes mi cuerpo”. Sin embargo, la mujer en estado de embarazo no sólo debe pensar en un cuerpo, ¡hay dos!

Aquellos que están influenciados por el aborto y siguen la ética judeo-cristiana tienen un dilema en el hecho de que, lo crean o no, en el útero hay una persona. Considere estas palabras del salmista:

“Tu creaste mis entrañas; me creaste en el vientre de mi madre. ¡Te alabo porque soy una creación admirable! ¡Tus obras son maravillosas y esto lo sé muy bien! Mis huesos no te fueron desconocidos cuando en lo más recóndito era yo formado, cuando en lo más profundo de la tierra era yo entretejido. Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación: todo estaba escrito en tu libro; todos mis días se estaban diseñando, aunque no existía

uno solo de ellos” (Salmo 139:13-16).

Sin duda, estas palabras, nos enseñan que lo que se está desarrollando en el útero no es un trozo de tejido, sino una expresión de la mayor creación de Dios, ¡el hombre! Es Dios mismo quien trabaja a través de los procesos creativos en el cuerpo de una mujer cuando está embarazada. Qué otra explicación se le puede dar a que dos pequeños fragmentos de protoplasma se junten y se desarrollen en todas las complejidades de un sistema nervioso, un sistema circulatorio, un sistema respiratorio, un sistema digestivo.... Así es, “Tu creaste mis entrañas; me creaste en el vientre de mi madre” (Salmo 139:13).

Un ser humano existe desde la concepción y no más tarde, cuando se le comienza a ver como un recién nacido. David dijo, “Yo sé que soy malo de nacimiento; pecador me concibió mi madre (Salmo 51:5).” Así es, los ojos de Dios “vieron mi cuerpo en gestación: todo estaba escrito en su libro; todos mis días se estaban diseñando, aunque no existía uno solo de ellos” (Salmo 139:16).

La mayoría de los defensores del aborto describen al feto sólo como una masa de tejido. Lo llaman un “producto de la concepción”. Así las cosas, no es de extrañar que el letrado de la señora diga, “alejen sus leyes de mi cuerpo”. Pero el creador no ve una masa de tejido en el útero, ve una persona. Cuando Rebeca estaba embarazada con sus gemelos, Jacob y Esaú, consultó a Dios en apuros y Él le dijo: “Dos pueblos se dividen desde tus entrañas. Uno será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor” (Génesis 25:23).

Los abortistas dicen que remover el feto no es diferente a eliminar un coágulo de sangre. Pero Dios no vio un coágulo de

sangre en el vientre de Rebecca. Vio dos hijos varones. Él no ve al feto como vería a una parte del cuerpo de la madre, como el bazo o el apéndice. En el útero, Dios ve vida, vida individual. Una enfermera de nuestra iglesia nos contó acerca de un punto de inflexión en su propia experiencia. Cuando tenía que trabajar en el turno nocturno en uno de nuestros hospitales locales, una joven llegó con un dolor abdominal inferior. Dos días antes había tenido un aborto salino. La joven se colocó en una cuña. Cuando la enfermera retiró la cuña, entre los coágulos de sangre y tejido, vio un feto de unos dos meses. En sus palabras, “El pequeño corazón estaba latiendo y el cordón umbilical todavía estaba conectado mientras el bebé aún estaba vivo. No puedo describir lo mal que me sentí. Comencé a llorar. No era una masa de tejido, sino una vida humana. Si tan sólo las mujeres que están a favor de la elección pudiesen presenciar un aborto, las cosas podrían ser muy diferentes”.

Los abortos por conveniencia están en aumento hoy en día. Reflexione acerca de la siguiente columna del columnista sindicado George Will, y piense qué decidiría. Aquí está el caso. “El padre tiene sífilis, la madre tuberculosis. Tuvieron cuatro hijos. El primero de ellos era ciego. El otro murió. El tercero era sordo e idiota. El cuarto tenía tuberculosis.

La madre ahora está embarazada con su quinto hijo, pero está dispuesta a abortar.

Si usted le dijera qué decisión tomar ella la tomaría. ¿Qué decisión tomaría por ella? Si eligió el aborto, felicitaciones, ¡acaba de matar a Beethoven!”

Trágicamente, para algunos bebés nonatos las inolvidables palabras de Jeremías 20:17 se han convertido en su epitafio, “Mi

madre, mi tumba”, ya que millones de madres han convertido sus vientres en tumbas para sus propios bebés.

Si es adecuado luchar por la igualdad y los derechos civiles para nosotros, es una hipocresía no hacerlo por quienes no hablan por sí mismos. Si es correcto regular la forma en la cual se pueden matar animales en nuestra sociedad y la prohibición, por ley, de ciertos tipos de trampas, es muy hipócrita no hablar por aquellos que no lo pueden hacer por sí mismos. Si el ganado no puede ser sacrificado en formas que se consideren imprudentes por causar dolor, y si por ley se les debe dar muerte a los perros y gatos callejeros de forma humana, es una hipocresía que aquellos que se hacen llamar humanos ignoren a quienes no pueden hablar por sí mismos.

Hasta que no nace, un bebé no puede ser visto por el ojo humano. Estoy convencido de que si el útero fuese transparente, habría menos abortos. Si las jóvenes embarazadas que se realizan abortos pudieran ver al bebé formándose dentro de ellas, rara vez abortarían.

Una mujer escribió acerca de un aborto que tuvo hace diez años, a la edad de 18 años. Por miedo a la deshonra y al repudio por parte de sus padres, buscó a un médico para realizarse el procedimiento por trescientos dólares. En sus propias palabras: “Al cruzar las puertas de la clínica, la enfermera del mostrador tomó mi nombre y edad. Dijo que tenía ocho semanas de embarazo y que era sólo una masa de tejido que aún no se había formado. Al recostarme sobre la mesa donde el procedimiento se llevaría a cabo, vi un frasco cubierto sobre la mesa que estaba a mis pies. El terror se apoderó de mí y le pregunté por qué aquel frasco estaba cubierto si decían que lo que tenía en mis entrañas era

sólo una masa de tejido blanco. Después de ver el frasco, supe en mi interior que me habían ocultado algo. Me sentí traicionada y enferma. No fue sino hasta después de unos años, cuando vi la curva de crecimiento fetal, que me di cuenta de por qué cubrían el frasco. Supe entonces, que carecía de la concepción visual de lo que estaba ocurriendo en mi cuerpo. Lo más difícil fue perdonarme por lo que había hecho. El recuerdo siempre estará allí”. No es de extrañar que las clínicas abortistas no muestren gráficos fetales de este “pedazo de tejido” tal como se ve pocas semanas después de la concepción.

En aquel mitin había niños presentes en las escaleras de la sede del tribunal. Entre ellos, una niña que mientras agarra la mano de su madre, sostenía en la otra un letrero que decía, “mantengan seguros los abortos”. Piense por un segundo en esta consigna. ¿Seguros para quién? ¡Ciertamente no para el bebé! ¿Sabe usted cómo se extrae al bebé del vientre? Pues bien, la verdad es que se utilizan varios métodos, y si alguien que lleva un letrero que diga “mantengan seguros los abortos” ha sido testigo del trauma y la tragedia de los nonatos, nunca lo llevaría. Un método de aborto es conocido como “D & C” (dilatación y curetaje). En el procedimiento, el médico inserta dentro del útero un instrumento en forma de cuchara con bordes afilados. Luego, el bebé es cortado en trozos y extraído de la pared uterina. Por su parte, los defensores de la elección llevan su popular consigna, “mantengan seguros los abortos”. ¿Seguros para quién?

Otro método es el aborto por succión. En este caso, se inserta un tubo en el útero y, este tubo, a su vez, está conectado a un aparato de succión fuerte. Esto crea una potente aspiradora

que desgarrar al feto desde el vientre, en una masa de sangre y tejido. El bebé queda despedazado y es absorbido por un frasco. Y mientras tanto, los defensores de la elección continúan cargando su pancarta, “mantengan seguros los abortos”. ¿Para Quién?

El tercer método es empleado en aquellas mujeres que tienen un embarazo en un estado más avanzado. Se conoce comúnmente como la inyección salina. Se inserta una aguja larga en el abdomen de la madre y en el saco abdominal del bebé. La mayoría de los líquidos son extraídos y se inyecta una fuerte solución salina. El bebé, indefenso, es envenenado por la solución, y patear y se sacude violentamente. ¡Literalmente es quemado vivo! Generalmente, dentro de las siguientes veinticuatro horas, comienza el trabajo de parto y la madre da a luz a un bebé muerto. Sin embargo, el mayor horror de los abortistas se hace realidad, cuando este bebé abortado y quemado, a veces nace con vida y, luego, debe dejarse morir negligentemente de hambre en silencio. Una enfermera registrada de Jacksonville, Florida, describe uno de estos nacimientos. “Había una bebé en una cuna, esta bebé estaba perfectamente formada y lloraba, pero había una diferencia en ella. Había sido escaldada; era la hija de un aborto salino; parecía como si hubiese estado en una olla de agua hirviendo. No la consoló ningún médico, ninguna enfermera, ningún padre. La dejaron sola para que muriera con dolor”. Y mientras tanto, los defensores del aborto cargan sus pancartas, “mantengan seguro el aborto”. ¿Para quién?

Otro método es la cesárea, que generalmente se realiza en los últimos tres meses de embarazo. Aquí, el médico penetra el útero mediante una cirugía a través de la pared del abdomen

de la madre y, luego, extrae al bebé. El bebé, cuyos pulmones muchas veces no están adecuadamente desarrollados, es dejado solo para que muera por abandono. Y mientras tanto, los defensores del aborto proclaman sus consignas, “mantengan seguros los abortos”. ¿Para quién? Los últimos debates en el Congreso incluyen el tema del aborto de nacimiento parcial para aquellas mujeres que se encuentran en su trimestre final de embarazo.

No sólo no es seguro para el bebé, también debemos preguntarnos por la madre.

Recuerde, tenemos más de una faceta en nuestro ser. No estamos hablando simplemente de la faceta física, sino también de la emocional y espiritual. La verdad es que el aborto no es 100% seguro, ya sea legal o ilegal. La consigna constante de los defensores del aborto es, “no dejemos que el aborto vuelva al callejón”.

En sus mítines, he visto a defensoras cargando perchas envueltas en sostenes y ropa interior femenina como símbolos de la protesta. ¡Qué degradante para una mujer! Estas mujeres no deben pensar mucho en la capacidad de una dama para tomar una decisión sabia, como para insinuar que van a irse a un callejón, tomar algunas perchas oxidadas e insertarlas en su cuerpo para abortar a su bebé.

Las pancartas dicen, “mantengan seguro el aborto”. ¿Para quién? Como pastor, he tratado con las consecuencias del aborto en muchas vidas. Una mujer de nuestra congregación tuvo un aborto a los veinte años, como consecuencia de tener relaciones sexuales prematrimoniales con su novio, quien es ahora su marido. Ella dice, “Han pasado más de diez años y todavía siento el dolor y la pérdida del bebé como si fuera ayer.

La decisión la tomé con el padre del bebé, basándonos principalmente en prevenir una vergüenza y un escándalo a nuestros padres y a la iglesia local. Simplemente queríamos deshacernos de un problema prematuro. La clínica de la universidad y el consejo de planificación local simplemente fijaron una cita para un procedimiento mediante succión. Nunca nadie me dijo cómo se veía mi bebé de diez semanas o cómo estaba creciendo. Si tan sólo alguien me hubiera informado acerca de la verdad de la perspectiva a favor de la vida. “Si tan sólo”, ¡he dicho esas palabras cien veces! Cuando tuve mi primer bebé, mi corazón se llenó de alegría y tristeza a la vez. Alegría por el inmenso milagro que Dios nos había concedido, y tristeza, porque realmente me di cuenta de que había arruinado la vida de un bebé en el pasado. Fue muy difícil cuando comencé a pensar qué edad tendría y a preguntarme cómo se vería. El tiempo sana muchas cicatrices emocionales, pero el aborto es una cicatriz que siempre estará tallada en mi corazón. Y creo que ni siquiera el tiempo será capaz de borrarla”.

Otra mujer escribió: “Quedé embarazada cuando tenía 16 años. No quería abortar, pero sentí que no tenía otra opción. La clínica de abortos me dijo que mintiera acerca de mi edad para que no tuviera que tener permiso de mis padres. Durante el procedimiento pude escuchar cómo succionaban a mi bebé. Inmediatamente sentí la pérdida y lloré. Comencé a tener terribles pesadillas. Me obsesioné preguntándome cómo se vería mi bebé, y si sería niño o niña”. Me practiqué aquel aborto en 1975, y hasta antes de aceptar al Señor como mi Salvador, mi vida iba en declive y mi pena aumentaba. Pero después de conocer a Cristo, tuve momentos difíciles perdonándome a mí

misma. Me di cuenta de que el aborto no sólo mató a mi bebé sino a una parte de mi ser.

Yo podría decir honestamente, que no creo que estaría viva hoy si no fuera por el perdón y la sanación del Señor”. Al leer esta carta sigo pensando en la mujer que cargaba su pancarta, “mantengan seguros los abortos”. ¿Para quién?

Hace mucho tiempo, Moisés llevó a su pueblo a decidir con las siguientes palabras: “Hoy pongo al cielo y a la tierra por testigos contra ti, de que te he dado a elegir entre la vida y la muerte, entre la bendición y la maldición. Elige, pues, la vida para que vivan tú y tus descendientes” (Deuteronomio 30:19).

A la gran cantidad de mujeres que han tenido abortos les convendría leer lo siguiente: ¡el aborto no es un pecado imperdonable! Muchas viven con el tormento, anhelando poder vivir ese momento otra vez. El dolor que sienten es normal. Deberían dar gracias a Dios que su conciencia no está marcada. La buena noticia es que Jesucristo murió en la cruz para liberarlas de sus fallas, para salvarlas de sus pecados. Y con ellos, también se llevó sus penas y dolores, sus errores y fracasos. Las palabras de Pablo en Romanos 8:1 son hermosas: “Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús”. Dios no está disgustado con ustedes. Él odia el pecado, ¡pero las ama! “Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos perdonará y nos limpiará de toda maldad” (1 Juan 1:19). Si han abortado un hijo, Dios las perdona ahora si ustedes se lo piden. A través de su perdón pueden conocer la verdadera libertad que viene cuando ponen al Señor como su salvador. Ustedes pueden proponerse seguirlo, aceptar su limpieza y, luego, no llamar sucio a lo que él ya ha limpiado. ¡Ustedes se

pueden perdonar a sí mismas! Alégrese por el hecho de que su hijo está presente con el Señor y únense a lo que dice Karen Ablas Sullivan:

*En un lugar lejano y en una época diferente, maté a mi primer hijo.
Un crimen atroz.*

*El Estado no llegó, y no enfrenté ningún juicio.
El juez Blackmun sonrió con calma cuando dijo,
“Matar es legal, lo decimos nosotros, La Corte Suprema.
Pero no lo llame matar. Sólo llámelo ‘abortar’”.*

*El juez de mi corazón no dejaba el caso en paz.
No tuve defensa alguna cuando fui puesta a prueba.
La corte Suprema de mi corazón me declaró culpable.
“Usted mató a su bebé!”-- gritaron en unísono.*

*Con lágrimas en mi rostro, supe que era demasiado tarde
para devolverle la vida al niño que había matado.
El martillo golpeó la mesa, y retumbó en mi cabeza.
“Es declarada culpable y merece morir.”*

*“Ahora la atormentaremos para que pague por su pecado”-
--fue la sentencia de mi propio tribunal.
“Nunca escapará. Usted está marcada y no se podrá ocultar.
Su destino sólo es la muerte. Debería intentar suicidarse”.*

*Me golpearon en la cárcel diariamente.
Pero Yo estaba pagando una deuda, así que nunca me defendí..
Sabía bien que no había escapatoria.
Clamé por Dios desde mi propio infierno.*

*Ese día me encontré con Jesús; Él me sonrió y me dijo, “Yo te perdono. Ven y camina en mi gracia”.
“Señor, creo en tu perdón y en que eres libre de culpa.
¿Puedes tu pagar mi deuda?”*

*“Y, señor, por favor no me toques porque estoy sucia.”
“Estoy manchada con un homicidio; soy el ser más miserable”.
Relaté mi historia, mas sin embargo, no mostró ninguna sorpresa.
Vi con asombro el amor en sus ojos.*

*Y luego dijo, “He pagado por tu crimen, así es, fui clavado en un madero.
No hay ninguna condena si confías en mí.
Tomé tu culpa y tu maldición en mi alma,
por eso puedes estar libre y sin juicio”.*

*Luego murmuré, “Señor, ¿dónde está la justicia en todo esto,
maté a mi primer hijo y tú me ofreces felicidad?”
Las lágrimas nublaron mis ojos, sin embargo,
los suyos me miraban con compasión.*

*Pensé por un segundo: “¿ha quedado enterrado el pasado?
¿Soy libre de la culpa que llevaba durante años?”
Dijo que aceptara. Es un regalo gratuito.
¡Esto es reconciliación, no hay un juicio en mi contra!*

*Mi juez, mis acusadores y el jurado fueron despachados.
La verdad de su amor los hizo irse.
Él sonrió, “Camina conmigo, ven y conoce mi camino”
Y tomando su mano comencé un nuevo día.*

También hay algunas palabras para aquellos médicos que han practicado abortos: Dios dice, “Límpiese las manos” (Santiago 4:8) Hace 2500 años el Rey David, un homicida, oró: “Dios mío, Dios de mi salvación, líbrame de derramar sangre, y mi lengua alabará tu justicia” (Salmo 51:14).

Si usted se arrepiente, Dios lo perdonará y le dirá lo que Él tiene que decirle a otro en la escritura: “Tampoco yo te condeno, vete y no vuelvas a pecar” (Juan 8:11).

Por último, también hay algunas palabras para quienes estén contemplando un aborto. ¿Mataría a su hijo en su primer cumpleaños? ¡Por supuesto que no! Eso jamás pasaría por su mente, y lo mismo debería ocurrir al pensar hacerlo con el bebé que lleva en su vientre. Hay un ser humano dentro de usted. Dios ya tiene el nombre de esa criatura y está en el proceso de perfeccionarla. No crea el argumento de que es un bebé “no deseado”.

Hay muchas parejas tratando de adoptar en este momento. Por favor no haga algo de lo que se arrepentirá el resto de su vida. No destruya algo que no es suyo. El niño en vientre pertenece a Dios, a pesar de que puede estar en su útero en el presente. Una señora que había tenido un aborto, dijo, “Realmente admiro a las mujeres jóvenes en nuestra iglesia, que han tenido hijos fuera del matrimonio. Podrían haber tomado la salida cobarde para evitar la vergüenza de un “pecado visible”. Alabemos a Dios para que su ejemplo llegue a otras chicas, y para que se den cuenta de que los hijos nacidos por fuera del matrimonio pueden ser amados y aceptados. Hoy día, no puedo ver a un niño de 11 años sin sentirme afligida, sabiendo que el mío tendría su edad. Pero cuando veo a

mi bebé, me doy cuenta del profundo amor que Dios debe tenerme para confiarme una vez más a uno de sus pequeños”.

¡Por favor no acabe con una vida por su propio bien! Independientemente de lo que digan en las clínicas de abortos--- ¡el aborto no es seguro!

Y para la gran mayoría silenciosa que considera al aborto un homicidio, ¡es hora de actuar! Salomón dice: “Pues aunque digas, «Yo no lo sabía», ¿no habrá de darse cuenta el que pesa los corazones?” (Prov. 24:11-12) Debemos que recordar que nuestro enemigo no es la gente sino el sistema satánico y la decepción detrás de sus prácticas. “Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales” (Efesios 6:12). El aborto es simplemente la manifestación externa de un problema interno en el corazón. “Porque de adentro, del corazón humano, salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, los robos, los homicidios, los adulterios la avaricia, la maldad, el engaño, el libertinaje, la envidia, la calumnia, la arrogancia y la necedad. Todos estos males vienen de adentro y contaminan a la persona” (Marcos 7.21).

Isaías lo expresó muy bien 700 años antes de la venida de Cristo, cuando dijo: ¡“Grita con toda tu fuerza, no te reprimas! Alza tu voz como trompeta. Denúnciale a mi pueblo sus rebeldías; sus pecados, a los descendientes de Jacob” (Isaías 58:1). Isaías nos dice que nos involucremos. Escriba una carta a sus congresistas, firme peticiones.

Advierta a los demás que la votación a favor del aborto

mancha las manos de nuestra nación con sangre inocente. El verdadero campo de batalla es el lugar de oración. Ore por las organizaciones de apoyo que defienden la vida de los nonatos. Así es, “Dios nos ha puesto hoy la vida y la muerte, las bendiciones y las maldiciones. Ahora, ¡elija la vida para que usted y sus hijos puedan vivir”!

Domingo de Ramos: Es Domingo de Ramos... ¿Sigue llorando Jesús?

Lucas 19:41; Juan 11:35

Hay muchas montañas imponentes y hermosas en el mundo. Desde el Himalaya hasta los Alpes, pasando por las Montañas Rocosas, todas tienen sus particularidades para darnos cuenta de la presencia de Dios. Sin embargo, no hay ninguna más importante en relación con los eventos pasados y futuros en la historia de la humanidad que el Monte de los Olivos en Jerusalén. Fue allí, en la ladera oriental, donde nuestro Señor hizo su entrada triunfal a Jerusalén con ramos de palma, pocos días antes de su crucifixión. Fue en este monte donde las escrituras registraron para la posteridad a Cristo llorando. En la ladera oriental de la montaña, en la aldea de Betania, Jesús lloró por nuestras penas (Juan 11:35). En la ladera occidental del Monte de los Olivos, mientras contemplaba Jerusalén, lloró por nuestros pecados (Lucas 19:41).

Muchos creen que el Domingo de Ramos se trata de la pompa y de la celebración de la hora. Después de todo, la gente proclamaba sus alabanzas agitando sus ramas de Palma. Pero no es así. El Domingo de Ramos significa lágrimas. En este día hay llanto. En el mundo occidental hemos criado un par de generaciones que parecen haber perdido sus lágrimas. Nuestra cultura nos ha enseñado que llorar es inadecuado. En el musical “Evita” de Broadway oímos a la ex primera dama de Argentina cantando, “No llores por mí Argentina”. En mis épocas de adolescente había una banda llamada Frankie Valli and The Four Seasons que interpretaba una canción llamada “Las Niñas Grandes No Lloran”. Por otro lado, hoy día les decimos a nuestros hijos “sean hombres, no lloren”. Uno de los mayores problemas que enfrentamos en nuestra cultura es que hemos perdido las lágrimas.

En uno de mis pastorados, un oftalmólogo importante me comentó acerca de la veracidad de la afirmación médica, la cual sostiene que el llanto es una importante válvula liberadora para muchas personas. Llorar, incluso, puede ser una liberación química del estrés emocional. Mi amigo médico dice que realmente soltar lágrimas produce un químico que ayuda a aliviar el estrés. Es por ello que, a menudo, uno se siente mejor después de llorar. Las lágrimas tienen un efecto medicinal. En los días calurosos, el cuerpo suda para enfriarse. Por su parte, las lágrimas fluyen para liberar el estrés del alma.

Al encontrarse ante la tumba de Lázaro, Jesús mostro que “estaba bien llorar”. De hecho, Dios nos da lágrimas. Si pensamos por un segundo, podemos darnos cuenta de que no

hay ninguna otra especie que derrame lágrimas emocionales. Las lágrimas son un regalo de Dios. En este Domingo de Ramos, Jesús nos dice que llorar está bien. Él mismo lloró. Por eso es que el Rey David dice: “Si por la noche hay llanto, por la mañana habrá gritos de alegría” (Salmo 30:5)

En el Domingo de Ramos espero grabar en su memoria la imagen de Cristo llorando. ¡Jesús lloró! Piense en eso. Algunos, son demasiado orgullosos para llorar; otros, no han llorado en años; y muchos más, han perdido sus lágrimas. Pero no nuestro Señor. Jesús lloró. En las escrituras se encuentran registrados dos momentos de Su llanto. En ambos, se encontraba en el Monte de los Olivos. Uno de ellos, en la ladera oriental, cuando lloró por nuestro dolor, conmovido por nuestros corazones rotos. El otro, en la ladera occidental cuando lloró por nuestro pecado, preocupado por nuestros ojos cegados. Es Domingo de Ramos, ¿sigue llorando Jesús? Su llanto nos habla a gritos hoy en día. Oigámoslo en el Domingo de Ramos.

Es Domingo de Ramos y Jesús sigue llorando por nuestras penas....Está conmovido por nuestros corazones destrozados.



Al ver llorar a María y a los judíos que la habían acompañado, Jesús se turbó y se conmovió profundamente. ¿Dónde lo han puesto? —preguntó. — Ven a verlo, Señor —le respondieron. Jesús lloró. (Juan 11:33-35).

The Ocurrió durante el funeral de su querido amigo Lázaro en Betania. Dese cuenta de cuándo el Señor lloró. Lo hizo al ver llorando a María. Sus lágrimas tocaron el corazón de Dios. El corazón de María estaba destrozado. Su hermano había muerto y Jesús había llegado demasiado tarde. No tenía ninguna esperanza. Estaba sufriendo. Cuando nuestro Señor llegó a la escena la vio “llorando”. Juan utiliza una palabra interesante en el lenguaje del Nuevo Testamento (griego koiné) para describir a María llorando. La palabra es klaio, y significa “gemidos de llanto profundo”. María estaba desahogando su alma. Nuestro Señor venía de un lugar donde no había ningún pecado, donde no había tanto dolor ni lágrimas, donde no había tumbas ni penas. Pero ahora llegaba a la escena y la veía llorando profundamente.

Cuando nuestro Señor vio llorar a María de aquella forma, ocurrieron dos cosas. La Biblia dice que “gimió” en su espíritu y se sintió “atormentado”. Al encontrarse ante la tumba de su amigo, nuestro Señor estaba indignado por lo que el pecado había hecho, dando como resultado la muerte y el dolor. Y en su limitación se lamentó y se sintió “atormentado”. El texto nos dice que lo que realmente lo conmovió fueron las lágrimas de María y la causa que había tras su corazón destrozado, es decir, el dolor que traen el pecado y la muerte, incluso hasta nuestros días.

Ahora bien, note la conmovedora brevedad con la que Juan simplemente escribe, “Jesús lloró”(Juan 11: 35). Este es el versículo más corto en toda la Biblia y tal vez uno de los más profundos. María estaba molesta. Nuestro Señor lo sabía mejor que nadie. ¿Qué podía hacer? ¿Darle un sermón? ¿Repren-

derla? ¿Intentar animarla? No. María Lloraba a cántaros. Es domingo de Ramos y Jesús todavía está llorando por nuestras penas, porque le conmueven nuestros corazones destrozados. El tiempo del verbo nos dice que no pudo aguantar. Se trata de una expresión espontánea de amor. Así es, Él es el “hombre de dolores familiarizado con nuestras penas”. El Señor Jesús no es un espectador más de nuestras penas. Él ha soportado nuestros dolores y ha cargado nuestras penas.

Algunos hombres creen que no es de bien visto que los vean llorando, sin embargo, a los grandes hombres no les da miedo derramar lágrimas. El apóstol Pablo recuerda a aquellos en Éfeso: “He servido al Señor con toda humildad y con lágrimas” (Hechos 20:19). Y a los Corintios les dice: “Les escribí con gran tristeza y angustia de corazón, y con muchas lágrimas” (2 Corintios 2:4).

En los primeros días del Ejército de Salvación (Salvation Army) , cuando era una gran fuerza misionera en Inglaterra, un joven que había sido asignado a una ciudad en particular, escribió un telegrama a la sede principal que decía lo siguiente: “Lo he intentado todo, estoy listo para renunciar”. El General William Booth le respondió con dos palabras: “Intenta con lágrimas”. Las lágrimas conmovieron el corazón de Dios. Es domingo de Ramos y Jesús todavía está llorando por nuestras penas. Está conmovido por nuestros corazones destrozados. En Eclesiastés 3:4 Salomón nos recuerda que hay un “momento para las lágrimas”. Si necesita la atención de Dios intente las lágrimas. El Salmista dice que “Dios guarda nuestras lágrimas en una botella” (Salmo 56:8). Ninguna lágrima es olvidada ni pasa desapercibida.

Las lágrimas hablan más fuerte que las palabras. Tienen un lenguaje propio y no necesitan ningún intérprete. Cualquiera de nosotros que haya criado hijos sabe que es cierto. Cualquiera que haya abrazado a su cónyuge en un momento de lágrimas sabe que es verdad. Nada mueve el corazón de Dios como las lágrimas. En el antiguo Testamento, el Rey Ezequías estaba a punto de morir y se le dijo que pusiera su casa en orden.

El rey oró y lloró, y el Señor le respondió: “He oído tus oraciones, he visto tus lágrimas”, (2 Reyes 20:5). Así es, las lágrimas conmovieron el corazón de Dios. Intente con lágrimas.

Así es, es Domingo de Ramos y Jesús todavía llora por nuestras penas. Esta conmovido por nuestros corazones destrozados. Puede que para el gobierno usted sólo sea un número, un número de seguridad Social, pero para Dios usted es alguien. El mismo Dios que vio llorar a María y lloró con ella está a su lado. A través de los siglos Dios nos ha dicho que llorar está bien. Él se conmueve con nuestros corazones destrozados.

Es Domingo de ramos y Jesús llora por nuestros pecados...Está preocupado por nuestros ojos cegados.



Cuando se acercaba a Jerusalén, Jesús vio la ciudad y lloró por ella (Lucas 19:41).

¿Se da cuenta? Pocos días después de la experiencia en Betania, en la ladera oriental del Monte de los Olivos, Jesús se

encuentra montado en un burro haciendo una entrada triunfal en la ciudad de Jerusalén. La escena muestra el entusiasmo de una multitud alegre que agita sus ramas de Palma. La mayor parte de los mensajes del Domingo de Ramos en la mayoría de las iglesias son acerca de la entrada triunfal, del jolgorio. Pero todo eso fue una farsa. Y nuestro Señor, lo sabía. Cinco días después, todos desaparecerían y sus aplausos se convertirían en burlas.

¿Se lo puede imaginar a Él en este Domingo de Ramos? Es el centro de atención. Uno diría que debe haber tenido una sonrisa en su rostro. Estaba montado en la parte posterior de un burro como si estuviese en un convertible en un desfile. Todo el mundo estaba de fiesta; todos saludaban y gritaban alabanzas. Sin embargo, nuestro Señor “Cuando se acercaba a Jerusalén, vio la ciudad y lloró por ella” (Lucas 19:41) ¿Se da cuenta? Él es el objeto de su adoración, pero está llorando. Escúchelo a través de sus lágrimas, cuando dijo: “¡Cómo quisiera que hoy supieras lo que te puede traer paz! Pero eso ahora está oculto a tus ojos. Te sobrevendrán días en que tus enemigos levantarán un muro y te rodearán, y te encerrarán por todos lados. Te derribarán a ti y a tus hijos dentro de tus murallas. No dejarán ni una piedra sobre otra, porque no reconociste el tiempo en que Dios vino a salvarte” (Lucas 42:44).

Las multitudes de Jerusalén querían un “Stormin’ Norman” Schwartzkopf. Querían un George Washington que llegara a la ciudad y aplastara a la oposición romana. Por lo tanto, cuando no consiguieron lo que querían, convirtieron sus saludos en abucheos. En menos de una semana lo coronaron rey con una corona de espinas. Rasgaron sus vestiduras y lo desnudaron. Lo golpearon hasta que su espalda quedó hecha carne viva. Y

luego preguntaron, “ “¿Es este el rey de los judíos?” ¡Debe ser un chiste! Y rieron sin parar.

Él ya era un rey, pero su reino no era de este mundo. Era un reino de nuestros corazones y, por ende, nuestro Señor Jesús se sentó en el Monte de los Olivos y “lloró”. No obstante, estas lágrimas fueron diferentes a las del episodio en Betania unos días antes. En Betania, la palabra griega para describir a Jesús llorando fue dakruo. Es la única vez que encontramos este verbo en el Nuevo Testamento. Significa derramar lágrimas de una manera en la cual lloramos silenciosamente. Es similar a tener un nudo en la garganta y derramar una o dos lágrimas. Esto es lo que le sucedió a Jesús en la tumba de Lázaro. Sin embargo, en el Domingo de Ramos cuando nos dicen que lloró, se emplea la palabra griega klaio. Se trata de los mismos sollozos profundos, mencionados en Juan 11: 33, para describir el llanto de María. La misma palabra se usa para describir el llanto de Simón Pedro cuando lloró amargamente después de que el gallo cantó y le recordó sus negaciones. Fíjese en el camino del Domingo de Ramos. Fíjese en nuestro Señor. La gente está animada agitando sus ramos de palma. Pero Él rompe en llanto con gemidos profundos que bien podrían ser escuchados a una cuadra de distancia. Así es, es Domingo de Ramos y Jesús aun llora por nuestros pecados. Él está preocupado por nuestros ojos cegados. Todavía nos dice: “¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste! (Lucas 13:34)

Hoy en día, la iglesia en el mundo occidental no parece estar llorando por los pecados de la gente. No parece perturbarse por la ceguera de la humanidad. Estamos viendo la decadencia

de una civilización. Hace unos años, cuando era un niño leía acerca de tiroteos en Dodge City, pero hoy, hay tiroteos en nuestras propias escuelas. Hace años, cuando estaba en la escuela, los estudiantes problemáticos eran aquellos que interrumpían la clase, masticaban goma de mascar en el salón, no hacían la fila de la cafetería o ensuciaban la escuela. Hoy los problemas son drogas y embarazos de adolescentes, suicidios y armas, así como extorsiones y robos. Estos son los Estados Unidos del siglo XXI y Jesús todavía está llorando. ¡Pero nosotros no! Si viéramos nuestras ciudades como las ve nuestro Señor, lloraríamos. El problema con la iglesia es que hoy ha perdido sus lágrimas. Todavía puede que lloremos cuando una película nos conmueve o cuando nuestro perro muere, ¡pero la descristianización de una cultura parece no afectarnos!

Mientras agitamos nuestros propios ramos de palma en este día, ¿nos dice esta historia algo sobre nosotros mismos? ¿Hay algo en nuestras vidas que podría hacer llorar a nuestro Señor? ¿Nos está diciendo “¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste!”? ¿Somos como algunos de ellos? Gritamos, apoyamos y agitamos las ramas mientras conseguimos lo que queremos? Incluso en medio de nuestro propio Domingo de Ramos, nuestro Señor aun puede estar llorando por nuestros pecados. Todavía puede estar preocupado por nuestros ojos ciegos.

Es domingo de Ramos y nuestro Señor todavía está llorando por nuestro dolor. Se conmueve con nuestros corazones destrozados. Al igual que con María, nuestras lágrimas lo conmueven. Es domingo de Ramos y Jesús todavía está llorando por

nuestros pecados. Está preocupado por nuestros ojos ciegos. Al igual que en aquel Domingo de Ramos, hoy nos dice: “Cómo quisiera que hoy supieras lo que te puede traer paz! Pero eso ahora está oculto a tus ojos” (Lucas 19:42). Hoy en día ¿llora nuestro Señor Jesús con usted o por usted? Existe una gran diferencia, Él llora con nosotros en nuestras penas y, llora por nosotros, por nuestros pecados.

La última vez que se mencionan lágrimas en la Biblia es en Apocalipsis 21:4. Una escena en el cielo. “Él les enjugará toda lágrima de los ojos”. ¡Esa es la esperanza para el Domingo de Ramos! En los días más oscuros Dios guarda nuestras lágrimas en una botella, ¿para qué? Para algún día poderlas secar. Quizás David lo expresó mejor cuando dijo: “Porque sólo un instante dura su enojo, pero toda una vida su bondad. Si por la noche hay llanto, por la mañana habrá gritos de alegría” (Salmo 30:5).

Domingo de Pascua: La Tumba vacía y la segunda oportunidad

Marcos 16:7

El relato de Marcos acerca de la resurrección incluye tres palabras simples que marcan la diferencia. Comienza diciendo que las mujeres llegaron a la tumba para ungir el cuerpo de nuestro Señor para el entierro. Para su asombro encuentran la tumba vacía y, en ella, un ser angelical que les anuncia la resurrección. El Ángel les informa que el Señor no está allí, que ha resucitado. Luego les dice: “Pero vayan a decirles a los discípulos-- y a Pedro--: “Él va delante de ustedes a Galilea. Allí lo verán, tal como les dijo” (Marcos 16:7). ¿Puede darse cuenta de las palabras que marcan la diferencia? Lea con atención. Marcos 16:7: “y a Pedro”—En cierto sentido, tenemos el evangelio en tres palabras.

¿Por qué encontramos la inserción: “y a Pedro” — en medio de este mensaje angelical? Uno podría esperar encontrar palabras de antagonismo. Es decir, “vayan a decirles a

sus discípulos — y a Poncio Pilatos, o a Herodes, o a Cefas”, o a cualquiera de los otros que desempeñaron un papel en su acusación y convicción. O, tal vez uno podría esperar encontrar palabras de agradecimiento. En otras palabras, “vayan a decirles a sus discípulos y a Juan”. Después de todo, Juan había estado con la madre de Jesús en la crucifixión mientras los demás lo habían abandonado o habían huido. En este mismo sentido de aprecio podría haber añadido los nombres de Nicodemo, de José de Arimatea, de Andrés o de cualquier otro. Pero estas no eran palabras de antagonismo ni de reconocimiento, eran palabras de afecto. Nuestro Señor conocía el corazón de Pedro. Él lo había negado a la hora de la verdad y necesitaba una palabra de aliento, un nuevo comienzo, una segunda oportunidad.

Es posible una segunda oportunidad

¿Cómo es posible esta segunda oportunidad? Debido a la Resurrección. Si nuestro Señor no hubiese resucitado no habría ningún Evangelio, ninguna buena noticia, ningún comienzo nuevo. Esas tres palabras: “y a Pedro”, llegan como agua a un hombre que muere de sed. Pedro pensaba que el Señor lo repudiaría, después de todo, le había fallado estrepitosamente. Que buenas noticias. Cuando Pedro escuchó aquellas palabras supo que era posible tener una segunda oportunidad.

La Biblia es la historia de hombres y mujeres que recibieron una segunda oportunidad. ¿Quién hubiera elegido a un asesino para liberar a una nación? Dios lo hizo. Moisés había

cometido un error. Cuarenta años en el desierto lo prepararon para ser el emancipador de su pueblo. Cuando el Señor le habló desde una zarza ardiente, supo que era posible tener una segunda oportunidad. ¿Y qué decir de aquel personaje que estaba tan lleno de lujuria?

¿Quién hubiera pensado que un hombre como ese pudiera tener un corazón que siguiera al corazón de Dios? Sin embargo, al leer la oración de arrepentimiento del Rey David en el Salmo 51 vemos que es posible una segunda oportunidad. Y, ¿Qué decir de Jonás? Todos conocemos bien su historia y recordamos cómo “La palabra del Señor vino por segunda vez a Jonás” (Jonás 3:1). Él también se dio cuenta de que era posible una segunda oportunidad.

Algunos pueden leer Marcos 16: 7 y decir “estoy bien”. Pero recuerde que antes de que Simón Pedro oyera estas palabras había salido a “llorar amargamente”. Cuando el gallo cantó al amanecer tras su denegación, su corazón se rompió al recordar su pecado. ¿Cuántas noches habrá pasado en vela pensando en su cobardía y en su error? Simón Pedro negó, incluso, conocer a nuestro Señor Jesucristo. Su corazón estaba destrozado. ¿Se imagina usted lo que debe haber sentido cuando escuchó el mensaje angelical- “Pero vayan a decirles a los discípulos-- y a Pedro--: “Él va delante de ustedes a Galilea”?

La segunda oportunidad es posible. ¡Nadie dice que sea automática! Judas no la consiguió. Se reformó pero no se arrepintió. El joven legislador rico no la obtuvo. Sintió remordimiento y se marchó “afligido” pero no hay ningún registro de que se haya arrepentido. Poncio Pilatos lamentó

su mala acción, pero no sabemos nada acerca de su arrepentimiento. Este versículo no es para aquellos que piensan que pueden seguir cometiendo el mismo pecado una y otra vez. Es para hombres y mujeres que se han arrepentido, que han reconocido su pecado y han llorado amargamente por él, así como lo hizo Simón Pedro.

El Señor Jesús no se reunió en privado con Simón Pedro porque era un gran pecador y un culpable, sino porque fue penitente y estaba afligido. No fueron sus maldiciones y denegaciones las que le trajeron la misericordia, fueron sus lágrimas. Aquellas lágrimas de arrepentimiento. No hay esperanza de una segunda oportunidad para aquel que simplemente se siente apenado por haber sido atrapado, sino sólo para aquel que tiene un corazón verdaderamente arrepentido y destrozado.

En el mundo no hay muchas segundas oportunidades. La buena noticia es que con Dios siempre hay una posibilidad de tener una segunda oportunidad. Pregúntele a Simón Pedro. Incluso los Ángeles querían que él supiera que era posible esa segunda oportunidad. Los Ángeles dijeron “!Asegúrense de decirle a Pedro que no está fuera del juego, puede volver a batear!” Querían que supiera que una falla no hace un fracaso.

La pascua significa esperanza. Significa una vida nueva, un nuevo comienzo, una tierra de nuevos comienzos. Así es, es posible tener una segunda oportunidad. “Vayan a decirles a los discípulos-- y a Pedro!”

La segunda oportunidad es personal

El amor de Cristo nos llama por nuestro nombre. Él nos quiere individualmente. Él “llama a cada oveja por su nombre” (Juan 10:3).

Se trata de un mensaje personal. Creo que dice mucho el hecho de que el Ángel utilizara el nuevo nombre de Simón Pedro. Es importante que el Ángel no dijo: “Vayan a decirles a los discípulos ‘y a Simón’”. Ese era su nombre antiguo. La primera vez que Jesús lo vio lo llamó por su nombre antiguo, pero dijo que se llamaría Petros, Pedro, ¡piedra! Jesús vio el potencial que tenía este pescador galileo. Algunos podrían haber esperado que el mensaje dijera “vayan a decirles a los discípulos y a Simón”. Después de todo, había estado viviendo bajo su naturaleza antigua. Pero nuestro Señor utiliza el nombre nuevo que le había dado. Dijo que le dijeran a “la piedra” que Él había resucitado. Cuando Simón Pedro se enteró de esto, supo enseguida que el Señor Jesús todavía creía en él. Pónganse en su lugar. Pedro había fallado miserablemente, sin embargo, nuestro Señor aun creía en él. Todavía tenía potencial, ¡Qué buena noticia!

Una cosa es que nosotros creamos en Él, pero el hecho de saber que Él cree en nosotros es una verdadera afirmación. Cuando el empleado sabe que el jefe cree en él, da lo mejor de sí. Cuando el atleta sabe que el entrenador cree en lo que hace, se esfuerza por lograr más.

Cuando un hijo sabe que su padre cree en él, tiene más confianza en sí mismo. Quizá algunos de ustedes han fracasado y se han sentido tan desesperanzados como Simón Pedro. La tumba vacía muestra que una segunda oportunidad no sólo es posible,

sino personal.

¿Podemos detectar el tono del mensaje angelical? Me gusta pensar que el ángel les dijo a las mujeres: “No se queden por aquí, vayan a decirles a los discípulos. Y, luego, me gusta pensar que hizo una pausa, tal vez sonrió, y prosiguió diciendo: “Y especialmente nuestro Señor quiere que Pedro sepa que está delante de ustedes rumbo a Galilea.” ¿Cuál es el mensaje? Creo que es que Dios todavía utiliza a personas para cambiar el mundo. Él no utiliza súper santos. Utiliza personas como usted y como yo. Gente como Simón Pedro que entiende que la segunda oportunidad es posible y personal.

La caída de Pedro había sido demasiado pública. Cuando asistimos a un recital escolar y un niño olvida una de sus líneas todos nosotros en el público tratamos de recordársela con nuestros propios labios. Cuando vamos a un juego de béisbol y el joven tiene dos strikes, comenzamos a hacerle fuerza para que batee. Creo que en cierto sentido todos en el cielo vieron caer a Pedro y es como si hubiesen hecho un esfuerzo para ayudarlo a levantar. “! Asegúrense de decirle a Pedro que no está fuera del juego, puede volver a batear!” Un error no hace un fracaso.

El pecado puede hacer muchas cosas. Puede destruir hogares y corazones, planes y personas. Pero no puede hacer que Dios deje de amarnos. La Pascua significa esperanza, significa que hay una nueva vida y un nuevo comienzo. Hay tres palabras que marcan la diferencia. “Y a Pedro”. Así es, una segunda oportunidad es posible y es personal.

La segunda oportunidad es privada

1 Corintios 15:5 es un versículo maravilloso. Nos dice que cuando el Señor se levantó de su tumba, “Se apareció a Cefas y luego a los doce”.

Cuando nuestro Señor salió de la tumba, una de las primeras cosas que hizo fue encontrar Simón Pedro. Algunas cosas son tan personales y privadas, que no están registradas en las escrituras. Pedro pensó que estaba acabado. Pero el Señor Jesús se encontró con él en privado. No sabemos dónde ocurrió, pero debe haber sido un encuentro memorable.

Nunca sabremos qué ocurrió en esa reunión privada. Pero podemos imaginarlo. Estoy seguro de que hubo lágrimas de amargura. Estoy seguro de que hubo palabras quebradas provenientes de labios temblorosos, acompañadas de sollozos profundos y largas pausas de silencio. Estoy seguro de que también hubo muchas aseveraciones del amor de Simón Pedro. ¿Cómo sabemos esto es lo que debe haber ocurrido? La mayoría de nosotros ha tenido experiencias similares y sabe que la segunda posibilidad es privada.

Es maravillosa la compasión que vemos en el Señor. Se reúne con Simón Pedro a solas, antes de verlo con los doce. ¿Puede imaginar cuán doloroso habría sido para Simón Pedro haber visto las heridas de Cristo públicamente? ¿Podemos imaginar lo difícil que hubiera sido sacar a flote todo su amor y remordimiento con más gente en una reunión? A pesar de que Pedro había negado a Cristo públicamente, fue perdonado en privado. ¿Sabemos algo de este encuentro privado? No basta con limitarse a oír la buena noticia de la resurrección ni con

saber que la segunda oportunidad es posible y personal. Se trata de tener un encuentro privado con el Señor resucitado.

La segunda oportunidad es fructífera

Este encuentro transformó la vida de Simón Pedro. Fue a Pentecostés y después se convirtió en el líder indiscutible de la iglesia temprana. Lo vemos una y otra vez en el libro de Hechos diciendo: “no puedo sino hablar de las cosas que he visto y oído”. Lo vemos golpeado, encarcelado y sometido a vergüenzas por el nombre de Cristo. Y todo por aquellas palabras: “y a Pedro”.

Esas tres palabras: “y a Pedro”, nos hablan con vehemencia. Nos brindan una forma de recordar nuestras fallas y, a menudo, de olvidar sus puntos fuertes.

Si algunos miembros de la iglesia moderna hubiesen elegido dar este mensaje, bien podrían haber dicho: “Vayan a decirles a los discípulos----pero olvídense de Pedro. Él ha fallado. Intentó caminar sobre el agua y no pudo; negó a nuestro Señor tres veces. Sí, vayan a decirles a los discípulos pero olvídense de Pedro”. Sin embargo, preste atención al mensaje: “Pero vayan a decirles a los discípulos-- y a Pedro--”Él va delante de ustedes a Galilea”. Podemos sobreponernos a nuestros fracasos porque una segunda oportunidad es fructífera.

Simón Pedro permaneció leal hasta la muerte. Antes de morir escribió estas palabras: “Además, considero que tengo la obligación de refrescarles la memoria mientras viva en esta habitación pasajera que es mi cuerpo; porque sé que dentro

de poco tendré que abandonarlo, según me lo ha manifestado nuestro Señor” (Pedro 1 :13-14). Estaba recordando un desayuno en la playa, en donde el Señor le dio la oportunidad de afirmar su amor, y concluyó diciendo: “Pero cuando seas viejo, extenderás las manos y otro te vestirá y te llevará a donde no quieras ir. Esto dijo Jesús para dar a entender la clase de muerte con que Pedro glorificaría a Dios” (Juan 21:18-19). Simón Pedro Fue restituido en Juan 21.

Después de esas tres afirmaciones de amor el Señor añadió: “Sígueme” (Juan 21:19), y Pedro lo siguió. Lo siguió hasta su propia crucifixión. Sin embargo, Pedro escogió morir boca abajo porque no se sentía digno de morir de la misma manera en la que murió su Salvador. No es suficiente con saber que la segunda oportunidad es posible, personal, privada o fructífera. El punto central está en obedecer aquella palabra: “Sígueme”.

El Señor Jesús contó la historia más grande jamás contada sobre una segunda oportunidad. Todos la conocemos bien. Es la historia de un joven para quien las cosas se habían vuelto demasiado aburridas en casa. Las luces brillantes de la gran ciudad llamaron su atención, así que tomó su herencia y se marchó. Pensaba que iba a pasar un buen rato, pero realmente se topó con una vida desordenada llena de resacas y desempleo. Estando en el chiquero, el joven practicó un discurso para pedirle trabajo a su padre como uno más de sus sirvientes, pero nunca llegó a utilizarlo. Cuando volvió a casa, su padre lo vio venir y corrió a su encuentro, sin señalarlo ni juzgarlo. No le preguntó dónde había estado, sólo corrió con los brazos abiertos. Y unos brazos nunca han estado tan

abiertos como cuando Jesús nos los abrió al ser crucificado en el Calvario. Qué palabras tan hermosas: “Y a Pedro”.

¿Qué nos dice a nosotros todo esto en esta mañana de Pascua? Se nos recuerda que Dios es el Dios de las segundas oportunidades. Fíjese en Job. Estuvo afligido pero se levantó nuevamente. Se sintió herido, pero se restauró de nuevo. Mire a Abraham. Mintió acerca Sarah, pero volvió, y se conoce como un amigo de Dios. Fíjese en Jonás, corrió pero fue a Nínive y presencié uno de los más grandes resurgimientos de la historia. Piense en David, tuvo errores, pero al leer el Salmo 51 uno comprende por qué fue llamado el hombre tras el corazón de Dios. También está el caso de Tomás cuando dudó: “Mientras no vea yo la marca de los clavos en sus manos, y meta mi dedo en las marcas y mi mano en su costado, no lo creeré” (Juan 20:25-26). Pero rectificó y terminó su vida como mártir en la India.

Mire a Santiago y a Juan. Puede que hayan tenido celos argumentando quién de ellos sería más importante en el próximo Reino pero, sin embargo, siguieron adelante. Uno de ellos moriría como mártir y el otro nos brindó el Apocalipsis. Mire a Marco. Pudo haber renunciado y haberse ido a casa después del primer viaje misionero, pero regresó, alentado por Bernabé y recibido por Pablo, dejándonos el Evangelio de Marcos. Fíjese en Pedro. Puede haber afirmado que no conocía a Cristo, pero siguió adelante, y se reunió con Él para recibir una segunda oportunidad. Volvió de nuevo y se convirtió en el líder indiscutible de los primeros días de la iglesia. La segunda posibilidad es fructífera. Gracias a Dios, Él puede utilizarnos incluso si hemos cometido errores en el

pasado. Él es el Dios de las segundas oportunidades.

¿Hay alguien que haya fallado? Oiga estas palabras por última vez: “Vayan a decirles a los discípulos-- y a Pedro--- que él ha resucitado y va delante de ustedes a Galilea”. El Señor quiere poner su nombre en este versículo. Quizá Louisia Fletcher Tarkington lo expresó mejor cuando dijo:

“Desearía que hubiera algún lugar maravilloso llamado la tierra del nuevo comienzo, donde todos nuestros errores y penas, y toda nuestra avaricia egoísta pudieran ser dejados en la puerta como un abrigo viejo y andrajoso, para no volver a vestirlo jamás”.

Gracias a Dios existe ese lugar. ¡Una segunda oportunidad es posible, personal, privada y fructífera! Así es, tres palabras marcaron la diferencia: “Y a Pedro”!

Día de Graduación

Génesis 39:1-23

Este día de graduación me recuerda una escena que tuvo lugar en un escenario similar, en un día de graduación hace más de cincuenta años. Poco después de la Segunda Guerra Mundial, al legendario Sir Winston Churchill de Inglaterra se le adjudicó el grado de doctor honoris de parte de la universidad de Yale. El mismo día Yale le otorgaría un título honorario a uno de sus graduados. Los dos homenajeados se dirigirían a la multitud de recién graduados. El alumno de Yale recibió su mención primero y comenzó lo que sería un breve discurso. Habló largamente sobre sus días en Yale y, entonces, comenzó con un acróstico del nombre de la universidad. Dijo que la “Y” significaba La Juventud (Youth), y habló de la virtud de la juventud. Luego comenzó a hablar de la “A”, cuyo significado era la actitud, y dio paso a una diatriba acerca de la actitud en la vida. Luego pasó a la “L”, y habló de la importancia de la lealtad. Finalmente, tras un largo periodo de tiempo, llegó a la “E”, que significaba la excelencia, y continuó resaltando la

importancia de la excelencia en la vida.

Cuando el alumno finalmente terminó, Sir Winston Churchill fue llamado para recibir su mención. Comenzó su respuesta dirigiéndose a la multitud con las siguientes palabras: “¡Supongo que debemos hacer una pausa y dar gracias que el orador anterior no era graduado del Instituto de Tecnología de Massachusetts (Massachusetts Institute of Technology)!” Por lo tanto, entendiendo la indirecta del gran Sir Winston, intentaré ser breve y conciso.

La toga y el birrete que se utilizan en el día de graduación tienen una enorme importancia. Sus raíces provienen de la antigua Grecia, cuando la educación formal era principalmente para los más ricos o los más ambiciosos. En una graduación en particular, un salón de banquetes en Atenas estaba colmado de gente de la realeza vestida con sus mejores prendas. El gran momento llegó cuando los alumnos entraron al salón con su querido profesor. Éste, no los había vestido con sus prendas de nobleza, sino con simples túnicas de tela y portando un birrete, señal de un trabajador común.

Al ser cuestionado por los padres y otras personas, el profesor respondió: “Sus hijos están vestidos con ropa de obreros porque su destino es construir. Algunos serán arquitectos y construirán ciudades. Algunos serán profesores y construirán vidas. Mientras que otros serán médicos y restaurarán órganos. Pero todos construirán sobre una base sólida de conocimientos”.

Es desde ese entonces, que se utilizan la toga y el birrete para simbolizar con orgullo el valor de la educación y el hecho de que todos somos constructores de nuestro propio futuro y del de las generaciones por venir.

En el Antiguo Testamento se dice acerca de José que: “El Señor estaba con él y las cosas le salían muy bien” (Génesis 39:2). Pocas personas en la historia del mundo han surgido tan rápido y llegado tan alto como José. Él comenzó a la edad de muchos de ustedes y, a sus 30 años, era el primer ministro implícito de Egipto, la nación más progresista del mundo en aquella época. En Génesis 37 José había tenido un sueño. Tuvo una visión de lo que podría convertirse en su vida. Se vio a sí mismo como un líder y nunca perdió de vista ese sueño. El Señor estaba con él y se convirtió en un hombre exitoso.

El éxito es un tema que se toma de manera diferente en nuestra cultura moderna. Muchos determinan el éxito por el lugar donde residen, por el auto que conducen o por cuán alto pueden ascender en los círculos mundanos. Mi predecesor pastoral en la Primera Iglesia Bautista en Dallas, el Dr. George W. Truett, lo define mejor que nadie que haya conocido. Él dijo: “El éxito es la capacidad para encontrar los planes (la voluntad) que Dios tiene para nuestra vida y realizarlos. “Este es el verdadero éxito de la vida.

A lo largo del camino de la vida usted encontrará tres grandes enemigos del éxito. Uno es el desaliento. Tenemos un sueño y, en el camino, nos encontramos con algunos obstáculos que nos hacen perder la ilusión de lograr nuestro objetivo. Otro enemigo es la desviación. Todos conocemos personas que han tenido un sueño y se han desviado por una ruta diferente para darse cuenta de que lo bueno, muchas veces, es enemigo de lo mejor. Si vencemos el desaliento y la desviación, entonces estamos ante el enemigo de la duda. En el camino, si no logramos nuestro sueño en nuestro propio tiempo, empezamos

a dudar si a caso recibimos el sueño de Dios en primer lugar.

¿Era simplemente una ambición juvenil o fue un sueño implantado en nuestros corazones de parte de Dios? El joven José se enfrentó a todos estos enemigos del éxito en Génesis 39 y nos habla hoy a través de los siglos, retándonos a seguir su ejemplo para que algún día se pueda decir de nosotros que: “El Señor estaba con nosotros y fuimos exitosos”. No vamos a fijarnos sólo en estos enemigos del éxito, sino también en sus antídotos:

Cuando esté tentado a desviarse —Enfrente las dificultades permitidas por Dios



Cuando José fue llevado a Egipto, los ismaelitas que lo habían trasladado allá lo vendieron a Potifar, un egipcio que era funcionario del faraón y capitán de su guardia. Ahora bien, el Señor estaba con José y las cosas le salían muy bien. Mientras José vivía en la casa de su patrón egipcio, éste se dio cuenta de que el Señor estaba con José y lo hacía prosperar en todo. José se ganó la confianza de Potifar, y éste lo nombró mayordomo de toda su casa y le confió la administración de todos sus bienes. Por causa de José, el Señor bendijo la casa del egipcio Potifar a partir del momento en que puso a José a cargo de su casa y de todos sus bienes. La bendición del Señor se extendió sobre todo lo que tenía el egipcio, tanto en la casa como en el campo. Por esto Potifar dejó todo a cargo de José, y tan sólo se preocupaba por lo

que tenía que comer. José tenía muy buen físico y era muy atractivo. ” (Génesis 39:1-6).

Mire a José. Anteriormente había soñado con lo que sería. Sin embargo, nada iba por buen camino. Su objetivo en la vida parecía estar muy distante. Sus hermanos, llenos de celos y envidia, lo arrojaron en una fosa, robaron su abrigo de muchos colores, mataron un animal y lo mancharon con sangre. Luego, regresaron a su padre afirmando que lo había matado un animal. Jacob, el padre, vivió muchos años pensando que su hijo favorito había muerto. Como si fuera poco, los hermanos lo vendieron a unos ismaelitas que iban en una caravana hacia Egipto. El joven José fue llevado a Egipto y puesto en una subasta donde fue vendido como esclavo. Allí, fue comprado por Potifar, oficial de Faraón y capitán de la guardia. Nada parecía salirle bien.

¿Qué hacemos cuando nos enfrentamos al desaliento? Muchos, queremos rendirnos. Otros, somos como Job, y decimos: “Lo que más temía, me sobrevino” (Job 3:25). Algunos actuamos como Elías y fruncimos el ceño. A él lo vimos bajo un árbol de junípero en un momento de desánimo, incluso contemplando el suicidio. Algunos de nosotros nos ponemos furiosos. Nos acordamos del hermano mayor que estaba “enojado” y no quería ir la fiesta. Otros, somos como Moisés y simplemente nos quejamos. Y, por último, hay muchos como Jonás, que simplemente huimos, corriendo en sentido contrario.

José nos da el antídoto cuando se enfrenta con el desaliento. Enfrentar las dificultades permitidas por Dios. José se

volvió fiel a las pocas cosas en la casa de Potifar. Se enfrentó a las dificultades permitidas por Dios. La Biblia dice: “El Señor estaba con José y lo hacía prosperar en todo” (Génesis 39:3). También nos recuerda que: “Por causa de José, el Señor bendijo la casa del egipcio” (Génesis 39:5).

¿Será posible que Dios permita dificultades en nuestras propias vidas para ponerse en nuestro camino, de modo que no sólo nos bendiga a nosotros sino nos haga ser una bendición para los demás? Durante la vida, en el camino al éxito nos encontraremos con el enemigo llamado desaliento. Cuando éste venga, como seguramente ocurrirá, aprenda la lección de José en este día de graduación y enfrente las dificultades permitidas por Dios con fidelidad.

Cuando tenga la tentación de desviarse: huya de los deseos que no vienen de Dios (Génesis 39:7-18)



“Después de algún tiempo, la esposa de su patrón empezó a echarle el ojo y le propuso: —Acuéstate conmigo. Pero José no quiso saber nada, sino que le contestó: —Mire, señora: mi patrón ya no tiene que preocuparse de nada en la casa, porque todo me lo ha confiado a mí. En esta casa no hay nadie más importante que yo. Mi patrón no me ha negado nada, excepto meterme con usted, que es su esposa. ¿Cómo podría yo cometer tal maldad y pecar así contra Dios? Y por más que ella lo acosaba día tras día para que se acostara con ella y le hiciera

compañía, José se mantuvo firme en su rechazo. Un día, en un momento en que todo el personal de servicio se encontraba ausente, José entró en la casa para cumplir con sus responsabilidades. Entonces la mujer de Potifar lo agarró del manto y le rogó: «¡Acuéstate conmigo!» Pero José, dejando el manto en manos de ella, salió corriendo de la casa. Al ver ella que él había dejado el manto en sus manos y había salido corriendo, llamó a los siervos de la casa y les dijo: «¡Miren!, el hebreo que nos trajo mi esposo sólo ha venido a burlarse de nosotros. Entró a la casa con la intención de acostarse conmigo, pero yo grité con todas mis fuerzas. En cuanto me oyó gritar, salió corriendo y dejó su manto a mi lado. La mujer guardó el manto de José hasta que su marido volvió a su casa. Entonces le contó la misma historia: «El esclavo hebreo que nos trajiste quiso aprovecharse de mí. Pero en cuanto grité con todas mis fuerzas, salió corriendo y dejó su manto a mi lado» (Génesis 39:7-18).

Muchos de nosotros estamos familiarizados con esta historia. La esposa de Potifar tiene sentimientos lujuriosos por el joven y apuesto José y comienza a seducirlo. Después de haber vencido al enemigo del desaliento, ahora se enfrenta con el enemigo de la desviación. Después de todo, estaba muy lejos de casa y, seguramente, nadie se daría cuenta si sucumbía ante esta tentación. Este tipo de desviación ha hecho que muchas personas no logren sus sueños.

José resistió. Y la razón por la cual lo consiguió es porque dijo que no desde el principio. La Biblia dice: “Él se rehusó” (Génesis 39:8). José era lo suficientemente listo como para saber que los terremotos morales no vienen de la nada, están precedidos por fallas secretas. Los terremotos no suceden porque sí. Están precedidos de líneas de fallas que están muy por debajo de la superficie de la tierra, invisibles a simple vista, pero acumulando presión y convergiendo hasta causar un terremoto. Y, lo mismo ocurre con lo moral. ¡Los terremotos morales no ocurren sin razón! Están precedidos por fallas secretas, pequeñas grietas en el carácter, por debajo de la superficie de la vida, que comienzan a combinarse y a crear presión dando como resultado un terremoto moral. José fue un vencedor porque dijo “no” desde el principio.

Hay un punto de vista interesante aquí para aquellos que se desvían en la vida. La esposa de Potifar pasó por cuatro etapas. Ella vio, codició, tomó y se escondió. Estos son los mismos cuatro pasos que toma alguien que se desvía del camino hacia el éxito en la vida. Ella “empezó a echarle el ojo” (Génesis 39:7). “Lo acosaba día tras día” (Génesis 39:10). “Lo agarró de su manto y le dijo “acuéstate conmigo”” (Génesis 39:12). Finalmente dijo: “El esclavo hebreo que nos trajiste trató de aprovecharse de mí” (Génesis 39: 17-18). Lo acusó de haberla querido violar y afirmó que le había roto su manto al pelear con él.

Cualquiera que se haya desviado del éxito en la vida ha dado estos cuatro pasos. Todo empezó con Adán y Eva. Ella vio que el árbol era bueno para comer. Luego deseó su fruto. “La mujer vio que el fruto del árbol era bueno para comer, y que

tenía buen aspecto y que era deseable para adquirir sabiduría” (Génesis 3:6). Eva tomó un fruto del árbol y comió y le dio a su esposo. Finalmente lo hizo. “Cuando comenzó a refrescar oyeron que Dios andaba recorriendo el jardín; entonces corrieron a esconderse entre los árboles para que Dios no los viera” (Génesis 3:8).

Igualmente ocurre con el Rey David y su desviación con Betsabé. Comenzó cuando la vio bañándose en la azotea y comenzó a codiciarla. Envío a sus siervos a preguntar por ella y luego la llevó a su Palacio y vivió en adulterio con ella. Finalmente, también se escondió tratando de cubrir su pecado, poniendo a su marido Urías al frente de la línea de batalla, donde perdió la vida.

¿Qué hizo José cuando estuvo tentado a desviarse? Observe cómo escapó a sus deseos impíos: “Al ver ella que él había dejado el manto en manos de ella, y había salido corriendo” (Génesis 39:13). ¡José salió corriendo, no trató de pelear, estaba decidido, tenía un sueño y no se iba a desviar!

Hoy, al embarcarse en una nueva etapa de la vida, se verá tentado a desalentarse. Enfrente las dificultades permitidas por Dios. Y cuando esté tentado a desviarse, huya de sus deseos impíos. Por último, vemos que José se enfrentó a otro gran enemigo del éxito.

Cuando esté tentado a dudar...Siga los sueños que Dios le dio (Génesis 39:19-23)



“Cuando el patrón de José escuchó de labios de su mujer cómo la había tratado el esclavo, se enfureció

y mandó que echaran a José en la cárcel donde estaban los presos del rey. Pero aun en la cárcel el Señor estaba con él y no dejó de mostrarle su amor. Hizo que se ganara la confianza del guardia de la cárcel, el cual puso a José a cargo de todos los prisioneros y de todo lo que allí se hacía. Como el Señor estaba con José y hacía prosperar todo lo que él hacía, el guardia de la cárcel no se preocupaba de nada de lo que dejaba en sus manos” (Génesis 39:19-23).

Ahora nos encontramos a José preso por algo que nunca hizo. ¿Se imagina lo que debe haber pasado su mente? No muchos meses antes había recibido su sueño, su visión. Estaría al mando de una gran nación. ¿Pero ahora? Estaba encarcelado. ¿Podría ser esta la recompensa por su fidelidad a Dios? ¿Le había dado Dios realmente ese sueño y esa visión de éxito o era simplemente alguna ambición infantil?

La verdad es que Dios los estaba probando. El Salmo 105: 17-19 dice:

“Pero envió delante de ellos a un hombre: a José, vendido como esclavo. Le sujetaron los pies con grilletes, entre hierros le aprisionaron el cuello, hasta que se cumplió lo que él predijo y la palabra del Señor probó que él era veraz”.

Dios iba a usarlo de forma poderosa y estaba probando a ver si podía confiarle algo tan valioso como el éxito. A menudo cuando nuestros objetivos parecen muy lejanos, pasamos también por momentos de pruebas y estamos ten-

tados a dudar. ¿Qué hizo José? Seguramente estuvo tentado a dudar pero siguió los sueños que Dios le había dado. No dijo nada. Simplemente se mantuvo leal en la cárcel y, cuando menos se dio cuenta, estaba a cargo de toda la prisión. ¡El Señor estaba con Él!

El enemigo había perdido cuando intentó atacar su cuerpo y ahora intentaba atacar su mente. Este enemigo de la duda les llega a muchos. A Abraham se le había prometido que sería la semilla de muchas naciones, pero estaba viejo y su esposa había pasado la edad fértil y era estéril. ¿Cómo podría cumplirse esta promesa? Se le había dicho que mirara a las estrellas y su semilla sería tan numerosa como ellas. Fue tentado a dudar, pero siguió con el sueño que Dios le había dado.

Al comenzar, obtenga su sueño de Dios. Asegúrese de que proviene de Él y sígalo. Abraham siguió la voz de Dios. José siguió el sueño de Dios. Josué fue el primero que consiguió su sueño de nuestra misma manera. Él dijo: “Recita siempre el libro de la ley y medita en él de día y de noche; cumple con cuidado todo lo que en él está escrito. Así prosperarás y tendrás éxito” (Josué 1:8).

Tenga un sueño. Tenga un sueño. Tenga un sueño. ¡Y sígalo! Y cuando esté tentado a desalentarse, enfrente las dificultades permitidas por Dios. Cuando esté tentado a desviarse, huya de los deseos impíos. Y cuando esté tentado a dudar, siga el sueño que Dios le dio, para que se pueda decir de usted lo mismo que se dijo de José: “El Señor estaba con él y todo le salía bien!” Después de todo, el éxito es la capacidad para encontrar la voluntad de Dios para su vida y hacerla.

Día de la Madre: La Maternidad en nuestros días

Génesis 21:14-21

Día de la madre. Estas palabras tienen una calidez especial. Para muchos, evocan una imagen similar a la de Norman Rockwell acerca del mundo, en el cual, la vida es simple y todo el mundo vive feliz. Una imagen de una casa linda con un patio bien podado, detrás de una valla de piquete blanca, donde la vida está llena de diversión familiar y meriendas. Nos gusta pensar en un mundo donde todos se visten el domingo por la mañana y caminan con tranquilidad a la iglesia de marco blanco en la esquina, en un entorno limpio. Y, por supuesto, todos viven felices. Sin embargo, el día de la madre en nuestra cultura del siglo XXI tiene como contexto un mundo muy diferente al de los días de Norman Rockwell, hace un par de generaciones.

El plan de Dios para el hogar nunca ha cambiado. Su ideal sigue siendo un hombre y una mujer juntos para la toda

vida. Por tanto, el divorcio nunca debe ser una opción para dos creyentes que se han unido como uno. La Biblia es clara cuando se trata de la enseñanza en el hogar. No enseña sobre sexo seguro, habla de tener relaciones sólo hasta que estemos casados. El ideal de Dios es que el esposo sea el proveedor y que la madre construya el nido y alimente a sus hijos.

La ruptura de la fibra moral estadounidense es la ruptura del hogar. En nuestro mundo occidental estamos cosechando los resultados de un par de generaciones que han sido criadas por padres modernos que, en muchos casos y de muchas formas, han olvidado sus propias raíces.

Sí, la familia ideal todavía consta de un padre y una madre que oran y juegan con sus hijos. Pero la iglesia no debe cerrar los ojos ante la realidad que nos rodea. No vivimos en un mundo como el de Norman Rockwell. Todas las calles de nuestras ciudades no son barridas minuciosamente cada noche. No hay heladerías en cada esquina, no vemos caras felices y grandes sonrisas en cada rincón. Muchos de nosotros no vivimos felices por siempre en un castillo sobre una nube. Vivimos y ejercemos nuestro ministerio en el mundo real, donde se truncan los sueños y las esperanzas se rompen. Vivimos y ejercemos el ministerio en un mundo donde la gente lucha simplemente por seguir adelante.

En nuestro mundo, dos de cada tres madres trabajan fuera del hogar. Cuatro de cada cinco, tienen niños en edad escolar. El drama real de nuestros días es que muchas de nuestras iglesias ignoran la situación de muchas madres modernas y continúan ejerciendo su ministerio como en las generaciones pasadas. Uno de los grandes desafíos que enfrenta la iglesia

en nuestros días es el equilibrio de ministerios familiares. Por un lado, debemos mantener los estándares altos y sagrados de un hogar devoto. Tenemos que construir un muro tan alto y grueso como sea posible para que la gente no caiga a los precipicios del divorcio, a los precipicios de los hogares rotos. Pero al mismo tiempo tenemos que mantener una ambulancia en la parte inferior de la montaña para curar vidas maltratadas y corazones destrozados.

¿Se ha dado cuenta últimamente del mundo que tiene a su alrededor? Crecí al este de Fort Worth, Texas en una casa agradable en la esquina de un lote, con unos padres que se amaban, que me criaron y que estuvieron casados por 50 años. No crecí viendo MTV ni muchas de las series que los niños ven hoy en día, y que de muchas maneras reflejan el hogar. Crecí viendo programas de televisión como: Haz Espacio Para Papá (Make Room for Daddy). Sin embargo hoy, en decenas de miles de hogares en Estados Unidos, no hay espacio para el papá. Y en muchos de esos hogares no siempre es culpa suya. A él le gustaría estar presente.

Existimos como iglesia para los que aún no son miembros. Muchos de los que no pertenecen a la iglesia son madres solteras trabajadoras, con corazones y sueños rotos. En nuestra sociedad moderna los verdaderos héroes son las madres cristianas que están desempeñando el papel de papá y mamá a la vez. Algunas de ellas tienen dos trabajos a la vez, van a los juegos de béisbol, llevan niños a la escuela, limpian casas, podan patios y tratan de mantener a sus hijos en la iglesia.

En muchos sentidos, el día de la madre es un momento

difícil para muchas personas. Hay muchas madres en la Biblia a quienes podemos referirnos como ejemplos en este día. Está la mujer virtuosa de Proverbios 31. Están Noemí, Ana, la mujer sunamita, Ruth, la Virgen María. Pero en este día de la madre haré referencia a una mujer que rara vez se menciona. ¿Su nombre? Agar. ¡Me le quito el sombrero en este día de la madre! Agar nos enseña mucho acerca de la superación, especialmente en el mundo de las madres solteras. Ella era joven y atractiva. Era muy trabajadora. Quedó embarazada sin estar lista. Su marido los abandonó a ella y a su hijo. Luego perdió su trabajo. No tenía amigos y su familia estaba muy lejos. Pero Dios vino para estar a su lado y rescatarla. La historia de Agar es un ejemplo de superación para todos nosotros. A través de los siglos, ella nos habla de la difícil situación de muchas madres modernas, de sus luchas y de su poder.

La situación de muchas madres modernas



Al día siguiente, Abraham se levantó de madrugada, tomó un pan y un odre de agua, y se los dio a Agar, poniéndoselos sobre el hombro. Luego le entregó a su hijo y la despidió. Agar partió y anduvo errante por el desierto de Berseba. Cuando se acabó el agua del odre, puso al niño debajo de un arbusto y fue a sentarse sola a cierta distancia, pues pensaba: “No quiero ver morir al niño”. En cuanto ella se sentó, comenzó a llorar desconsoladamente (Génesis 21: 14-16).

En Génesis 21: 14 la vemos afligida. Agar era la víctima. Su destino no fue su culpa. Fue el resultado de la impaciencia

y manipulación de Abraham. Fue el resultado de la negativa de éste a creerle a Dios en primer lugar. Y, por ello, los envió lejos a ella y a su pequeño hijo. Realmente la vemos afligida en estos versículos.

Abraham no era un hombre malo. Había cometido errores. Había tenido problemas y tuvo que tomar algunas decisiones difíciles. Amaba a Ismael, su hijo con Agar, y no hubo ninguna alegría verdadera en esta separación. La Biblia dice simplemente que “la envió lejos” (Génesis 21: 14). Estas fueron palabras fuertes. Ella supo lo que era ser rechazada, al igual que el niño. Él amaba a su padre, pero su padre “los envió lejos”. Estaban heridos. Agar estaba sola y esto era algo nuevo para ella.

No había nadie que la ayudara, nadie con quien tomar decisiones, nadie que arreglara el auto o el grifo. La Biblia nos dice que ella “vagó” en el desierto. No tenía ningún destino específico. No sabía dónde estaba ni qué iba a hacer. Su propósito en la vida se había perdido. Esta es la situación difícil de muchas madres modernas. ¿Puede darse cuenta del sufrimiento de Agar? Ella había sido dejada a su suerte, había sido rechazada, y ahora estaba sola. Muchas madres modernas pueden identificarse con ella hoy en día.

No sólo vemos que estaba afligida, sino que también estaba padeciendo hambre (Génesis 21:15). La Biblia dice: “Cuando se acabó el agua del odre, puso al niño debajo de un arbusto”. Ya era demasiado con estar afligida, y ahora sus suministros se agotaban y estaba hambrienta. Sus recursos se habían secado. La tensión emocional se complicaba con el dolor físico. Agar se encontraba en la misma situación de

muchas madres modernas. Estaba sufriendo sin protección ni suministro y, además, pasaba hambre.

Los apuros de Agar son los mismos de muchas madres modernas. Ahora estaba desesperanzada. “Y fue a sentarse sola a cierta distancia... comenzó a llorar desconsoladamente” (Génesis 21:16). Puso al niño bajo un árbol y se alejó para que él no la pudiera ver. ¿Puede identificar con ella a algunas madres en este Día de la Madre? ¿Acaso no hay madres que cierran la puerta de su alcoba para sentarse a llorar? Dios permitió que Agar y su hijo llegaran al punto donde ya no podían soportar más con su propia fuerza.

La difícil situación de Agar es la misma situación de muchas madres modernas.

Hoy en día muchas están sufriendo. También saben lo que es haber sido “abandonadas a su suerte” y se encuentran vagando sin ninguna dirección. Hoy muchas saben lo que es pasar hambre. Sus recursos se han agotado y los niños tienen necesidades que no pueden suplirse. Quizás hoy no es tanto hambre física, sino hambre social, emocional o espiritual, especialmente por la necesidad de sentirse acompañadas. Otras madres modernas se encuentran desesperadas. Muchas están llenas de angustia en el Día de la Madre y lo único que pueden hacer es sentarse a llorar. Si bien, ésta es la situación difícil de muchas madres modernas, no hay que rendirse. Continuaremos recordando la historia de Agar para ver lo que sucede después.

La lucha de muchas madres modernas



Cuando Dios oyó al niño sollozar, el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo y le dijo: “¿Qué te pasa, Agar? No temas, pues Dios ha escuchado los sollozos del niño. Levántate y tómallo de la mano, que yo haré de él una gran nación” (Génesis 21:17-18).

En estos versículos vemos su expectativa. Cuando se sentó a llorar, el ángel de Dios vino hacia ella y le dijo “No temas, pues Dios ha escuchado los sollozos del niño” (Génesis 21:17). Estas palabras de consuelo fueron para Agar como agua para el sediento. Fueron la grieta en la puerta. Aquellas palabras fueron el rayo de luz al final del túnel. ¿Quién era este Ángel del Señor? Éste fue un caso de Cristofanía. Se trata de una visita de Cristo pre encarnado a esta madre de buen corazón. Nuestro Señor aparece muchas veces en el Antiguo Testamento. Lo encontramos en el horno ardiente. Y, a menudo, vemos que tiene una manera de revelarse en las vidas de muchos que han perdido la esperanza por completo.

Es interesante que el Señor le diga que ha escuchado las oraciones de Ismael, su hijo. Una de las cosas que llegan al corazón de Dios son las oraciones de los niños. Esta es la lucha de muchas madres modernas. ¿Qué madre y qué niño no quieren oír estas palabras hoy? “No temas, Dios ha escuchado sus oraciones.” ¿Se da cuenta de las esperanzas de Agar?

Ahora la vemos animada. El Señor le dice que se levante y tome al niño de la mano porque “haré de él una gran nación” (Génesis 21:18). ¿Cuántas madres luchan hoy por sacar adelante a sus hijos? Hay muchas cosas que nos rodean en nuestra

cultura que nos despojan de nuestro orgullo y estímulo. Muchos niños sienten que no valen nada. No tienen mamá o papá que los saquen adelante. Muchos jóvenes escuchan en su casa que son inútiles y, algunos de ellos, de tanto oír esto empiezan a creerlo. Hemos criado una generación de jóvenes y nadie los está sacando adelante. Una de las cosas más importantes que puede hacer un padre es “levantar” a sus hijos. ¿Ve el aliciente de Agar? Ella está abrazando a su hijo. Esta es la lucha de muchas madres modernas.

Mi esposa Susie y yo hemos visto esto como uno de los puntos principales en la crianza de los hijos. No pasó ni un día en la crianza de nuestras dos hijas en el que de una u otra manera les dijéramos, “estoy orgulloso de ser tu papá” o “estoy orgullosa de ser tu mamá”. Tratamos de dejarles saber que podían hacer cualquier cosa, si creían y confiaban en el Señor. Intentamos sacarlas adelante. La mayoría de los niños creen lo que se les dice. En esta antigua madre podemos ver el aliento que le da a su hijo. Ella está construyendo autoestima. Está forjando valor. Está sacando a su hijo adelante. Es una lucha para muchos de nosotros. Fíjese en Agar. ¿Ve su esperanza? ¿Ve su aliento?

A continuación, podemos ver su ejemplo. Se levantó y tomó la mano de su hijo (Génesis 21: 18). Es decir, caminó con él. Le mostró el camino. Fue ejemplo. Si echa un vistazo a las vidas de las personas más productivas, generalmente encontrará que detrás hay una mamá o un papá que “las llevó de la mano y caminó con ellas”. Encontrará padres que estuvieron presentes en todo tipo de situaciones y circunstancias; padres que fueron ejemplo. La lucha continúa para muchas madres

modernas. Agar es un gran ejemplo para todos nosotros hoy en día. Podemos ver su esperanza. Ella le pidió a Dios y Él escuchó sus oraciones. Vemos su aliento. Vemos cómo sacó adelante a su hijo en medio de una situación difícil. Podemos ver su ejemplo. Ella lo lleva de la mano y camina con él. Hoy en día hay millones de niños en Estados Unidos esperando este tipo de ejemplo. Si alguna vez vamos a alcanzar a nuestro mundo moderno como la Iglesia de Jesucristo, tenemos que ver la situación de muchas madres modernas y su lucha. Por último, debemos fijarnos en:

La fortaleza de muchas madres modernas



En ese momento Dios le abrió a Agar los ojos, y ella vio un pozo de agua. En seguida fue a llenar el odre y le dio de beber al niño. Dios acompañó al niño, y éste fue creciendo; vivió en el desierto y se convirtió en un experto arquero; habitó en el desierto de Parán y su madre lo casó con una egipcia (Génesis 21:19-21).

En este versículo vemos su provisión: Dios le abrió los ojos a Agar y ella vio un pozo de agua”. Dios se volvió su proveedor. ¡Abraham le había dado una bolsa de vino llena de agua pero Dios le dio un pozo! ¿Ve su provisión? Aquí había una mujer angustiada sin recursos aparentes. Y, de repente encontraba un pozo cercano, algo muy importante en el desierto. La condición de Agar expresa el estado espiritual y la situación de muchas madres modernas en el Día de la Madre; afligidas, hambrientas y desesperanzadas. Muchas deambulan

sin saber que muy cerca hay un pozo de vida eterna. Piense por un momento. El pozo había estado allí todo el tiempo pero Agar simplemente no lo vio. Lo pasó por alto hasta que Dios se lo señaló. ¿Cuántas veces, cuando pensamos que la esperanza se había perdido, Dios nos mostró un pozo? Pero no fue suficiente con que el pozo estuviera tan cerca, Dios tuvo que abrirle los ojos a Agar. Ojalá Dios abriera los ojos de muchas madres modernas y les mostrara que el pozo de la vida eterna ha estado allí todo el tiempo. En el Día de la Madre, muchas madres pueden declarar que nunca habrían sido capaces de lograrlo sin ayuda sobrenatural.

Dios le abrió los ojos a Agar y le mostró un pozo, pero ella tuvo que hacer tres cosas: sacar el agua, beberla y darle a su hijo. ¿Ve su provisión? Dios mismo vino a su rescate.

También vemos su promesa. Me encantan las palabras de este versículo: Dios acompañó al niño, y éste fue creciendo” (Génesis 21:20). Ella se aferro a la promesa de Dios de que lo convertiría “en una gran nación”. Nuestro Señor siempre está del lado de los oprimidos. Dios se deleita en venir al rescate de los que han sido desterrados. Esto se ve a lo largo del Nuevo Testamento. Hubo una mujer en un pozo en Samaria, que había sido rechazada, sin embargo, el Señor vino a su rescate. Había un hombre en Jericó llamado Bartimeo que fue dejado al lado del camino, pero Cristo vino a su rescate. Había una mujer en Jerusalén a punto de ser apedreada, una paria para la sociedad, pero el Señor Jesús vino a su rescate.

Hay algo extraño en el hecho de que la adversidad tenga una forma de forjar carácter. Agar recibió ayuda en la crianza de su niño. ¡Fue una ayuda sobrenatural! ¡Dios estaba con

ella! ¿Ve su promesa? Esta es la fortaleza de muchas madres modernas. Los niños que están siendo criados sólo por un padre no deben sentir celos de aquellos que tienen a ambos padres. Dios tiene una forma de darles ventaja. Dios es especial con ellos. A menudo, el niño que ha conocido la lucha, el sacrificio y el sufrimiento, que se ha sentado bajo un árbol a llorar, que ha conocido la disciplina y el trabajo duro, es el que está mejor preparado para la vida y el que llega más alto que aquellos que no conocen el sacrificio.

Así es, “Dios acompañó al niño y éste fue creciendo”. Esa es la fuerza de muchas madres modernas. Cristo está de su lado.

Por último, vemos su persistencia (Génesis 21: 21). Dios le dio la fuerza para continuar y ella tuvo una influencia duradera sobre su hijo. Permaneció con él hasta el momento de casarse, y se lo entregó su esposa. Una madre sola en contacto con Dios puede superar cualquier obstáculo que se presente en su camino. Agar le inculcó amor, respeto y perdón a su niño.

Hay una línea secundaria interesante en Génesis 25:9. La Biblia registra a Ismael e Isaac enterrando a su padre juntos. Piense en eso. Ismael volvió rendirle homenaje a la persistencia de su madre. Esta es la fuerza de muchas madres modernas. ¿Puede ver su provisión? Dios tiene una forma de abrirles los ojos y mostrarles un pozo. ¿Puede ver su promesa? Dios está con ellas. ¿Puede ver su persistencia?

En el Día de la Madre, recordemos que nuestra responsabilidad es construir una unidad familiar. Gracias a Dios por el hogar. El hogar es la esperanza de Estados Unidos. Seamos

inteligentes y francos, y enseñémosles a nuestros hijos que el plan de Dios es un hombre para una mujer de por vida. El sexo seguro no existe. Simplemente no debe haber sexo fuera el vínculo matrimonial. Pero recordemos también, que hay muchas sufriendo a nuestro alrededor.

Vamos a recordar la situación difícil de muchas madres modernas. La gente está sufriendo, tiene hambre, no tiene esperanza. Quitémonos el sombrero ante la lucha de muchas madres modernas. Acompañémoslas en su esperanza, su aliento y su ejemplo. Y, por último, reconozcamos su fortaleza. Ellas tienen una provisión sobrenatural, viven con una maravillosa promesa y su persistencia tiene una influencia duradera.

Muchas en el Día de la Madre están como Agar. Quizás usted no es una madre soltera. Tal vez nunca ha sido rechazada. Tal vez aún no es madre. Pero al igual que ella, está “paseando” por la vida sin ninguna dirección, sin ningún objetivo y sin paz. Siga su ejemplo. Invoque a Dios hoy. Él le abrirá los ojos y le mostrará un pozo. Podrá beber de él y nunca sentirá sed otra vez. Dios irá a casa con usted.

Día del Padre

Lucas 15:11-32

El Día del Padre.... Para muchos es un día de corbatas nuevas, llamadas de larga distancia, tarjetas de Hallmark y comidas familiares. Tuve la suerte de haber tenido un padre que me bendijo con su presencia. Siempre estuvo presente. Me acompañó en las temporadas de fútbol americano, baloncesto, atletismo y béisbol en la escuela. Incluso, al escribir estas palabras, mi mente se llena de recuerdos de vacaciones de verano, de juegos en el patio, de juegos de golf y de un sinnúmero de actividades entre padre e hijo. Mi vida transcurrió bastante bien porque él estuvo ahí. Su presencia parece haber sido el hilo conductor que tejió las experiencias de mi infancia.

Es sorprendente la forma en la que nuestra relación con nuestro padre varía con las diferentes etapas de la vida. Alguien alguna vez lo planteó de esta manera: A los 4 años, “mi papá puede hacerlo todo”; a los 7 años, “mi papá sabe un montón”; A los 12 años, “bien, no puedo esperar que papá lo sepa todo”; a los 14 años, “mi papá está fuera de onda y es anticuado”; a los 21 años, “mi papá no entiende”; a los 25

años, “ mi papá sabe un poco pero no tanto; “ a los 30 años, “no haré nada sin consultar a papá”; a los 40 años, “¿Qué hubiera hecho papá?”; a los 50 años, “¡papá lo sabía todo!”; a los 60 años, “ quisiera poder consultar esto con papá aunque fuera sólo una vez más”. Lamentablemente, no hay muchos modelos a seguir hoy en día. No obstante, uno encuentra en las parábolas de nuestro Señor, un ejemplo que es pasado por alto porque cede el protagonismo a sus dos hijos. Es el padre de la historia del hijo pródigo y su hermano menor. Podemos aprender mucho de él en este día. Este padre crió a sus hijos con manos, brazos y corazón abiertos. Veamos el versículo y aprendamos de él en este Día del Padre.

Lo vemos con una mano abierta diciendo: “Te dejo ir”



Un hombre tenía dos hijos —continuó Jesús— El menor de ellos le dijo a su padre: “Papá, dame lo que me toca de la herencia.” Así que el padre repartió sus bienes entre los dos. Poco después el hijo menor juntó todo lo que tenía y se fue a un país lejano; allí vivió desenfrenadamente y derrochó su herencia (Lucas 15:11-13).

Lo deja ir. James Dobson podría llamar a esto “amor fuerte”. Aquí vemos a un papá que es lo suficientemente sabio para saber que lo que le inculca a su hijo a una edad temprana, determina lo que será más tarde. Este padre de Lucas 15 obviamente fue un ejemplo en el hogar e inculcó a sus hijos algunos principios absolutos. Por lo tanto, había

algo contra qué rebelarse.

Los papás no sólo deben ser proveedores materiales, con la importancia que esto conlleva. Tampoco deben ser sólo proveedores mentales, con el significado que esto tiene. Deben ser proveedores morales.

El padre de esta parábola abrió su mano y dejó que su hijo se marchara cuando llegó el momento. Podría haberse negado. Podría haberle retirado la herencia. Hay momentos en los que un padre sabe qué es mejor para su hijo, pero aún así, permite que se vaya. Podría haber negado la petición o haber chantajeado a su hijo con la herencia. Podría haber hecho como muchos padres modernos hoy en día y empezar a hacer comparaciones, “¿por qué no puedes ser como tu hermano mayor?”. O intentar persuadirlo, “¿es que acaso quieres romperle el corazón a tu madre?”

Aquí había un padre que estaba preparado para afrontar lo que le había inculcado a su hijo desde la infancia. Salomón dijo: “Instruye al niño en el camino correcto, y aun en su vejez no lo abandonará” (Proverbios 22:6).

Algunos padres se aferran tanto a sus hijos, que en realidad terminan perdiéndolos. Él lo dejó ir. No envió a ningún sirviente para que lo espiera. A pesar de que le rompía el corazón, y aunque sabía que se avecinaban decisiones equivocadas, lo vemos con una mano abierta diciendo: “Te dejo ir”.

Sí, lo dejó ir, pero nunca se dio por vencido con él. No importa cuan dedicado pueda ser un hogar, hay temporadas de decepciones que a veces se cruzan en nuestro camino. El joven había abandonado el hogar para ser libre pero lamentablemente se convirtió en un esclavo. La Biblia dice:

“Así que fue y consiguió empleo con un ciudadano de aquel país, quien lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Tanta hambre tenía que hubiera querido llenarse el estómago con la comida que daban a los cerdos, pero aun así nadie le daba nada” (Lucas 15:15-16). Esto pasa muchas veces cuando nos salimos de las sombrillas de autoridad, bajo las cuales Dios nos ha puesto. Sin embargo, algo hermoso ocurre en la historia. El versículo 17 dice que, “por fin recapacitó”. Todos los años de formación habían dado sus frutos. El joven se dijo a sí mismo, “esto no es para mí, a mí me han enseñado algo mejor”. Aquí nos encontramos con la verdad de Proverbios 22: 6. El joven recapacitó, y todos los años de formación produjeron los resultados deseados. Me puedo imaginar al padre fijando su mirada constantemente al horizonte, sin rendirse. Realmente es un padre modelo para nosotros en este Día del Padre, porque lo vemos primero con una mano abierta. Fue lo suficientemente sabio para saber que la forma de tener a su hijo era dejándolo ir, y la forma de perderlo era manteniéndolo aferrado a él.

Lo vemos con los brazos abiertos diciendo: “Te recibo” (Lucas 15:20-24)



Todavía estaba lejos cuando su padre lo vio y se compadeció de él; salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: “Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo.” Pero el padre ordenó a sus siervos: “¡Pronto! Traigan la mejor ropa para vestirlo. Pón-

ganle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero más gordo y mátenlo para celebrar un banquete.24 Porque este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado.” Así que empezaron a hacer fiesta” (Lucas 15:20-24)

Todos conocemos bien la historia. El hijo recapacitó y se dirigió a su casa. El padre corrió a recibirlo con los brazos abiertos. “Todavía estaba lejos cuando su padre lo vio y se compadeció de él; “salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo besó”. ¡El muchacho llegó caminando, pero el padre vino corriendo! Su amor había sido lo suficientemente fuerte para dejarlo ir, y ahora era lo suficientemente bondadoso para recibirlo. El hijo comienza su discurso pero nunca lo termina. El padre lo ha perdonado por completo. Lo vemos con los brazos abiertos. Allí no hubo brazos cruzados ni señalamientos, no hubo puños cerrados ni se mencionó un “te lo dije”. Hubo simplemente brazos abiertos.

La Biblia dice que el padre tuvo “compasión” (Lucas 15: 20). Esta palabra significa “sufrir con alguien”. Aquí había un papá que sabía por lo que el hijo estaba atravesando. El joven volvía a casa con la esperanza de sólo ser un sirviente contratado, pero fue recibido como un hijo honrado. Una de las cosas bellas de la historia es que el padre no sólo lo recibió y lo perdonó, sino que no guardó ningún rencor. Podría haber dicho, “Bienvenido a casa, te perdono, pero estarás a prueba por mucho tiempo”. Ahora, esto no significa que el perdón no tenga parámetros. Aquí no estamos hablando de un joven con

el mismo espíritu rebelde con el que se marchó, ni estamos hablando de un niño que dice simplemente “lo siento” al haber sido atrapado. El joven había cambiado realmente.

Aquí tenemos a un hijo que estaba verdaderamente arrepentido. Primero, lamentó sus acciones: “Por fin recapacité y se dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen comida de sobra, y yo aquí me muero de hambre” (Lucas 15:17). Luego, se responsabilizó y se culpó por sus acciones. Estaba preparado para decir: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti” (Lucas 18). Posteriormente, reconoció el derecho de su padre a estar disgustado con él. Dijo: “Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo”. Finalmente, se decidió a no pecar más. La escritura nos dice que “se levanto y volvió a su padre”. En el versículo 17 él cambió de opinión. El resultado fue que en los versículos 18 y 19 cambió su corazón. Y en el versículo 20 cambiaron sus acciones. Esta es la forma de arrepentimiento. Comienza con un cambio de actitud que siempre resulta en un cambio de afecto, llevando luego, a un cambio de acción. “Se levantó y volvió a su padre”.

Qué bella imagen tenemos de este padre amoroso. Lo vemos con los brazos abiertos, recibiendo a su hijo. Algunas relaciones son tensas debido a que algunos no aceptan el Arrepentimiento del ofensor. Sin embargo, la Biblia dice que “el amor no tiene en cuenta un mal sufrido.” Aquí vemos una imagen hermosa de nuestro Padre Celestial.

Dios no nos trata de acuerdo a nuestros pecados, sino según Su bondadosa misericordia cuando nos dirigimos a Él con verdadero arrepentimiento. Fíjese en este padre modelo. Lo vemos con una mano abierta diciendo: “Te dejo ir.” Lo vemos con los brazos abiertos diciendo, “Te recibo”. Por último:

Lo vemos con un corazón abierto diciendo: “Te respeto” (Lucas 15:25-32)



Mientras tanto, el hijo mayor estaba en el campo. Al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música del baile. Entonces llamó a uno de los siervos y le preguntó qué pasaba.” Ha llegado tu hermano —le respondió—, y tu papá ha matado el ternero más gordo porque ha recobrado a su hijo sano y salvo.” Indignado, el hermano mayor se negó a entrar. Así que su padre salió a suplicarle que lo hiciera. Pero él le contestó: “¡Fíjate cuántos años te he servido sin desobedecer jamás tus órdenes, y ni un cabrito me has dado para celebrar una fiesta con mis amigos! ¡Pero ahora llega ese hijo tuyo, que ha despilfarrado tu fortuna con prostitutas, y tú mandas matar en su honor el ternero más gordo!” . “Hijo mío —le dijo su padre—, tú siempre estás conmigo, y todo lo que tengo es tuyo. Pero teníamos que hacer fiesta y alegrarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado”

Las características más notables de este papá eran su presencia y su transparencia. Siempre estaba con sus hijos. Sin importar cuáles fueran sus problemas, los jóvenes tenían una cosa en común: la presencia de su padre. Y ésta, fue el regalo más valioso que les dio. El padre los respetó y les abrió su corazón.

Aquí tenemos a un papá que, en este Día del Padre, nos recuerda la importancia de mantener las cosas en perspectiva. Una vez comenzó la celebración del retorno del hijo pródigo, su hermano mayor estaba enojado y no quería ir a la fiesta. Cuando su padre salió a recibirlo con el corazón abierto, el hijo mayor se quejó de que había sido fiel todos esos años y nunca le había dado “ni un cabrito” para celebrar con sus amigos. Es interesante que mataran al ternero más gordo para la fiesta. Matar una cabra para una ocasión como esa hubiera sido una locura. El hermano mayor había perdido todo el sentido de proporción. La suerte era tener un padre centrado que vino a él con el corazón abierto.

¿Se puede imaginar la escena? La fiesta está en su punto más alto. Pero, ¿dónde está el padre? Está afuera con el corazón abierto asegurándole tres cosas importantes a su hijo mayor, quien estaba disgustado. Le recuerda su presencia constante. Le dice: “Hijo, tu siempre estás conmigo” (Lucas 15:31). Le asegura su abundante provisión: “Todo lo que tengo es tuyo” (Lucas 15:31). Y con el corazón abierto le asegura su propio logro: “Porque este hermano tuyo estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado” Lucas 25:32).

No sabemos cómo termina la historia. No sabemos si el hermano mayor entró a la fiesta o se quedó afuera. Simplemente no lo sabemos. Tal vez el Señor Jesús la dejó inconclusa para que usted pudiera completarla hoy. Quiero ser un padre como el papá que encontramos en Lucas 15. Aquí vemos a un hombre con una mano abierta. Fue lo suficientemente sabio para saber que la forma de seguir teniendo a

sus hijos cuando maduraran era dejándolos ir. Vemos a un hombre con los brazos abiertos. Siempre estaba dispuesto a dar paso a nuevos comienzos. Vemos a un padre con un corazón abierto. Era un hombre transparente, que brindaba ánimo a sus hijos y los bendecía con su presencia. Todo lo que este padre nos dice acerca de la paternidad llega a un punto interesante. Puede que muchos de los que estén leyendo estas palabras no hayan conocido un padre con una mano abierta, unos brazos abiertos ni un corazón abierto. Pero la buena noticia es que el Señor nos dice: “Yo seré un padre para ustedes y ustedes serán mis hijos y mis hijas” (2 Corintios 6:18).

El verdadero mensaje en este Día del Padre se trata de nuestro Padre Celestial.

Un padre amoroso con una mano abierta. Nos permite irnos. Nosotros no somos títeres, somos personas. Por lo tanto, nos permite irnos porque el amor que le podemos dar voluntariamente es indescribiblemente valioso para Él. ¡Puede que nos deje ir, pero, nunca se da por vencido! Es un padre amoroso, de brazos abiertos, y, nunca ha habido unos brazos tan abiertos como en la cruz. Es un padre amoroso con un corazón abierto. Lo abrió para todos nosotros en el Calvario cuando Él, quien no conoció pecado, se hizo pecado para que nosotros podamos hacernos rectos como Dios en Él!

Sí, quizá nuestro Señor dejó el fin de la historia de esa manera, sin saber nunca si el hermano mayor asistió a la fiesta, con el fin de que pudiéramos completarla hoy. Cuando lo hagamos nos vamos encontrar con un Padre Celestial amoroso, que no sólo tiene una mano abierta y un corazón abierto, sino unos brazos abiertos para recibirnos.

Día de Independencia: Estados Unidos, un momento ecotónico en el tiempo

Jeremías 8:5-22

Somos la “generación del prefijo”. En nuestra cultura contemporánea se describen muchas cosas con el uso del prefijo. Por ejemplo, el prefijo “mega”. Tenemos megabytes, mega iglesias o incluso mega-dittos. Otro prefijo muy utilizado hoy en día es “eco”, tal como lo encontramos en ecotono y en ecosistema. Estados Unidos está actualmente en medio de un momento ecotónico en el tiempo. Un “ecotono” es una palabra técnica del campo de la biología que describe un determinado lugar donde dos ecosistemas se combinan y se mezclan. Escuché la palabra mientras vivía en la ciudad de Fort Lauderdale, Florida. Allí, hay un lugar en particular, donde los canales intercostales y el New River se encuentran y forman un ecotono.

El agua salada del Océano Atlántico fluye hacia Port Everglades y hacia los canales intercostales. Desde los Ever-

glades, al oeste de Fort Lauderdale, el agua dulce del New River fluye hacia el océano. En el lugar donde se encuentran el agua salada y el agua dulce, mezclándose y fusionándose, se desarrolla un ecotono. Los ecotonos son lugares de muchas posibilidades. A menudo los peces depositan sus huevos allí. Aunque, también pueden ser muy problemáticos para los que participan en las batallas ecológicas.

En este momento estamos viviendo una etapa ecotónica en la vida estadounidense. Dos mundos se están mezclando y fusionando juntos al mismo tiempo. Uno, es un mundo moderno y, el otro, un mundo postmoderno. Aquel mundo en el que muchos de nosotros, nacidos en la generación del “baby boomer”, fuimos educados ya es historia. Todo el conocimiento acumulativo de la historia mundial se duplicó en los años siguientes. Así las cosas, nuestro mundo está llegando a una época postmoderna a una velocidad vertiginosa.

Esto representa un momento de enormes posibilidades para aquellos de nosotros que podemos traducir el mensaje de nuestra herencia cristiana a un mundo que está necesitado, sin cambiar la esencia del mensaje mismo. Por otro lado, también es un momento de enormes problemas para los que buscan traducir el Evangelio al mundo actual, de la misma manera en la que se hizo hace diez, veinte o treinta años. Muchos en el occidente, no debaten tanto acerca de la veracidad de la Biblia sino acerca de su relevancia. Es decir, si este libro, escrito en una antigua cultura del medio oriente, tiene alguna relevancia en un mundo donde ya hay trasplantes de órganos, el hombre va la Luna y experimenta con ingeniería genética. Pero el debate no acabará si no lidiamos con algunas de las

preguntas más importantes de nuestros días.

Estamos viviendo y ejerciendo nuestro ministerio en un momento en el que la influencia de la iglesia está disminuyendo dentro de una sociedad secular. Estamos viendo el resultado de toda una generación que ha sido criada prácticamente sin preceptos morales en el hogar, en muchas de sus escuelas y, trágicamente, en muchas de sus iglesias. Hace poco, Gran Bretaña se dio cuenta de que menos del cinco por ciento de su población asistía a algún tipo de iglesia. La historia registra que, las civilizaciones que ven cómo colapsan sus hogares y sus valores morales, no duran más de una o dos generaciones si no se produce un despertar espiritual. En Estados Unidos, estamos viendo la desintegración de una cultura en nuestra propia época. Hemos perdido el concepto de responsabilidad personal por nuestras propias transgresiones y culpamos a los demás por nuestros propios males.

Recientemente, caminé por el Vietnam Memorial en la capital de nuestra nación. Sobre el muro pude observar, grabados en granito, los nombres de aquellos que dejaron sus hogares y nunca regresaron. Estos nombres son más que letras grabadas sobre un muro; algunos eran amigos personales de mis días de secundaria. Al mirar el muro, me di cuenta de que hoy en día estarían en la mitad de sus vidas. Y, si por algún milagro pudieran volver a sus lugares de origen, se darían cuenta de que el mundo actual es totalmente diferente al que conocieron.

Se preguntarían por qué nos hemos convertido en una nación donde más de la mitad de nuestros matrimonios terminan en divorcio. Al caminar por las calles de sus pueblos y

ciudades, se preguntarían por qué la ética judeo-cristiana no es más que un recuerdo. Al visitar sus escuelas, se sorprenderían al saber que ahora es ilegal que los niños oren en las mismas aulas donde ellos fueron educados. Se asombrarían al darse cuenta de que los Gedeones ya no pueden repartir el Nuevo Testamento en los campus de las escuelas, pero que organizaciones como “Planned Parenthood” muchas veces pueden repartir preservativos de forma gratuita. Se sorprenderían al descubrir que, en muchas de sus ciudades, el tradicional pesebre ya no está ubicado en el césped de la Corte. Se sorprenderían al ver que el estilo de vida homosexual se legitimó y es promovido en gran parte por la retórica y las acciones de quienes viven en las altas esferas. Al visitar sus escuelas, se sorprenderían al pasar a través de detectores de metales y al ver que el embarazo adolescente es rampante.

Aquellos jóvenes que perdieron la vida estarían consternados al escuchar que hoy matamos a 1,5 millones de niños al año en Estados Unidos legalmente a través del aborto. Al pasear por los parques de sus barrios, se sorprenderían por la forma en que muchos están aterrorizados por pandillas y tiroteos. Al mirar a su alrededor, les gustaría saber qué pasó con el liderazgo masculino, desaparecido en muchos hogares estadounidenses.

No debemos engañarnos. En Estados Unidos estamos sufriendo una bancarrota moral, en gran parte, porque nos hemos dejado llevar por una filosofía liberal que ha hecho suposiciones falsas sobre dos cosas en particular; la naturaleza del universo y la naturaleza de la humanidad. La filosofía liberal rara vez se pregunta “por qué”. Sólo se pregunta “qué”.

Uno puede abordar casi cualquier problema. Por ejemplo el problema de las drogas. Pocos en el establecimiento liberal se preguntan “por qué”.

La mayoría de ellos sólo se preguntan “qué”. ¿Qué podemos hacer con este problema? Así que nos dispensan agujas gratis para intentar limpiar el proceso. Este punto en particular se ve diariamente con el tema del virus del VIH acompañado por la epidemia del SIDA.

No hay suficiente gente en Washington que se pregunte “por qué”. No parece ser políticamente correcto. Así que sólo nos preguntamos “qué”. ¿Qué podemos hacer respecto a la epidemia del SIDA? Y las respuestas que damos son: ofrecer más educación, tener sexo seguro e ideas similares. Nos preguntamos “qué”, cuando deberíamos estar preguntándonos el “por qué” de estos importantes problemas morales de la vida. ¿Nunca se ha preguntado por qué somos llamados “conservadores”? Porque estamos intentando conservar algo. Estamos tratando de conservar algunos valores morales tradicionales que han hecho de Estados Unidos lo que fue en el pasado. Estos valores fueron conservados por gente que se preguntó “por qué” y no “qué.”

El profeta Jeremías vivió y sirvió en una época similar a la nuestra. La nación de Judá había sido bendecida. Era prospera, pero olvidó sus raíces. Se olvidó de su Dios. Sus habitantes comenzaron a pensar que eran indestructibles, y el resultado final llegó en 586 a. c., cuando fueron derrotados por Nabucodonosor y puestos en cautiverio en Babilonia. Jeremías era un hombre que vivía con una carga emocional muy fuerte, por la forma en que su país le había dado la espalda

a Dios. Él había sido testigo de las bendiciones, pero ahora observaba el colapso y la corrupción desde adentro. Con su corazón destrozado preguntó: “¿Dónde está el Señor, que nos hizo subir de Egipto?” (Jeremías 2:6). Después fue directamente al punto, parafraseando al Señor: “Me han vuelto la espalda; no me quieren dar la cara”. Al leer estas palabras del Libro de Libros, no puedo dejar de ver a Estados Unidos reflejado en ellas, “¿dónde está el Señor, que nos hizo subir de Egipto?”, creo que hoy nos está preguntando, “¿por qué me han dado la espalda?”.

Jeremías formula cuatro preguntas en el capítulo 8 del libro que lleva su mismo nombre. Es interesante que, a diferencia de los liberales de nuestro tiempo, él se pregunte “por qué” y no “qué”. Estos son los cuatro “por qué” que nos debemos preguntar en Estados Unidos.

Hay una pregunta para el público estadounidense: “¿Por qué entonces este pueblo se ha desviado?” (Jeremías 8:5). Hay una pregunta para la gente en las bancas de las iglesias: “¿Por qué seguimos aquí sentados?” (Jeremías 8:14). Hay una pregunta para los políticos: “¿Por qué hemos provocado la ira de Dios?” (Jeremías 8:19). Hay una pregunta para el púlpito: “¿Por qué no hay recuperación?” (Jeremías 8:22). ¿Hay alguna recuperación para el mundo occidental?

¿Qué pasaría si la gente, el Presidente y los pastores de los Estados Unidos pudieran fijar una posición ante sus conciudadanos dejando de preguntar “qué” y empezando a preguntar “por qué”? Si el pueblo se preguntara, “¿Por qué nos hemos desviado?”. Si la gente en las bancas de la iglesia se preguntara, “¿Por qué seguimos aquí sentados?”

Si los políticos se preguntaran seriamente, “¿Por qué hemos provocado la ira de un Dios Santo?” Si los púlpitos se preguntaran seriamente, “¿Por qué parece no haber ninguna recuperación?” Hagámonos nosotros mismos las preguntas de Jeremías:

Una pregunta para el público Estadounidense: “¿Por qué nos hemos desviado?”



*“¿Por qué entonces este pueblo se ha desviado?
¿Por qué persiste Jerusalén en su apostasía? Se
aferran al engaño y no quieren volver” (Jeremías
8:5).*

Jeremías dice que, “la gente de su nación se ha aferrado al engaño y no quiere volver”. Es decir, que ellos y nosotros seguimos creyéndonos una mentira. Hoy, Estados Unidos parece no tener un conocimiento en materia espiritual. Nos aferramos al engaño y nos negamos a volver. El 4 de febrero de 1995, The Dallas Morning News publicó una columna del alcalde de aquella época, Steve Bartlett. Decía lo siguiente: “Hasta hace 30 años, los valores morales sólidos eran parte de nuestras experiencias y de nuestra vida cotidiana. Eran parte de todo lo que hacíamos. Pero en el transcurso de esos 30 años nos hemos alejado de ellos y los hemos guardado en un armario. No sé POR QUÉ (énfasis yo) ha sucedido. Sólo sé que ha sucedido”. ¿Hace 30 años? Está en lo cierto señor alcalde. Recordemos lo que sucedió hace 30 años. Por un lado, el Tribunal Supremo suprimió la oración en las escuelas, prohibiendo esta simple invocación: “Dios Todopoderoso recon-

ocemos que dependemos de ti, y te pedimos que nos bendigas a nosotros, a nuestros padres, a nuestros profesores y a nuestro país”. ¡Eso era todo! No había ninguna mención a nuestro Señor Jesucristo. Era sólo una simple petición que invocaba la bendición de Dios a cuatro cosas: los estudiantes, los padres, los profesores y el país. Es impactante examinar lo que les ha ocurrido a estas cuatro entidades en los últimos 30 años.

La invocación, suprimida por el Tribunal Supremo, pedía a Dios que bendijera a los estudiantes. ¿Qué ha ocurrido con el estudiante estadounidense en los últimos 30 años? Tenemos la tasa más alta de maternidad adolescente en el mundo occidental.

Cada año un millón de chicas adolescentes quedan embarazadas. En Dallas, mi ciudad, algunas escuelas cuentan hasta con 15 camas de maternidad para cuidar a los bebés de madres que están todavía en la escuela. ¿Deberíamos sorprendernos, cuando nos hemos preguntado “qué” en lugar de “por qué” a lo largo de estos años? Nos preguntamos “qué” podemos hacer con respecto a los dilemas y, por ello, decidimos repartir condones y prohibir que grupos como los Gedeones repartan el Nuevo Testamento.

La petición clamaba por la bendición de Dios a nuestros padres. ¿Qué ha ocurrido con la paternidad en Estados Unidos en los últimos 30 años? Somos el país con más divorcios en el mundo. Un millón y medio de niños huyen de su hogar cada año. El abuso sexual parece ser rampante y el hogar se está desintegrando. Pero el establecimiento liberal sólo se pregunta “qué”. La tercera parte de la petición de la invocación pedía a Dios que bendijera a nuestros maestros. ¿Qué ha sucedido con el sistema educativo estadounidense en los últimos 30 años?

En el Caso Stone contra Gramm en 1980 la Corte decidió: “Si copias publicadas de los Diez Mandamientos llegaran a surgir algún efecto, sería para inducir a los niños a meditar sobre ellos y tal vez a obedecer, y esto no es admisible. La primera enmienda lo protege”. ¡Dios no quiera que un niño obedezca alguno de los Diez Mandamientos! ¿El resultado para los profesores? Violencia escolar, detectores de metales y una caída en picada en las puntuaciones de los SAT. Finalmente, la última petición era que Dios bendijera a nuestro país. ¿Qué ha pasado con Estados Unidos en los últimos 30 años? Los delitos violentos se han incrementado hasta 500 veces en comparación con aquellos días. No es seguro caminar en muchas calles de las ciudades y pueblos de nuestro país. Y, aquí estamos, preguntándonos “qué”. La verdadera pregunta es “¿por qué?” ¿Por qué ha ocurrido? Porque mucha gente buena no ha hecho nada.

Jeremías retoma diciendo: “Mi pueblo no conoce el juicio del Señor” (Jeremías 8:7). Parece como si estuviera hablando de Estados Unidos y no de Judá. El juicio de Dios rara vez se escucha en los púlpitos de Estados Unidos hoy en día. Hable del juicio de Dios en la ciudad de Washington, D.C., y la élite social de la ciudad se burlará de usted. Pero Dios no ha abdicado a su trono. Todavía tiene el control. Como dice Daniel: “Aún gobierna sobre los asuntos de los hombres.” Pregúntele a Israel si esto es cierto. Pregúntele a Judá si esto es cierto. Pregúntela a Roma o a la ex Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Jeremías dice: “Aún los pájaros migratorios saben cuándo regresar a casa”. Pero no ocurre lo mismo en los casos de Judá ni de Estados Unidos. Tenemos menos

sabiduría que un pájaro.

Jeremías prosigue como si estuviera hablando de los problemas actuales. “Cómo se atreven a decir: “Somos sabios; la ley del Señor nos apoya.... Si han rechazado la palabra del Señor, ¿qué sabiduría pueden tener?” (Jeremías 8:8-9) ¿Habrá algo que aplique más a los Estados Unidos que estas palabras? Hemos rechazado la palabra de Dios por la sabiduría de los intereses del hombre, y nos preguntamos por qué, al leer la pregunta del versículo 5, “¿por qué se ha desviado este pueblo?”. Jeremías continúa citando al Señor: “Por eso entregaré sus mujeres a otros hombres” (Jeremías 8:10) ¿Suena esto similar a lo que sucede en Estados Unidos, en donde más de la mitad de los matrimonios termina en divorcio? ¿Está el juicio de Dios en esta nación? Jeremías habla de aquellos que dicen “¡paz, paz”, cuando no hay paz (Jeremías 8:11). En Washington ponen a sus “relacionistas públicos a decir que hay paz cuando en realidad no la hay.

Jeremías nos habla a ellos y a nosotros de una forma bastante aguda acerca de la mayor tragedia de todas cuando dice: ¿Acaso se han avergonzado de la abominación que han cometido? ¡No, no se han avergonzado de nada, y ni siquiera saben lo que es la vergüenza! (Jeremías 8:12)

Esta es nuestra mayor tragedia. Parece que no hay ninguna vergüenza. En gran parte de Estados Unidos hay una flagrante indiferencia respecto a cualquier asunto moral o puro. Pero no debemos culpar a los políticos por el colapso moral del país. Tenemos que ponerlo donde corresponde, a los pies de la iglesia. Las normas morales bíblicas son olvidadas en un intento por apaciguar una cultura inmoral y, en cierto modo,

para “mercadear” a la iglesia a un mundo secular.

Nos haría bien recordar que el contexto de Jeremías ocho se encuentra en 2 Crónicas 34. En este capítulo en particular, el bondadoso Rey Josías se empieza a preguntar “por qué” en lugar de “qué”. Su amigo de confianza, Jilquías, había descubierto la palabra de Dios, la cual se había perdido en la casa de Dios. Al traérsela al rey, sobrevino un tremendo acercamiento a Dios. Esta es nuestra mayor necesidad, que la iglesia encuentre este libro y se lo lleve al rey. El rey llevó a la nación a adoptar una posición basada en la palabra de Dios, y el país comenzó a prosperar una vez más.

¿Por qué se ha desviado este pueblo? Es una buena pregunta. Jeremías prosigue citando al Señor: “¡Voy, pues, a quitarles lo que les he dado!” (Jeremías 8:13).

Si Dios dijo esto de Judá, a quien quería tanto, ¿por qué cree que no diría lo mismo de cualquier otra nación? Si Estados Unidos no empieza a preguntarse “por qué” en lugar de “qué”, el juicio vendrá. El país ya no cree que Dios controle el orden creado. Podemos recordarlo ocasionalmente en una oración al desayuno o algo similar, pero, en general, no tiene cabida en los asuntos de los hombres, sobre todo, en los lugares de poder.

La pregunta no es “qué”. La pregunta es “por qué”. A continuación, Jeremías prosigue con otro “por qué”.

Una pregunta para la congregación sentada en las bancas de las iglesias: ¿Por qué seguimos aquí sentados?



¿Qué hacemos aquí sentados? ¡Vengan, y vámonos juntos a las ciudades fortificadas para morir allí!

El Señor nuestro Dios nos está destruyendo. Nos ha dado a beber agua envenenada, porque hemos pecado contra él (Jeremías 8:14).

Muchos estadounidenses han creído las mentiras liberales, la manipulación de los medios de comunicación y la propaganda pública. La tragedia es que la iglesia permanece sentada con una falsa confianza basada en mentiras, diciendo: “paz, paz, cuando no hay paz.” Tenemos que hacernos la pregunta, “¿Por qué seguimos aquí sentados?” No siempre ha sido el caso.

En una visita reciente a la capital de la nación, mi esposa Susie y yo caminamos desde nuestro hotel hacia el edificio del Capitolio. Después de pasar por la rotonda, nos dirigimos por el corredor hacia el salón del edificio. Entramos en una habitación bastante amplia con estatuas de grandes estadounidenses alrededor de la pared, y pronto descubrimos que era el salón original del edificio. En aquel salón, la Cámara de Representantes se reunió por decenas de años antes de que se construyera un salón más grande al lado.

Mientras observábamos algunas de las estatuas en ese gran salón, notamos la presencia de un grupo que escuchaba atentamente a un guía de chaqueta roja, así que pasamos cerca de él para escucharlo. Este guía del Capitolio hablaba

acerca del tema de la separación entre la iglesia y el estado. Explicaba cómo durante los primeros 75 años, la Cámara de Representantes se reunía en esta sala, permaneciendo abierta los domingos por la mañana, para que un predicador de la iglesia protestante celebrara sus servicios allí.

Explicó cómo la Primera Iglesia Presbiteriana (First Presbyterian Church) ahora la Iglesia Nacional Presbiteriana (National Presbyterian Church) celebraba sus servicios dominicales durante esos años, en la sala del edificio de la Corte Suprema. Al escuchar esas increíbles verdades, que de alguna manera han sido enterradas en la historia de nuestra nación, me pregunté: “¿por qué seguimos aquí sentados?”

No escuche a los que dicen que los principios religiosos no desempeñaron ningún papel en la fundación de los Estados Unidos de América. No escuche a los que dicen que no fuimos fundados bajo una filosofía judeo-cristiana, sino más bien bajo una filosofía deísta pluralista. En las actas de fundación de las 13 colonias originales, la verdad del Evangelio quedó grabada para siempre. Rhode Island se estableció en 1683, y su acta dice: “Nos sometemos, sometemos nuestras vidas y nuestras tierras a nuestro Señor Jesucristo, Rey de Reyes y Señor de Señores, y a todas aquellas leyes perfectas y absolutas de su Santa Palabra”. El acta del Estado de Maryland dice que “fue creado con un empeño devoto por extender el Evangelio cristiano. Delaware “ fue creado para la propagación ulterior del Santo Evangelio”. Cuando los fundadores de Connecticut escribieron su acta, dijeron que Connecticut estaba para “preservar la pureza del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.” Sin duda, no parece que

Connecticut hubiese sido tan pluralista en sus inicios. Si Washington, D.C., se convirtiera en el quincuagésimo primer Estado, ¿puede imaginar lo que diría su acta?

En palabras de Jeremías, nos preguntamos por qué nos “hemos desviado” como pueblo y “permanecemos sentados” en las bancas. La respuesta está en el hecho de que la sal ha perdido su sabor. Hace algún tiempo recibí una carta del Director de Americans United for the Separation of Church and State, en la cual se quejaba del hecho de que algunos ministros cristianos en Estados Unidos trataban, según sus palabras, de “cristianizar a la nación”. ¡Yo, de hecho, sí trato de cristianizar a Estados Unidos y al mundo entero! Esa es la misión que nuestro Señor nos encomendó antes de irse.

Uno de mis pastores predecesores en la Primera Iglesia Bautista de Dallas, el gran Dr. George W. Truett, se paró en las escaleras del Capitolio de nuestra nación el 16 de mayo de 1920 y dio uno de los más grandes mensajes jamás escuchados sobre la libertad religiosa. En el curso de su mensaje, dijo: “La influencia trascendente e inspiradora en la victoria, es la fe cristiana. Sin el cristianismo, la civilización está condenada. Que no haya dudas ni disculpas por insistir en que la esperanza para el individuo, para la sociedad y para la civilización, es la religión cristiana”. Esto, sin embargo, no me suena muy tolerante.

La pregunta de Jeremías llega a nuestros días como un rayo a toda velocidad: “¿por qué seguimos aquí sentados?” El mayor problema de Estados Unidos es una iglesia apática que ha perdido su primer amor. Y al perder ese primer amor, también hemos perdido nuestra influencia. Simplemente hemos

permanecido sentados durante una generación. Cuando veo algunos dirigentes políticos con sus propios programas, contrarios a la palabra de Dios, saliendo de la iglesia el domingo, siendo fotografiados con Biblias en sus manos y saludando a las cámaras de televisión, las palabras de Jeremías 7: 9-10 retumban en mi mente : “Roban, matan, cometen adulterio, juran en vano, queman incienso a Baal, siguen a otros dioses que jamás conocieron, ¡y vienen y se presentan ante mí en esta casa que lleva mi nombre, y dicen: Estamos a salvo, para luego seguir cometiendo todas estas abominaciones!”

En medio de un mundo ecotónico en donde no sabemos qué puede ocurrir, debemos dejar de preguntarnos “qué” y empezar a preguntarnos “por qué”. ¿Por qué nos hemos desviado? ¿Por qué seguimos aquí sentados? Jeremías prosigue con otra pregunta.

Una pregunta para el político Estadounidense: ¿Por qué han provocado mi ira?



El clamor de mi pueblo se levanta desde todos los rincones del país: “¿Acaso no está el Señor en Sión? ¿No está allí su rey? ¿Por qué me provocan con sus ídolos, con sus dioses inútiles y extraños?” (Jeremías 8:19).

Dios nos hace otra pregunta a través de la oración de Jeremías: “¿Por qué me provocan con sus ídolos, con sus dioses inútiles y extraños?” Estados Unidos no abandonó a Dios. Lo hicimos parte de muchos otros. Los pensamientos humanistas de la Nueva Era, que exaltan al hombre sobre Cristo, se han vuelto el centro de

atención. No es de extrañar que aquellos con agendas liberales no quieran que los Diez Mandamientos estén presentes en las aulas. El Primer Mandamiento dice, “No tendrás Dioses ajenos delante de mí”. Es un Dios celoso. Hemos apoyado a un pluralismo que tolera una forma de cristianismo que no hace ningunas exigencias a una cultura. Es una forma de cristianismo que sólo se pregunta “qué” y nunca se pregunta “por qué”.

El cristianismo no es simplemente otra opinión personal. Es una verdad objetiva. Hemos provocado la ira de un Dios Santo, porque que hemos permitido que otros dioses compartan su gloria. ¿Cómo comprometieron su cultura los primeros cristianos? ¿Qué tenían ellos para que el Imperio Romano los ejecutara en el Coliseo y en otros lugares públicos? ¿Por qué los cristianos corrieron esa suerte, y otros pueblos conquistados del mundo no? La respuesta se encuentra en una de las ruinas de Roma. Se llama el Panteón, el templo de todos los dioses. Hace un tiempo, al regresar de un viaje a África, visité esta impresionante construcción. Al entrar al templo, se encuentran todos los nichos tallados en piedra. Cuando los romanos conquistaban a un determinado pueblo que, por ejemplo, pudiese adorar al dios Júpiter, llevaban a su gente al Panteón y le mostraban el nicho del dios Júpiter con el fin de que lo pudieran alabar cuando quisieran. De esta manera los apaciguaban. Si conquistaban a alguien que venerara a la diosa Juno lo llevaban al Panteón y le daban su nicho. Cuando trajeron a los cristianos a Roma con el triunfo de su conquista militar, los llevaron también al Panteón. En efecto, les dijeron que les darían un nicho para Jesús entre Júpiter y Juno. ¡Los cristianos se negaron, para ellos sólo había un Señor! Y, por ello, pagaron con sus vidas.

El Estados Unidos apático y agnóstico, no tiene ningún sentido de que hayamos provocado la ira de un Dios. De hecho, nos burlamos de la idea. Él dice, “No matarás.” Y matamos a 1,5 millones de bebés al año. Él dice, “No cometerás adulterio.” Y vivimos en una sociedad enloquecida por el sexo. Cuando Pablo escribió la Carta a los romanos, previó el colapso de Roma, y en el capítulo 1 habla de una cultura que se ha entregado a mentes depravadas.

¿Es posible recuperarnos? Sí, lo más importante que podemos hacer es invocar al Señor en oración, comenzar a preguntarnos algunos “por qué” y elegir líderes con carácter y una verdadera columna vertebral en el sentido moral. No fueron los babilonios quienes derrotaron a Judá. Dios sólo los utilizó. Fue Dios mismo quien lo hizo. ¿Por qué? La respuesta está en 2 Crónicas 28:19: “Así fue como el Señor humilló a Judá, por culpa de Acáz su rey, quien permitió el desenfreno en Judá y se rebeló totalmente contra el Señor.

¿Qué hizo Dios? Dios mismo llevó a Judá a su caída. Podemos culpar a la economía, al déficit presupuestario, al sistema de salud, a la pérdida de los valores morales, pero Dios sigue mandando en los asuntos de los hombres. Hay alguien en Washington que no está siendo incluido en la ecuación. Nuestros líderes no se dan cuenta de que “el Altísimo es el soberano de todos los reinos del mundo” (Daniel: 32). ¿Será que detrás de todos los políticos está Dios permitiendo que todo esto le ocurra a Estados Unidos? ¿Qué hizo Dios con Judá? La llevó a su caída. ¿Por qué? Porque su líder, su rey, había promovido una decadencia moral en la tierra. Acáz personalmente fue inmoral e infiel, y sus políticas reflejaban su propia personalidad. Una cosa es ser

inmoral, pero otra muy distinta es “promover un declive moral en la tierra”. En Estados Unidos hemos tenido presidentes en el pasado que han sido conocidos por sus actos inmorales.

Pero otra cosa es promover la inmoralidad a través de personas y políticas. Un líder promueve una decadencia moral en su tierra cuando toma un bolígrafo y firma una orden ejecutiva que permite que los órganos de bebés abortados sean utilizados en investigaciones. Un líder fomenta una decadencia moral en la tierra cuando sólo se pregunta “qué” y rara vez se pregunta “por qué”.

Los líderes de las naciones tienen responsabilidades morales, y nosotros mismos cometemos una tremenda injusticia si no elegimos hombres y mujeres piadosos como líderes.

Estados Unidos es agnóstico respecto a asuntos espirituales. Parece que tenemos una actitud de “burlarnos en tu cara” hacia un Dios Santo. Parece que en los poderes ejecutivos, legislativos o judiciales no tiene ninguna importancia que estemos provocando la ira de un Dios Santo. Así que seguimos preguntándonos “qué”, cuando nos deberíamos estar preguntando “por qué”. ¿Por qué nos hemos desviado? ¿Por qué seguimos aquí sentados? ¿Por qué hemos provocado la ira de Dios? Jeremías se pregunta por qué una vez más.

Una pregunta para el púlpito Estadounidense: ¿Por qué no hay recuperación?



¿No queda bálsamo en Galaad? ¿No queda allí médico alguno? ¿Por qué no se ha restaurado la salud de mi pueblo? (Jeremías 8:22).

¿Hay alguna respuesta? ¿Es demasiado tarde? En los días de Jeremías no se arrepintieron, y no hubo ninguna recuperación. Fueron tomados en cautiverio por los babilonios y colgaron sus arpas en los sauces de Babilonia porque no podían cantar la canción del Señor en una tierra extraña. Jeremías pregunta: “¿No queda bálsamo en Galaad? ¿No queda allí médico alguno? ¿Por qué no se ha restaurado la salud de mi pueblo?” (Jeremías 8:22).

Sí, hay una crisis de salud en Estados Unidos hoy, pero no es primordialmente física ni mental. Es una crisis de salud espiritual.

¿Es demasiado tarde para nosotros así como lo fue para Judea? ¿Dónde está la respuesta? ¿No hay bálsamo en Galaad? ¿No queda médico alguno? Sí, es un Gran Médico. Si acude a su médico personal con una necesidad física, él lo examina y le da una receta. Dios nos da una receta en Jeremías 3: 22, “Vuélvase a mí, hijos rebeldes, y yo los curaré de su rebeldía”. Así es, gracias a Dios existe un Gran Médico. El regreso empieza con usted y conmigo. No con los políticos. No con el sistema escolar. Sino con la iglesia de Jesucristo.

Estamos viviendo en lo que se ha convertido cada vez más en una cultura pagana, no muy diferente a la cual se enfrentó la iglesia primitiva. De hecho, ellos estaban bajo un enorme grado de persecución que realmente no hemos visto aún en Estados Unidos. Por ejemplo, en Hechos 12 el líder de la iglesia en Jerusalén, Simón Pedro, fue encarcelado por las autoridades debido a sus preceptos morales y por el bien del Evangelio. Hechos 12:5 dice: “Pero mientras mantenían a Pedro en la cárcel, la iglesia oraba constante y fervientemente a Dios por él”.

La Iglesia de Jesucristo ha olvidado nuestro principal campo de batalla. Es muy difícil ganar una guerra si no sabemos dónde se libra la batalla. Algunos de nosotros hemos olvidado esto. Es decir, mientras que Pedro estaba en la cárcel, la Iglesia oraba fervientemente por él. Si Hechos 12: 5 se hubiera escrito en la Iglesia del siglo XXI, podría decir: “Pedro estaba en la cárcel, pero la Iglesia cercó el ayuntamiento en su nombre.” Podría decir: “Pedro estaba en la cárcel pero la Iglesia protestó con una campaña en su nombre”. O bien: “Pedro era mantenido en prisión, pero la Iglesia se tomó los recintos locales para cambiar algunos de los funcionarios electos”. Finalmente podría decir: “Mientras Pedro estaba preso, la Iglesia recogía firmas en su nombre.”

Esta iglesia primitiva comprometía a toda su cultura. ¿Cómo? Tenían el poder de Dios sobre ellos. Sabían dónde se libraba la batalla. Vaya a Éfeso hoy, y camine por las antiguas ruinas de esta metrópolis del primer siglo. Al hacerlo me sorprendí. Cuando caminé por el anfiteatro, por las calles, por los baños, por las bibliotecas y por los templos de ese mundo antiguo, me pregunté ¿cómo capturó Cristo aquella ciudad? Pablo fue allí con un par de amigos y comprometió a la cultura, viendo así la transformación de una ciudad entera. ¿Cómo? No había ninguna explicación más que el poder de Dios. El poder de Dios en respuesta a una iglesia que oraba. Si algunos de nosotros, que somos llamados por el Señor, pasáramos todo el tiempo que pasamos escuchando ciertos programas en la radio o la televisión, escuchando a Dios, estaríamos encaminados hacia nuestra recuperación. Algunos de nosotros creemos que no necesitamos a Dios porque tenemos una agenda política

conservadora que seguir.

Hay un remedio para nosotros. Es el único remedio, y no se encuentra en las urnas, en los anuncios de televisión ni en el plan de estudios. El recurso se encuentra en una Cruz romana fuera de los muros de Jerusalén donde el Cristo victorioso se “hizo pecado para nosotros, para que se hiciera la justicia de Dios en Él”. Estamos viviendo en los días más importantes de la historia de Estados Unidos. Se trata de un momento ecotónico en la historia de nuestra nación. Dos mundos se están mezclando y fusionando juntos. Es un momento de grandes posibilidades. No es demasiado tarde, si dejamos de preguntarnos “qué” y empezamos a preguntarnos “por qué?” Hay una pregunta para el público estadounidense. “¿Por qué nos hemos desviado?” Nos hemos olvidado de nuestras raíces. Hay una pregunta para la gente en las bancas de las iglesias Estadounidenses. “¿Por qué seguimos aquí sentados?” ¿Ha olvidado una iglesia apática dónde se libra la batalla? Hay pregunta para los políticos estadounidenses. “¿Por qué hemos provocado la ira de un Dios Santo?” ¿Hemos compartido con otros dioses su gloria? Y hay una pregunta para el púlpito estadounidense. “¿Por qué no hay remedio? ¿No queda bálsamo en Galaad? ¿No queda allí médico alguno?”

Sí, el Gran Médico aún está listo y dispuesto a bendecir a nuestra nación tal como lo hizo al principio. Jeremías lo planteó mejor cuando dijo: “Deténganse en los caminos y miren; pregunten por los senderos antiguos. Pregunten por el buen camino, y no se aparten de él. Así hallarán el descanso anhelado” (Jeremías 6:16)

¿Cuál es la necesidad más grande de Estados Unidos? No

culpe a los políticos por el colapso moral. No señale con el dedo al sistema educativo. Todos estos son simplemente los frutos de un problema de raíz. En Estados Unidos tenemos una generación que no conoce a Cristo, más que todo porque la iglesia no lo ha dado a conocer. ¿Cuál es nuestra mayor necesidad? Se encuentra en 2 Crónicas 34. ¡La Iglesia de Jesucristo necesita encontrar el Buen Libro en la casa de Dios y llevárselo al rey!

Tengo una gran esperanza para el futuro de Estados Unidos. Creo que podríamos estar en el umbral de otro verdadero despertar espiritual en nuestra tierra. ¿Será posible que, como en los días de Josías, Dios esté a punto de darnos un respiro, un renacimiento antes de regresar? ¿Recuerda la parábola del juez injusto, registrada para la posteridad en Lucas 18?

Una viuda acudió a él por justicia y no consiguió nada. Se trata de un juez que “no le teme a Dios, a quien no le importa el hombre” ni le teme a esta mujer. Pero ella no permaneció sentada y siguió golpeando su puerta sin recibir respuesta alguna. Él no le teme a Dios. No le teme al hombre ni le teme a esta mujer. Ella golpeó de nuevo. Pero él no abrió la puerta porque no le teme a Dios, no le teme al hombre ni le teme a esta mujer. Continuó tocando, pero él no abrió porque no le teme a Dios, no le teme al hombre ni le teme a esta mujer. Ella continuó golpeando, y el hombre finalmente abrió la puerta. En este punto el Señor Jesucristo dice: “¿Cuánto más vuestro Padre celestial abrirá la puerta a si ustedes siguen pidiéndoselo?” Luego dijo, “Los hombres deberían orar siempre y no perder el corazón”. No nos demos por vencidos con Estados Unidos. ¡Sigamos orando y golpeando la puerta!

Día de Fondos para la Construcción del Templo: Para un momento como éste

I Crónicas 29:1-20

Como pastor he tenido el privilegio de servir a dos iglesias de gran historia y tradición. La Primera Iglesia Bautista de Fort Lauderdale, Florida, y la Primera Iglesia Bautista de Dallas, Texas. Como bien sabemos, muchas veces nuestros antepasados espirituales han sabido salir adelante en momentos de necesidad. A través de la historia, nuestros predecesores se han sacrificado para que podamos disfrutar de los beneficios de su trabajo. Por esta razón, estamos profundamente en deuda con ellos. Nuestros hijos han tenido la oportunidad de crecer a salvo en la fe de Dios mediante estos ministerios, debido a los grandes sacrificios que muchos hicieron a través de los años. Ahora, es nuestro turno de tomar la batuta. ¡Debemos hacer lo mismo en el siglo XXI, para que nuestros hijos nos recuerden como personas de fe! Hemos venido al reino “para un momento como éste”.

Uno de los pasajes más instructivos e inspiradores de todas las Escrituras se encuentra en los capítulos veintiocho y veintinueve del primer libro de Crónicas. David y su gente se enfrentaron a un desafío similar al que enfrentamos aquellos que estamos expandiendo los edificios de las iglesias. Había llegado el momento de construir el templo de Jerusalén. Éste sería el lugar físico donde Dios se reuniría con su pueblo. Después de todos esos años en condiciones de servidumbre egipcia, de vagar por el desierto, tras todos esos años conquistando Canaán, después de los tiempos de los jueces y del reinado de Saúl y David, por fin llegaba el momento glorioso para la construcción del templo.

El rey David aprovechó la oportunidad para reunir el dinero para la construcción del magnífico edificio, donde Jehová Dios se reuniría con su pueblo en los siglos venideros. David sabía que toda su vida había sido destinada para ese momento en especial. ¿Qué pasaría si supiera que toda su vida está destinada a un momento específico? ¿Qué sucedería si supiera que durante toda su vida Dios lo ha preparado “para un momento como éste”? Al igual que Ester, quien vendría después de él, David había llegado a su reino “para un momento como este.” No es de extrañar que le hubiese sido tan fácil llevar a su pueblo a dar los fondos necesarios para la construcción del templo. Era la oportunidad de la vida, el momento único. Y Dios le estaba dando su mano.

¿Cómo lo hicieron los israelitas? ¿Cómo reunieron esta gran suma de dinero para la construcción del templo? Siguieron siete principios vitales para la victoria. ¿Cómo podemos hacerlo nosotros como una familia de fe? La

respuesta se encuentra en el patrón y en los principios que nos dejaron los antiguos Israelitas. Ellos nos dejaron algunas directrices bíblicas para una contribución sobrenatural, “para un momento como este.” Estas directrices tienen que ver con la ocasión de nuestra contribución, el orden de nuestra contribución, el origen de nuestra contribución, el objeto de nuestra contribución, la oportunidad de nuestra contribución, el objetivo de nuestra contribución y el resultado de nuestra contribución.

La ocasión de nuestra contribución



... “*El templo no es para el hombre sino para Dios el Señor*” (1Crónicas 29:1).

“El rey David le dijo a toda la asamblea: “Dios ha escogido a mi hijo Salomón, pero para una obra de esta magnitud todavía le falta experiencia. El palacio no es para un hombre sino para Dios el Señor” (1Crónicas 29:1)

¿Era la construcción de este magnífico templo algo que a David se le había ocurrido? ¿Era una idea de su circunscripción? ¡No, y mil veces no! La ocasión de su contribución era causada por Dios. Dios había impulsado la necesidad de construir el templo y le había dado a David el plan para la construcción.

Piense en las siguientes Escrituras: “También le entregó el diseño de todo lo que había planeado para los atrios del templo del Señor, para los cuartos de alrededor, para los tesoros del templo de Dios y para los depósitos de las ofrendas sagradas” (1Crónicas 28:12). “Todo esto —dijo David— ha

sido escrito por revelación del Señor, para darme a conocer el diseño de las obras” (1Crónicas 28:19). “Además, David le dijo a su hijo Salomón: “¡Sé fuerte y valiente, y pon manos a la obra! No tengas miedo ni te desanimes, porque Dios el Señor, mi Dios, estará contigo. No te dejará ni te abandonará hasta que hayas terminado toda la obra del templo” (1Crónicas 28:20).

Dios había originado la necesidad y Dios le había dado a David el plan para llevarla a cabo. El templo no estaba en la imaginación de la mente del hombre. Fue iniciado y orquestado por Dios mismo. La ocasión de la contribución de los israelitas era una causa de Dios, dirigida por Dios.

David le planteó a su gente la grandeza de la tarea. Es una gran tarea—les dijo (1 Crónicas 29:1) ¡La gente de ese entonces y de ahora quiere ser parte de algo que será magnífico para Dios! Así es, es una gran tarea para nosotros. ¿Sabe por qué algunas personas en algunas iglesias nunca contribuyen voluntariamente y con alegría? Porque no creen en la grandeza de la tarea. Para algunos de ellos se ha convertido en un mero ritual eclesiástico que llevan a cabo el domingo por la mañana para sentirse respetables.

Cuando construimos una nueva planta en la iglesia de Fort Lauderdale, le hice algunas preguntas a nuestra gente. ¿Creen que lo que Dios está haciendo a través de nuestra iglesia es importante? ¿Creen que es un gran trabajo? ¿Creen que no es para el hombre sino para Dios? Si es así, sabrán que nuestro momento de contribuir, al igual que los israelitas, es iniciado por Dios y no por el hombre. David nos da la verdadera razón de por qué es una gran obra. ¿Por qué? Porque

“el templo no es para el hombre, sino para Dios el Señor “(1 Crónicas 29:1). Es por esta razón, que fuimos parte de esa gran tarea en Fort Lauderdale. ¡No era para nosotros; era un testimonio a Dios!

En el siglo XXI, y después de que cada uno de nosotros esté en el cielo, miles de personas pasarán por las instalaciones de la iglesia y verán que hubo gente devota que respondió a una necesidad encausada por Dios; gente que se unió a una causa y levantó una cruz en el corazón de una ciudad pecaminosa. ¡El trabajo es genial! ¿Por qué? Porque “el templo no es para el hombre, sino para Dios el Señor.

¿Cuál es la ocasión de nuestra contribución? Las bendiciones de Dios trajeron nuestras necesidades. Fuimos un pueblo bendecido por Dios. No necesitaríamos nuevas instalaciones si fuéramos una iglesia muerta. No serían necesarias nuevas instalaciones si sintiéramos la urgencia de llevar el mensaje de Cristo a una gran cantidad de hombres y mujeres. No necesitaríamos nuevas instalaciones si existiéramos únicamente para aquellos que están aquí ahora, en lugar de existir para aquellos que aún están afuera. No necesitaríamos nuevas instalaciones si no tuviéramos visión. La verdad es que nosotros no creamos la necesidad. ¡Dios la creó! La necesidad que se nos presenta fue una invitación de Dios a cada uno de nosotros para descubrir lo maravilloso que Él nos puede brindar.

La construcción de nuevas instalaciones no se originó con nosotros. Durante diez años, hicimos todo lo que pudimos para acercar a la gente a Cristo sin construir edificios. Cuando una escuela dominical estaba llena empezábamos otra y,

posteriormente, una tercera. Cuando un servicio estaba lleno comenzábamos un segundo y, luego, un tercero. Las bendiciones de Dios y la marca de su espíritu en nuestros corazones trajeron nuestras necesidades. Y ya que las anteriores bendiciones de Dios nos habían traído necesidades, podíamos estar seguros de que las futuras bendiciones de Dios serían suficientes para satisfacer las necesidades que habían causado las anteriores bendiciones.

¿Cuál es la ocasión de nuestra contribución? Como con los israelitas, Dios ha tomado la iniciativa. La ocasión de contribuir es dirigida e iniciada por Dios. Este es un principio importante para la victoria.

El orden de nuestra contribución



“Le he dado a la casa del Señor...mi propio tesoro especial...luego los líderes...los capitanes...los encargados de las obras del rey...donaron voluntariamente... (1 Crónicas 29:2-9).

“Con mucho esfuerzo he hecho los preparativos para el templo de Dios. He conseguido oro para los objetos de oro, plata para los de plata, bronce para los de bronce, hierro para los de hierro, madera para los de madera, y piedras de ónice, piedras de engaste, piedras talladas de diversos colores, piedras preciosas de toda clase, y mármol en abundancia. Además, aparte de lo que ya he conseguido, por amor al templo de mi Dios entrego para su templo todo el oro y la plata que poseo: cien mil kilos de oro de Ofir y doscientos treinta mil kilos de plata finísima, para recubrir las paredes

de los edificios, para todos los objetos de oro y de plata, y para toda clase de trabajo que hagan los orfebres. ¿Quién de ustedes quiere hoy dar una ofrenda al Señor?” Entonces los jefes de familia, los jefes de las tribus de Israel, los jefes de mil y de cien soldados, y los encargados de las obras del rey hicieron sus ofrendas voluntarias. Donaron para las obras del templo de Dios ciento sesenta y cinco mil kilos y diez mil monedas de oro, trescientos treinta mil kilos de plata, y alrededor de seiscientos mil kilos de bronce y tres millones trescientos mil kilos de hierro. Los que tenían piedras preciosas las entregaron a Jehiel el guersonita para el tesoro del templo del Señor. El pueblo estaba muy contento de poder dar voluntariamente sus ofrendas al Señor, y también el rey David se sentía muy feliz (1 Crónicas 29:2-9).

El orden adecuado de nuestra contribución es un principio vital para la victoria. Dese cuenta de quién abrió el camino para dar. ¿La gente? No. ¿Los líderes? No. Fue David, el líder. Él mismo dijo, “he entregado mi propio tesoro especial de oro y plata”(1 Crónicas 29:3). David le dijo a su pueblo lo que él y su familia iban a hacer. Estaba dando de sus tesoros personales. Algunos hombres acostumbran hacer las cosas a expensas de cuentas de gastos. No obstante, David no tomó dinero de las arcas del gobierno para satisfacer una necesidad. Él dio de sus propios tesoros personales.

Es interesante que David les dijera exactamente lo que él y su familia iban a hacer.

Les dejó saber que estaba dando cien mil kilos de oro de Ofir y doscientos treinta mil kilos de plata ¿Qué llevó a David a dar tan libremente y con tanto sacrificio? Había “fijado su

afecto a la casa de su Dios.” Había dedicado su corazón a él.

David no sólo contribuyó con su tiempo personal. Hay muchos líderes que lo hacen. Tampoco contribuyó simplemente con su talento. Otros líderes también hacen lo mismo. David dio de su tesoro personal para la construcción del templo y dio más de lo normal. Tenga en cuenta el orden de la contribución. Primero, David dio. Luego los líderes dieron. Después dio la gente. Los ejemplos son de vital importancia. Aquí vemos a David dando el ejemplo. Estaba practicando lo que Gedeón les había predicado a sus hombres cuando les dijo: “hagan lo que yo hago”; es el mismo principio que utilizaría Pablo más tarde cuando escribió la carta a los Filipenses diciendo: “Pongan en práctica lo que de mí han aprendido, recibido y oído, y lo que han visto en mí, y el Dios de paz estará con ustedes” (Filipenses 4:9). Fue el mismo principio que Pablo utilizó al escribir la carta a la iglesia de los Corintios:”Imítente a mí, como yo imito a Cristo.

David hizo un sacrificio .Ya lo había dicho antes: “No voy a ofrecer al Señor mi Dios holocaustos que nada me cuesten” (2 Samuel 24:24). David no dijo, “bueno, Dios, soy un hombre muy rico. Te voy a dar de mi abundancia. He aquí un poco de lo que tengo, una pequeña propina. Sabes la situación del mercado últimamente. Las elecciones están a la vuelta de la esquina. La economía está bastante inestable. Las tasas de interés aún son muy cuestionables”. No, David nunca dijo nada de esto. Por el contrario, dio el ejemplo y con sacrificio le dio una contribución de su tesoro personal.

Como pastor me he enfrentado con esto. A primera vista parecería que las escrituras se contradicen. David le dice a

su gente la cantidad específica de su contribución personal y, no obstante, yo recuerdo que Jesús dijo en el sermón del monte que no deberíamos dejar que una mano supiera lo que está haciendo la otra. Hay muchos que acuden rápidamente a estas palabras de Jesús en aquel sermón. ¿Entran en conflicto las Escrituras? ¿Se equivocó David? Vamos a observar cuidadosamente las palabras de Jesús en aquel monte de Galilea: “Cuídense de no hacer sus obras de justicia delante de la gente para llamar la atención. Si actúan así, su Padre que está en el cielo no les dará ninguna recompensa. Por eso, cuando des a los necesitados, no lo anuncies al son de trompeta, como lo hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para que la gente les rinda homenaje. Les aseguro que ellos ya han recibido toda su recompensa. Más bien, cuando des a los necesitados, que no se entere tu mano izquierda de lo que hace la derecha, para que tu limosna sea en secreto. Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará.

Cuando oren, no sean como los hipócritas, porque a ellos les encanta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que la gente los vea. Les aseguro que ya han obtenido toda su recompensa. Pero tú, cuando te pongas a orar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto. Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará. Y al orar, no hablen sólo por hablar como hacen los gentiles, porque ellos se imaginan que serán escuchados por sus muchas palabras. No sean como ellos, porque su Padre sabe lo que ustedes necesitan antes de que se lo pidan” (Mateo 6:1-8).

¿Quiere decir Jesús que siempre se debe dar en secreto?

De ser así, en el contexto, debe significar que se tiene que orar en secreto. Sin embargo, sabemos que esto no es así, porque al leer los Evangelios, vemos que el Señor Jesús ora públicamente en casi cada página y tres veces estando en la Cruz. La clave para entender este pasaje es tener en cuenta el tipo de contribución que Jesús estaba discutiendo en el Sermón del Monte, es decir, “dar a los necesitados”. La versión Reina-Valera traduce esto como “limosnas”. Este era el tipo específico de contribuciones que Jesús decía que debían hacerse en secreto. Él estaba reaccionando a la costumbre de tocar las trompetas cuando un rico caminaba entre los pobres y mendigos dándoles algunas monedas. El Señor Jesús no se refería a todas las contribuciones aquí, más allá del hecho de que toda oración se hiciera en secreto en el mismo contexto. ¿Qué estamos diciendo? David tenía razón en hacer lo que hizo, porque sus motivos y su corazón eran puros.

David le dio ejemplo a su pueblo como un líder debe hacerlo. Cuando vieron su compromiso, contribuyeron voluntariamente. Esto pone al pastor en el centro de atención, ¿no es cierto? Cuando dirigíamos a nuestras iglesias a participar en grandes programas de contribución, nuestra familia ya había orado por lo que haríamos con nuestro tesoro personal. Al igual que el Rey David, compartimos con nuestra gente lo que Dios nos había encomendado. Ese es el precio del liderazgo. Y nunca hemos sido capaces de dar más que El. Hemos visto la verdad en Lucas 6:38 muchas veces. Dice: “Den, y se les dará: se les echará en el regazo una medida llena, apretada, sacudida y desbordante. Porque con la medida que midan a otros, se les medirá a ustedes”. Al igual que David, encon-

tramos una gran alegría al dar. ¿Cuál es el orden de nuestra contribución? La palabra “líder” no sólo significa pavimentar el camino con tiempo y talento sino también con tesoro.

Algo interesante sucede después. David no simplemente dio su testimonio, y ya. Él desafió a su pueblo. No tuvo miedo de pedirles que se unieran a él e hicieran su propia contribución. Tan pronto como les dijo lo que iba a hacer, les hizo esta pregunta: “¿Quién de ustedes quiere hoy dar una ofrenda al Señor?” (1Crónicas 29:5)

El resultado del desafío de David fue abrumador. La gente contribuyó “voluntariamente”. La Biblia dice que: “El pueblo estaba muy contento de poder dar voluntariamente sus ofrendas al Señor, y también el rey David se sentía muy feliz” (1Crónicas 29:5).

El pueblo se alegró con el sacrificio de su líder y se dispuso a afrontar el reto. ¡El pueblo de Dios siempre se levanta con el fin de satisfacer un desafío para una causa de Dios! Es importante destacar que David no les pidió a los demás hacer algo que él mismo no hubiera hecho. Él dio el ejemplo. Nunca dijo: “Dejo en manos de los príncipes y la gente la búsqueda de los fondos necesarios para la construcción del templo. Ofrezco mi tiempo y mi talento, pero dejaré que los ricos y el pueblo hagan el resto”. ¡No! David lideró a través del ejemplo. Dijo: “Con mucho esfuerzo he hecho los preparativos para el templo de Dios” (1 Crónicas 29:2). “¿Quién de ustedes quiere hoy dar una ofrenda al Señor?” (1 Crónicas 29:5). Las primeras palabras del siguiente versículo hablan con vehemencia: “Entonces los jefes de familia, los jefes de las tribus de Israel, los jefes de mil y de cien soldados, y los

encargados de las obras del rey hicieron sus ofrendas voluntarias” (1 Crónicas 29:6).

Es una pregunta de prueba, “¿Quién de ustedes quiere hoy dar una ofrenda al Señor?” Al menos cinco preguntas críticas surgen de este versículo. ¿QUIÉN? Ésta es la verdadera pregunta de prueba. ¿Están dispuestos? ¿QUÉ? ¿Qué es lo que David los desafía a hacer?

A consagrarse a Dios. Aquí hay un orden importante a seguir. Primero debían entregarse ellos mismos y luego entregar de su tesoro. Los macedonios daban de esta manera y fueron elogiados para la posteridad por el apóstol Pablo. De ellos dijo: “En medio de las pruebas más difíciles, su desbordante alegría y su extrema pobreza abundaron en rica generosidad” (2 Corintios 8:2). Prosiguió diciendo: “Ni al que recogió mucho le sobraba, ni al que recogió poco le faltaba” (2 Corintios 8:15). ¿CÓMO? Ésta es otra pregunta importante del versículo cinco. Es decir, ¿cómo deberían dar? La respuesta es “voluntariamente”.

Se trata de un llamado al servicio voluntario y abnegado. Nada se gana para la gloria de Dios hasta que nuestros corazones estén dispuestos. ¿CUÁNDO? ¿Cuándo se deberían consagrar ellos mismos a Dios? ¡Hoy! ¡La necesidad es urgente! Hoy no es demasiado pronto. Mañana puede ser demasiado tarde., “Para un tiempo como este”, el momento es ahora. ¿PARA QUIÉN? La última pregunta del versículo cinco es muy importante. ¿A quién le vamos a dar? ¿Vamos a darle a la iglesia? ¿Vamos a darles a los edificios nuevos? ¡No, le vamos a dar al Señor! He aquí nuestro mayor servicio, producto de una noble causa! “¿Quién de ustedes quiere hoy

dar una ofrenda al Señor?” la gente aceptó el desafío de David y entregó “voluntariamente”. La Biblia registra: “Yo sé, mi Dios, que tú pruebas los corazones y amas la rectitud. Por eso, con rectitud de corazón te he ofrecido voluntariamente todas estas cosas, y he visto con júbilo que tu pueblo, aquí presente, te ha traído sus ofrendas” (1 Corintios 29:17). La ofrenda recibida por los israelitas fue una ofrenda voluntaria. Nadie le dijo a otro lo que tenía que dar. David no les dijo a los líderes o a las personas cuánto entregar. Nunca propuso ninguna cantidad. Simplemente les dijo lo que él y su familia iban a hacer, y los desafió a cumplir con Dios y a hacer lo que Él pusiera en sus corazones.

Yo llamo a esto “contribución por gracia”. Sin embargo, también hay un tipo de contribución que podría llamarse “contribución por culpa”, es decir, “daré porque debería dar”. Finalmente, hay una “contribución de rencor”, es decir, “voy a dar porque tengo que dar”. No obstante, ninguna de éstas se ve en el programa de recaudación de fondos del templo. Lo que se ve aquí es lo que deseamos ver. Es la “contribución por gracia”, que dice, “voy a dar con mucho gusto porque quiero dar”.

Cuando se lleva a cabo el orden de Dios para contribuir se genera un gran regocijo. No es de extrañar que los que no gozan de un júbilo auténtico por lo general son los egoístas y los tacaños. Los israelitas estaban colmados de alegría, y uno pensaría que debían haber acabado de recibir algún regalo increíble. Después de todo, ¡la mayoría de la gente se llena de alegría al recibir! Pero aquí vemos un principio sorprendente. Su alegría fue la de dar y no la de recibir. El

mundo nos dice que la alegría viene al recibir, pero Dios es más sabio y nos dice que la alegría viene al dar. David y su pueblo descubrieron que en realidad “hay más dicha en dar que en recibir” (Hechos 20:35).

¿Cuál fue el resultado de todo esto? El dar se volvió contagioso. Primero dio David, luego los líderes y, posteriormente, todo Israel dio voluntariamente. David dijo: “He visto con júbilo que tu pueblo, aquí presente, te ha traído sus ofrendas” (1 Crónicas 29:17). La ocasión de nuestra contribución es encausada por Dios. El orden de nuestra contribución es: primero el líder, luego los líderes y finalmente la gente. Puedo sentir lo que había en el corazón de David cuando dijo: “No voy a ofrecer al Señor mi Dios holocaustos que nada me cuesten” (2 Samuel 24:24). Mi esperanza es que se diga de nosotros lo que se dijo de los israelitas: “El pueblo estaba muy contento de poder dar voluntariamente sus ofrendas al Señor, y también el rey David se sentía muy feliz” (1 Crónicas 29:9)

El Origen de nuestra contribución



En verdad, tú eres el dueño de todo, y lo que te hemos dado, de ti lo hemos recibido (1 Crónicas 29:14).

“Pero, ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que podamos darte estas ofrendas voluntarias? En verdad, tú eres el dueño de todo, y lo que te hemos dado, de ti lo hemos recibido. Ante ti, somos extranjeros y peregrinos, como lo fueron nuestros antepasados. Nuestros días sobre la tierra son sólo una sombra sin esperanza. Señor y Dios nuestro, de ti procede todo cuanto hemos conseguido para construir un templo a tu santo

nombre. ¡Todo es tuyo! (1Crónicas 29:14-16).

¿Dónde encontramos el origen de nuestra contribución? ¿Cómo podemos dar lo que Dios ha puesto en nuestros corazones? ¿Dónde está el origen de nuestra contribución? Muchos están dispuestos a examinar los saldos de su cuenta bancaria. Otros buscan el origen de sus contribuciones en carteras de acciones o pólizas de seguros de vida. ¿Cuál es el origen de nuestra contribución? ¡David lo descubrió! Dijo: “En verdad, tú eres el dueño de todo, y lo que te hemos dado, de ti lo hemos recibido” (1Crónicas 29:14-16). Esto es lo que el músico Thomas O. Chisholm quiso expresar cuando escribió: “Todo lo que he necesitado, tu mano me lo ha proporcionado, grande es tu fidelidad Señor”.

Como pastor he podido sentir en mi corazón lo que sintió David cuando dijo: “Pero, ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que podamos darte estas ofrendas voluntarias?” (1 Crónicas 29.14). ¿Cómo es posible que esto suceda? El secreto está en la última frase del versículo 14. Escúchela. Preste atención. Aquí está la clave de nuestra propia administración financiera. “En verdad, tú eres el dueño de todo, y lo que te hemos dado, de ti lo hemos recibido” (1 Crónicas 29:14). ¿Se da cuenta? Todo le pertenece a Dios. No tenemos que dar de nuestros recursos limitados, sino que tenemos el privilegio de dar de los recursos ilimitados de Dios. Todo viene de Dios, y tenemos la capacidad para “dar de su mano”. Él posee toda la riqueza de este mundo y del otro. David lo expresa de esta manera: “Tuyo es todo cuanto hay en el cielo y en la tierra” (1 crónicas 29:11). En los Salmos declaró: “Del Señor es la tierra y todo cuanto hay en ella” (Salmo 24:1). Pablo lo plantea de la siguiente manera:

“Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él” (Romanos 11:36). Así es, Dios posee toda la riqueza de este mundo y del otro. Dios no sólo posee todo, también quiere que su riqueza circule. Sabemos esto gracias al conocido pasaje de Malaquías que dice: “Traigan íntegro el diezmo para los fondos del templo, y así habrá alimento en mi casa. Pruébenme en esto —dice el Señor Todopoderoso—, y vean si no abro las compuertas del cielo y derramo sobre ustedes bendición hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:10).

En la economía de Dios, la tierra tenía un lema al comienzo: dar, dar, dar y dar. El sol dio. Dio la tierra. Dieron los animales. El hombre dio. Dieron los árboles. Pero luego, el enemigo introdujo un nuevo concepto: obtener — obtener — obtener. Y, de esta manera, el hombre se volvió codicioso y comenzó a vivir bajo esta filosofía. Sin embargo, Dios quiere que su riqueza esté en circulación.

Piense en esto: Dios lo posee todo y lo quiere en circulación. Aquí encontramos otro punto importante: toda la riqueza de Dios pertenece a sus hijos. Pablo lo dice: “Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria” (Romanos 8:17). Somos los herederos de Dios. Todo nos pertenece. Usted se preguntará, ¿si somos los herederos, dónde están nuestras riquezas? ¿Cómo podemos obtener lo que nos pertenece de Dios? Ahora, si Dios lo posee todo, si lo quiere en circulación, y si nos pertenece... ¿Cómo podemos llegar a tenerlo? La forma de obtener las riquezas de Dios es dando. Esto es lo que Jesús nos quiere mostrar cuando dice: “Den, y se les dará: se les echará en el regazo una medida

llena, apretada, sacudida y desbordante. Porque con la medida que midan a otros, se les medirá a ustedes” (Lucas 6:38). Dar de los recursos de Dios, no de los nuestros. David dice: “Dar de la mano de Dios”. No es dar necesariamente lo que pensamos que podemos ofrecer, sino buscar en sus recursos ilimitados y abundantes, y dar de ellos. Qué privilegio. No es cuestión de dar lo que pueda dentro de mi capacidad. Esta filosofía es dar de mi propia mano, y Dios no obtiene la gloria de esta manera. El asunto es, ¿qué es lo que Dios desea hacer a través de mí? ¿Qué es lo que Él quiere que yo crea a través de la fe para dar de su mano? ¿Qué estamos diciendo? ¡Que todo viene de Dios! Él es el origen de nuestra contribución. David lo expresó muy bien cuando dijo: “En verdad, tú eres el dueño de todo, y lo que te hemos dado, de ti lo hemos recibido” (1 Crónicas 29:14).

Todo viene de Dios. Esto es lo que David le recuerda a su gente cuando dice: “Ante ti, somos extranjeros y peregrinos, como lo fueron nuestros antepasados. Nuestros días sobre la tierra son sólo una sombra” (1 Crónicas 29:15). La vida es corta, muy corta. Nuestros días en la tierra son como una sombra. Tan sólo pasaremos una vez por este lugar. Somos simplemente administradores financieros a lo largo de este viaje. La pregunta es: “¿qué ha hecho usted con lo que Dios le ha confiado?” Algunos de mis lectores no tienen tiempo que perder. Algunos de ustedes ya tienen canas, y podrán encontrar en ésta la última gran oportunidad de su vida para hacer algo grande por Dios.

El camino “para un momento como este” está ante nosotros. La ocasión de nuestra contribución es una causa de Dios. El orden de nuestra contribución es: primero el corazón y, luego, el tesoro personal. El origen de nuestra contribución está en

Dios mismo. No estamos dando de nuestros propios recursos limitados sino de la mano de los recursos ilimitados de Dios. “Todo viene de Dios”.

El objeto de nuestra contribución



“..y he visto con júbilo que tu pueblo, aquí presente, te ha traído sus ofrendas” (1 Crónicas 29.17).

“Yo sé, mi Dios, que tú pruebas los corazones y amas la rectitud. Por eso, con rectitud de corazón te he ofrecido voluntariamente todas estas cosas, y he visto con júbilo que tu pueblo, aquí presente, te ha traído sus ofrendas” (1 Crónicas 29:17).

¿A qué o a quién nos están desafiando a dar? ¿Estaban los israelitas dándole sus tesoros personales al templo? ¿Estamos dándole nuestros tesoros personales a la iglesia? ¿Les estamos dando nuestros tesoros personales a los ladrillos, paredes o edificios? ¿Cuál es el objeto de nuestra contribución? Preste atención a lo que dice David: “He visto con júbilo que tu pueblo, aquí presente, te ha traído sus ofrendas” (1 Crónicas 29:17).

Uno podría decir, “yo creía que le estaban dando al templo”. ¿A quién le estaban dando? Le estaban dando a Dios. ¿A quién le estamos dando? ¿Cuál es el objeto de nuestra contribución? Le estamos dando a Dios. No le estamos dando a los edificios nuevos ni a nuestra iglesia. Cuando entendamos este principio fundamental, habremos avanzado enormemente, así como lo hicieron los israelitas. El objeto de nuestra contribución es el Señor Jesús. Nosotros

simplemente le estamos dando a través de nuestras iglesias locales.

A pesar de que quiero mucho a mi iglesia, mi familia y yo no le estamos dando nuestro capital a ella. No estamos dando ni un centavo para el cemento, acero, bloques de cemento, mosaicos, alfombra o bancas. El objeto de nuestra contribución es el Señor mismo. Sólo que le estamos dando a Él a través de un gran medio salvador de almas. Tomamos de una de sus manos, pero le damos a la otra. De esta manera, Él tiene una forma de ver que puede confiar en nosotros y, cuando confía, nos da una y otra vez más con gran generosidad. ¡El objeto de nuestra contribución es el Señor mismo!

La oportunidad de nuestra contribución



..Por eso, con rectitud de corazón te he ofrecido voluntariamente todas estas cosas... (1 Crónicas 29:17-18)

“Yo sé, mi Dios, que tú pruebas los corazones y amas la rectitud. Por eso, con rectitud de corazón te he ofrecido voluntariamente todas estas cosas, y he visto con júbilo que tu pueblo, aquí presente, te ha traído sus ofrendas. Señor, Dios de nuestros antepasados Abraham, Isaac e Israel, conserva por siempre estos pensamientos en el corazón de tu pueblo, y dirige su corazón hacia ti” (1 Crónicas 29:17:18).

¿Cómo camina un cristiano con “rectitud”? Cuando hace lo que dice ser. Un cristiano camina con rectitud cuando su andar y su vida coinciden con lo que sale de su boca. Decimos que somos personas de fe. Decimos que vivimos por la fe. David nos recuerda que “Dios prueba los corazones y ama

la rectitud” (1 Crónicas 29:17). Así es, Dios prueba nuestros corazones para ver si somos capaces de vivir a través de la fe.

La Biblia nos dice: “Por eso, de la manera que recibieron a Cristo Jesús como Señor, vivan ahora en él” (Colosenses 2:6).

Muchos están dispuestos a decir que somos salvos por la fe. Pero muy pocos de nosotros seguimos ese camino. Decimos que somos salvos por la fe, pero vivimos nuestra vida a través de las obras. Si la fe es lo suficientemente buena como para salvarnos, seguramente es lo suficientemente buena como para vivir a través de ella. Muchos cristianos que cruzan la puerta de Cristo a través de la fe se revierten a lo que pueden ver y hacer por sí mismos al vivir la vida cristiana. Dios está poniendo a prueba la integridad de nuestros corazones.

¿Cuál es la oportunidad de nuestra contribución? La oportunidad que tenemos ante nosotros es honrar a Dios viviendo a través de la fe. Él se siente “complacido con la integridad”. Algunos de nosotros nos enorgullecemos de nuestra propia integridad y necesitamos escuchar estas palabras prestándoles mucha atención. Decimos que somos cristianos por la fe en Cristo Jesús. Decimos que creemos que Dios nunca nos abandonará. Decimos que creemos todas sus promesas. Y aún así, muchos de nosotros vivimos simplemente por lo que vemos. Nuestra esperanza está en nuestras cuentas de ahorros, en nuestras acciones o bienes raíces, o en nuestros fondos de pensión. Este es un llamado a la integridad dentro de la vida cristiana. David lo plantea de la siguiente manera: “Yo sé, mi Dios, que tú pruebas los corazones y amas la rectitud” (1 Crónicas 29:17). La nuestra es una gran oportunidad para decirle al mundo, “¡todo es posible, sólo hay que creer!”

Ahora bien, esto ejerce una gran presión sobre la persona. Sin embargo, la presión la ejerce el Espíritu Santo mismo. Cuando nos dimos a la tarea de construir nuevos edificios en Fort Lauderdale, hicimos una promesa de fe a Dios, la cual se llevó a cabo semanal y sistemáticamente durante tres años. Muchos de nosotros hemos pasado toda la vida haciendo lo mismo con el mundo. Hemos hecho cosas como firmar hipotecas de 30 años con una institución de crédito, prometiendo pagar el primer día del mes durante los próximos 30 años.

¿Hay alguna base bíblica para una promesa de fe? De hecho, sí la hay. ¿Recuerda cuando Pablo le escribió a la iglesia de los Corintios desafiándolos a hacer un regalo? Fíjese en sus propias palabras: “En cuanto a la colecta para los creyentes, sigan las instrucciones que di a las iglesias de Galacia. El primer día de la semana, cada uno de ustedes aparte y guarde algún dinero conforme a sus ingresos, para que no se tengan que hacer colectas cuando yo vaya. Luego, cuando llegue, daré cartas de presentación a los que ustedes hayan aprobado y los enviaré a Jerusalén con los donativos que hayan recogido.⁴ Si conviene que yo también vaya, iremos juntos” (1 Corintios 16:1-4). Un año después Pablo le escribe a la misma iglesia (registrado en 2 Corintios 8-9) diciendo que enviará a Tito para asegurarse de que el regalo esté listo cuando él llegue.

“Cada uno debe dar según lo que haya decidido en su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al que da con alegría” (2 corintios 9:7). Así lo traduce la Nueva Versión Internacional. En el idioma original la palabra es “prohaireomai,” que significa “decidir hacer algo

con antelación”. Los Corintios habían hecho una promesa de fe con antelación y la entregaron cuando llegó el momento.

Nosotros hicimos exactamente lo mismo que Pablo le dijo a esta iglesia del siglo I que hiciera. Decidimos de antemano lo que íbamos a darle al Señor de la mano de Dios durante los próximos tres años. Nos enfrentamos al desafío de hacer un regalo, así como Pablo desafió a esta iglesia en 1 Corintios capítulo 16. Durante los siguientes tres años, dimos lo que de “antemano” habíamos decidido dar. Lo llamamos una promesa de fe. Aunque realmente no importa cómo lo llame mientras cumpla con Dios y dé de Su mano.

Ahora estamos en el punto central del asunto. Estamos tratando con Dios mismo, quien conoce muy bien nuestros corazones. En un sentido muy real, nuestra propia integridad espiritual se revela en este momento. No es de extrañar que algunos sientan presión por parte del Espíritu Santo. La llamamos una promesa de fe, porque el asunto es nuestra fe en la habilidad de Dios para proporcionar. La cuestión no es nuestra fe en qué va a suceder con la economía, en quién será el próximo Presidente de los Estados Unidos, ni en ninguna otra cosa que el hombre pueda hacer, manipular o coordinar. La oportunidad que tenemos ante nosotros es nuestra fe para creer en el alcance y la disposición de Dios para proporcionar desde Su mano, a través nuestro, para Su trabajo. ¡Qué gran oportunidad! Tenemos la posibilidad de demostrarle al mundo, mediante nuestra contribución, que Jesucristo está vivo y trabajando en nosotros y, a través de nosotros, para la gloria del Padre.

Nuestra integridad y nuestros motivos están en conflicto

aquí. ¿Sabía usted que es posible que un cristiano haga algo que ante los ojos del hombre es maravilloso, pero que ante los ojos de Dios es detestable? Hay mucha gente que hace cosas que ante los ojos de los hombres son maravillosas. No obstante, Jesús lo plantea de esta manera: “Nadie puede servir a dos señores, pues menospreciará a uno y amará al otro, o querrá mucho a uno y despreciará al otro. No se puede servir a la vez a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24). Los fariseos, quienes eran amantes del dinero, también oyeron estas palabras y lo ridiculizaron. Pero Jesús les dijo: “Ustedes son los que se hacen pasar por justos delante de la gente, pero Dios conoce sus corazones; pues lo que los hombres tienen por más elevado, Dios lo aborrece”. David dijo lo mismo de la siguiente manera: “Yo sé, mi Dios, que tú pruebas los corazones y amas la rectitud. Por eso, con rectitud de corazón te he ofrecido voluntariamente todas estas cosas, y he visto con júbilo que tu pueblo, aquí presente, te ha traído sus ofrendas” (1 Crónicas 29:17)

Por más admirables que hayan sido los esfuerzos de David, y por más valiosos que hubiesen sido sus regalos, si sus motivos hubieran sido los aplausos de los hombres, todo el asunto habría sido abominable para Dios y detestable ante sus ojos. David intentó caminar a través de la fe con integridad, y glorificar a Dios en el proceso. Podemos ver un poco de lo que hay en su corazón cuando dice:

“Señor, Dios de nuestros antepasados Abraham, Isaac e Israel, conserva por siempre estos pensamientos en el corazón de tu pueblo, y dirige su corazón hacia ti” (1 Crónicas 29:18). David añoraba que esto se convirtiera en un estilo de vida, no

sólo para él, sino para su gente. Para nosotros también puede llegar a ser un estilo de vida si mantenemos nuestros corazones fieles a Dios. La preocupación de David era que su gente continuara, y que este patrón de dar, no sólo fuera algo de una vez, sino que se convirtiera en una transformación de un estilo de vida hacia la fe y la dependencia a Dios para siempre.

Nuestra contribución personal es el lugar donde nuestra integridad espiritual se revela ante Dios. Dios está midiendo nuestra integridad personal. David dijo que era una gran tarea porque el templo “no es para el hombre, sino para Dios” (1 Crónicas 29:1). Ojalá se diga de nosotros lo que se decía de la iglesia en Roma: “En primer lugar, por medio de Jesucristo doy gracias a mi Dios por todos ustedes, pues en el mundo entero se habla bien de su fe” (Romanos 1:8). Qué gran oportunidad tenemos para ser una bendición y fomentar el trabajo de Dios alrededor del mundo.

El objetivo de nuestra contribución



*..Entonces toda la asamblea alabó al Señor
(1Crónicas 29:20).*

“Pero, ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que podamos darte estas ofrendas voluntarias? En verdad, tú eres el dueño de todo, y lo que te hemos dado, de ti lo hemos recibido (1 Crónicas 29:14)

Yo sé, mi Dios, que tú pruebas los corazones y amas la rectitud. Por eso, con rectitud de corazón te he ofrecido voluntariamente todas estas cosas, y he visto con júbilo que tu pueblo, aquí presente, te ha traído sus ofrendas (1 Crónicas 29:14).

Luego David animó a toda la asamblea: “¡Alaben al Señor su Dios!» Entonces toda la asamblea alabó al Señor, Dios de sus antepasados, y se inclinó ante el Señor y ante el rey (1Crónicas 29:14).

¿Cuál es el objetivo de dar? Nuestro objetivo es que todo el mundo participe. Nuestro objetivo es que todo el mundo ore, ayune, conozca a Dios y contribuya de la mano de Dios. Los israelitas lograron la victoria porque cada uno hizo su parte. Lo que más se destaca en cada uno de los pasajes anteriores de Crónicas, es que todos los israelitas estuvieron involucrados. Fue un caso de participación total.

La iglesia primitiva tuvo el mismo objetivo y siguió el ejemplo de los israelitas: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar” (Hechos 2:1). “Todos los creyentes estaban juntos y tenían todo en común: vendían sus propiedades y posesiones, y compartían sus bienes entre sí según la necesidad de cada uno” (Hechos 2:44-45). Todos los creyentes eran de un solo sentir y pensar. Nadie consideraba suya ninguna de sus posesiones, sino que las compartían. Los apóstoles, a su vez, con gran poder seguían dando testimonio de la resurrección del Señor Jesús. La gracia de Dios se derramaba abundantemente sobre todos ellos, pues no había ningún necesitado en la comunidad. Quienes poseían casas o terrenos los vendían, llevaban el dinero de las ventas y lo entregaban a los apóstoles para que se distribuyera a cada uno según su necesidad (Hechos 4:32-35).

Nuestro objetivo al dar es el mismo. Queremos que todos participen sin que nadie se pierda de la bendición de dar. Puede que usted diga “no tengo dinero”; “no tengo nada que

dar”. De ser así, entonces dé de la mano del Señor. Proverbios 13:23 nos recuerda que “En el barbecho del pobre hay abundante comida”. Barbecho es un campo que no ha sido utilizado, arado, ni plantado durante un período considerable de tiempo. Sin embargo, Dios está diciendo que hay recursos disponibles donde creemos que no hay. ¡Hay mucha comida en el barbecho de los pobres! ¡Dios nos muestra un barbecho!

Todo el mundo le dio a Dios para la construcción del templo. Los ancianos dieron. Dieron los jóvenes. Dieron los adultos. Dieron las mujeres. Dieron las parejas jóvenes. Dieron los solteros. Dieron los adolescentes y dieron los niños. Y aquellos que no tenían dinero vendieron sus posesiones y las dieron.

Fue una victoria porque todo el mundo participó. Recuerde, la ocasión de nuestra ofrenda es una causa de Dios. El orden de nuestra ofrenda es primero del corazón y después de nuestros regalos. El origen de nuestra ofrenda es dar de la mano de Dios. El objeto de nuestra ofrenda es el Señor mismo. La oportunidad de nuestra ofrenda es complacer a Dios siendo personas de fe. El objetivo es que todo el mundo participe.

El resultado de nuestra contribución



..Tuyos son, oh Señor, la grandeza y el poder, la gloria, la victoria y la majestad (1 Crónicas 29:10-13).

“Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder, la gloria, la victoria y la majestad. Tuyo es todo cuanto hay en el cielo y en la tierra. Tuyo también es el reino, y tú estás por encima

de todo. De ti proceden la riqueza y el honor; tú lo gobiernas todo. En tus manos están la fuerza y el poder, y eres tú quien engrandece y fortalece a todos. Por eso, Dios nuestro, te damos gracias, y a tu glorioso nombre tributamos alabanzas” (1Crónicas 29:10-13).

“Yo sé, mi Dios, que tú pruebas los corazones y amas la rectitud. Por eso, con rectitud de corazón te he ofrecido voluntariamente todas estas cosas, y he visto con júbilo que tu pueblo, aquí presente, te ha traído sus ofrendas. Señor, Dios de nuestros antepasados Abraham, Isaac e Israel, conserva por siempre estos pensamientos en el corazón de tu pueblo, y dirige su corazón hacia ti. Dale también a mi hijo Salomón un corazón íntegro, para que obedezca y ponga en práctica tus mandamientos, preceptos y leyes. Permítele construir el templo para el cual he hecho esta provisión”. Luego David animó a toda la asamblea: “¡Alaben al Señor su Dios!” Entonces toda la asamblea alabó al Señor, Dios de sus antepasados, y se inclinó ante el Señor y ante el rey” (1 Crónicas 29.17-20).

¿Cuál fue el resultado de la contribución de los israelitas? ¡Dios obtuvo la gloria! La gente le apunto a la grandeza de Él y no a la de David o a la de los líderes. El resultado de sus contribuciones fue que Dios fuera alabado. ¿Puede imaginar su alegría cuando la ofrenda fue recibida? Tan sólo imagine a David frente a su pueblo diciendo: “Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder, la gloria, la victoria y la majestad. Tuyo es todo cuanto hay en el cielo y en la tierra. Tuyo también es el reino, y tú estás por encima de todo. De ti proceden la riqueza y el honor; tú lo gobiernas todo. En tus manos están

la fuerza y el poder, y eres tú quien engrandece y fortalece a todos. Por eso, Dios nuestro, te damos gracias, y a tu glorioso nombre tributamos alabanzas” (1 Crónicas 29:10-13).

Dios fue glorificado aquel día, porque donde un hombre pone su tesoro, allí está su corazón. “Entonces toda la asamblea alabó al Señor, Dios de sus antepasados, y se inclinó ante el Señor y ante el rey” (1 Crónicas 29:20).

Su contribución dio como resultado un avivamiento. ¿Por qué ocurre esto? A menudo, la codicia es uno de los principales obstáculos para el avivamiento. Normalmente, al final, la gente se aferra al dinero. Hay mucha gente que entrega su tiempo. Hay mucha gente que entrega sus talentos. Pero muchos, se aferran a sus tesoros personales. No obstante, estos hombres y mujeres dijeron, “¡Es tuyo Dios; aquí está!” Y Jesús dijo: “Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Mateo 6:21). Nuestros corazones siempre siguen a nuestros tesoros. Si ante todo ponemos nuestros tesoros en algún tipo de actividad, nuestros corazones estarán allí. Si ponemos nuestros tesoros en el trabajo de Dios, nuestros corazones estarán allí y el resultado será un avivamiento. Los israelitas hicieron un sacrificio por las generaciones venideras. Contribuyeron a Dios, para otros... pero no para ellos mismos.

Podría pensarse que un éxito tan increíble como el que tuvieron David y su pueblo los habría llenado de orgullo. Pero ocurrió lo contrario, este éxito trajo un profundo sentido de gratitud y un espíritu de humildad.

David no le dijo a la asamblea, “¡Miren lo que hemos logrado!” Dijo: “¡Alaben al Señor su Dios!”. Entonces toda

la asamblea alabó al Señor, Dios de sus antepasados, y se inclinó ante el Señor y ante el rey” (1 Crónicas 29:20).

Qué gran resultado de alabanza y adoración. Ojalá nos podamos unir a ellos para honrar y glorificar al Cristo viviente “en un momento como éste”. La tarea de la iglesia del siglo XXI es inmensa. Somos parte de algo grandioso y glorioso porque estamos “no para el hombre sino para Dios el Señor”. ¿Cómo podemos realizarla? Podemos seguir el ejemplo de los israelitas y de estas directrices bíblicas para contribuir de manera sobrenatural.

- (1) *La ocasión de nuestra contribución.* La ocasión de nuestra contribución es una causa de Dios. Nuestra contribución es una necesidad iniciada por Dios. ¡Recuerde que si las bendiciones anteriores de Dios nos han traído necesidades, podemos estar seguros de que las futuras bendiciones de Dios serán suficientes para satisfacer las necesidades que causaron las bendiciones anteriores! Podemos confiar en el Señor, Él es el iniciador de nuestra necesidad.
- (2) *El orden de nuestra contribución.* El pastor y los líderes deben guiar el camino y luego la gente los seguirá. Primero debemos entregarnos nosotros mismos y luego nuestra ofrendas. Ojalá podamos seguir el ejemplo de los israelitas, para que se pueda decir de nosotros: “El pueblo estaba muy contento de poder dar voluntariamente sus ofrendas al Señor, y también el rey David se sentía muy feliz” (1 Crónicas 29:9).
- (3) *El origen de nuestra contribución.* Nuestra capacidad para

dar viene de Dios. “Todo viene de Dios, y hemos dado sólo lo que viene de su mano”. Él es dueño de todo, y quiere que su riqueza esté en circulación. Somos sus herederos, y la forma de tener su riqueza es dando. Él es el origen de nuestra contribución.

- (4) *El objeto de nuestra contribución.* No estamos contribuyendo para los ladrillos, las paredes ni las iglesias, le estamos dando al Señor mismo. David lo plantea de esta manera: “He visto con júbilo que tu pueblo, aquí presente, te ha traído sus ofrendas” (1 Crónicas 29:17).
- (5) *La oportunidad de nuestra contribución.* Tenemos la oportunidad de ser testigos de Cristo al caminar a través de la fe. Dios conoce nuestros corazones. La palabra clave es integridad. Decimos que somos personas de fe, y es momento de demostrar que lo que decimos está acorde con lo que hacemos, de dejar que nuestras vidas coincidan con nuestras palabras. Al igual que David, sabemos que: “Dios prueba nuestros corazones y ama la rectitud” (1 Crónicas 29:17).
- (6) *El objetivo de nuestra contribución.* El objetivo de nuestra contribución es que todo el mundo le cumpla a Dios y dé por revelación. La clave de la victoria es que todos participen. Todos son importantes. Recuerde que en el barbecho del pobre hay comida en abundancia.
- (7) *El resultado de nuestra contribución.* El resultado final es que el Señor Jesucristo pueda ser glorificado, honrado y adorado. Nuestro deseo es que alabemos al señor nuestro Dios y lo glorifiquemos a través de esta experiencia.

Día de Despedida de la Iglesia

Hechos 20:17-21:1

Una de las experiencias emocionales más difíciles en la vida de un pastor es decir adiós a la gente que ha querido y a una iglesia que ha servido, cuando él y su familia se embarcan hacia un nuevo campo de servicio. En mi experiencia personal, esto ha sucedido cuatro veces, y cada experiencia ha generado expresiones únicas y memorables.

El llamado de Dios a un nuevo campo de servicio es algo misterioso. Quienes dicen que es fácil es porque no lo han hecho. ¿Qué dice un pastor cuando deja a una gente y a un púlpito que ama, para ejercer su ministerio en otros lugares? ¿Pasa tiempo hablando acerca del pasado; de lo que fuimos? ¿Habla del presente; de lo que somos? ¿Habla del potencial; de lo que podemos ser? ¿Simplemente ignora la emoción del momento? Hay un hermoso patrón bíblico que cada pastor puede seguir.

El gran apóstol Pablo fue pastor de la iglesia de Éfeso cerca de tres años. Sin embargo, le llegó el momento de seguir el llamado de Dios a un ministerio más grande. ¿Qué

les diría Pablo a estos hombres y mujeres que quería tanto y que lo habían apoyado? ¿Qué les diría a los que estuvieron con él a pesar de todas las dificultades? El capítulo XX de Hechos tiene la respuesta.

Mi esposa Susie y yo visitamos la antigua ciudad de Éfeso en la moderna Turquía, poco antes de renunciar a nuestro servicio pastoral, para encaminarnos hacia un ministerio más amplio. En la época de Pablo había un camino que iba desde la ciudad hasta el mar. Este camino era conocido comúnmente como “El camino del puerto”. Susie y yo nos detuvimos en aquel lugar por un momento, nos sentamos en una roca y leímos este pasaje de Hechos 20. Sugiero que cualquier pastor que esté a punto de dejar su iglesia, diga lo que Pablo les dijo a los Efesios hace casi dos mil años. Debemos unirnos a él, e instar a nuestra iglesia a mirar nuestro pasado, nuestro presente y nuestro potencial.

Mirar nuestro pasado



Desde Mileto, Pablo mandó llamar a los ancianos de la iglesia de Éfeso. Cuando llegaron, les dijo: “Ustedes saben cómo me porté todo el tiempo que estuve con ustedes, desde el primer día que vine a la provincia de Asia. He servido al Señor con toda humildad y con lágrimas, a pesar de haber sido sometido a duras pruebas por las maquinaciones de los judíos. Ustedes saben que no he vacilado en predicarles nada que les fuera de provecho, sino que les he enseñado públicamente y en las casas. A judíos y a griegos les

he instado a convertirse a Dios y a creer en nuestro Señor Jesús” (Hechos 20:17-21).

Escuche al gran apóstol en estos versículos. Los instó a mirar al pasado y a recordar cómo vivió entre ellos “sirviendo” al Señor. Al mirar atrás, y al recordar todos estos años juntos, podemos dar gracias a Dios por la forma en que juntos servimos de muchas maneras. Cuando Roboán se convirtió en rey del Reino del Sur, algunos de los ancianos le dieron algunos buenos consejos. “Si Su Majestad se pone hoy al servicio de este pueblo —respondieron ellos—, y condesciende con ellos y les responde con amabilidad, ellos le servirán para siempre” (1 Reyes 12:7).

Al igual que Pablo, hemos tenido momentos en los que hemos servido con “humildad, lágrimas y pruebas”. Como pastores, sabemos lo que es llorar por usted en sus momentos de pecado, en sus momentos de dolor y en sus momentos de sufrimientos. Sí, en muchos aspectos ha sido una época de llanto.

Mientras Pablo insta a su gente a mirar al pasado, también les recuerda cómo su mensaje ha sido “arrepentirse a Dios y creer en nuestro Señor Jesús” (Hechos 20:21). Este es el mensaje que nunca se cambia desde nuestro púlpito. Es decir, arrepentimiento hacia Dios y fe en Jesucristo nuestro Señor. Pablo dijo adiós con una mirada al pasado. Cuando salí de la Primera Iglesia Bautista de Dallas, recordé el gran pasado de nuestra iglesia. Hemos tenido una base sólida sobre la cual construir, que se levanta sobre una herencia centenaria de dos pastores: el gran George W. Truett y el incomparable W. A. Criswell. Esto ha sido un gran patrimonio que nos ha mantenido atados

a la cruz y a la palabra de Dios.

Así es, dejamos nuestra iglesia con una mirada a nuestro pasado y, al igual que el gran apóstol Pablo, decimos: “Ustedes saben que he vivido entre ustedes... He servido al Señor con toda humildad y con lágrimas, a pesar de haber sido sometido a duras pruebas... Ustedes saben que no he vacilado en predicarles nada que les fuera de provecho... y les he instado a arrepentirse para con Dios y a creer en nuestro Señor Jesús” (Hechos 20:18-21) Al dejar nuestro lugar actual de servicio no sólo es importante mirar al pasado, también debemos:

Mirar al presente



“Y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo. Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones.

Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios. Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro. Por tanto, yo

os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios” (Hechos 20:20-27).

Pablo le dice a su gente que se va “ligado” en espíritu. En Colosenses 4:3, esta palabra griega ilustra lo que es estar “encadenado”. Por otro lado, la misma palabra también describe a Lázaro “envuelto” en un sudario en Juan 11:44.

Pablo le dice a su gente que, así como las cadenas lo enlazan a uno en prisión o los sudarios envuelven a los muertos, el Espíritu lo obliga a él. Es decir, no tiene otra opción. Está obligado. Muchos de nosotros conocemos este sentimiento, sobre todo cuando sabemos que él está diciendo que se va “sin saber lo que allí me pueda suceder”. Pablo está diciéndole a su pueblo que no hay nada que pueda hacer al respecto. Está obligado. Esto es algo de Dios, y se envuelve en lo sobrenatural.

Pablo está consumado en “finalizar su carrera” (Hechos 20:24). Su objetivo es completar la tarea que Dios le ha encomendado. Cuando nuestra hija Holly estaba en la escuela secundaria, corrió con el equipo de relevos de 400 metros durante la temporada de pista. Al verla recibir el bastón, recordé que de alguna manera ha ocurrido lo mismo con la iglesia. En nuestra iglesia en Dallas, George W. Truett dio un gran paso en el relevo. Él nos puso al frente. Posteriormente, el Dr. W. A. Criswell corrió durante más tiempo que el Dr. Truett y recorrió un gran camino. Desde este punto de vista, en cierto sentido, entregamos el bastón. Algunas personas en nuestro equipo se quitaron los uniformes y se fueron para unirse a otro

equipo. Otros simplemente se sentaron y dejaron de animar. Pero la mayoría permaneció fiel. Mi tarea en el relevo fue tomar el bastón y tratar de retomar cierto terreno perdido para volver de nuevo a la carrera. Recuperar el terreno perdido es un reto, pero es posible hacerlo.

Cuando mis días concluyeron, me fui confiado sabiendo que había terminado la parte de la carrera que Dios me había llamado a correr, y fui capaz de pasar el bastón de mando al Dr. Mac Brunson, quien ahora está llevando la iglesia a un nivel que no se había visto en años.

Al mirar al presente en Éfeso, Pablo habla de un principio muy importante para un ministerio en el versículo 24. Habla del “ministerio que he recibido del Señor Jesucristo”. Aquí está la esencia de un ministerio efectivo. Hay una diferencia entre un ministerio alcanzado y un ministerio recibido. Pablo habla de “recibir” un ministerio. Un ministerio alcanzado, a menudo es manipulador. Un ministerio alcanzado busca el aplauso y la aprobación de los hombres. De alguna manera, un ministerio alcanzado puede fallar aunque se ejerza correctamente. Un ministerio recibido es aquel que sólo busca los aplausos y la aprobación de Dios. Un ministerio recibido puede fallar ante los ojos de los hombres, aunque tiene éxito ante los ojos de Dios. Tenemos el ministerio para el cual hemos sido llamados, y es aquel que hemos “recibido” de nuestro Señor Jesucristo.

Pablo está dejando Éfeso con la conciencia limpia (Hechos 20:25-27). Si los Efesios fallaran en el futuro no sería su culpa. El los había puesto de rodillas. Los había educado. Había logrado lo que Dios lo había llamado a hacer y, ahora, se iba tranquilo.

Cuando nos despedimos de nuestra iglesia debemos hacerlo mirando al pasado y recordando que hemos servido con humildad y lágrimas, incluso en medio de las dificultades. También debemos mirar nuestro presente y ver que Dios tiene el control, y nos está sacando sólo para acogernos. Por último, hay otro aspecto en el que nos debemos fijar:

Mirar nuestro potencial



Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño.

Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno. Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados. Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que

recibir. Cuando hubo dicho estas cosas, se puso de rodillas, y oró con todos ellos. Entonces hubo gran llanto de todos; y echándose al cuello de Pablo, le besaban, doliéndose en gran manera por la palabra que dijo, de que no verían más su rostro. Y le acompañaron al barco.

Después de separarnos de ellos, zarpamos y fuimos con rumbo directo a Cos, y al día siguiente a Rodas, y de allí a Pátara (Hechos 20:28-38, 21:1).

Ahora Pablo dirige su atención al futuro y comienza a instar a su pueblo a “prestar atención... a estar alerta... a estar en guardia”. Él sabía que la iglesia en Éfeso era la iglesia de Cristo. Nuestro Señor la había obtenido con su propia sangre. Por esta razón, al dejar nuestro servicio alentamos a nuestra gente a “estar alerta” y a cuidar de ellos mismos y del rebaño de Dios. Los dos pronombres personales utilizados aquí están en presente imperativo. Es decir, el trabajo es para cada persona dentro la iglesia y no sólo para sus diáconos o líderes.

Pablo llamó a los líderes de la iglesia de Éfeso a ser “pastores” (Hechos 20: 28) a fin de cuidar las ovejas. En algún lugar de los consejos del cielo, Dios ya ha designado su elección para un nuevo pastor. Sin importar lo que hagamos al dejar una iglesia, nunca debemos buscar maniobrar, organizar, manipular ni promover lo que dejamos atrás.

Cuando Pablo fue enviado a ejercer su ministerio desde el gran centro misionero de la iglesia de Antioquía, la Biblia registra que la iglesia “le impuso las manos y lo despidió” (Hechos 13:3). Sin embargo, el siguiente versículo registra que “fue enviado por el Espíritu Santo” (Hechos 13:4). El ver-

sículo 3 registra que la iglesia lo “envió”, pero el versículo 4 registra que fue el Espíritu Santo quien lo “envió”. Entonces, ¿quién lo envió? ¿Quién nos envía? ¿Nos envía la iglesia o el Espíritu Santo?

Si estuviéramos leyendo estas palabras, escritas por Lucas para toda posteridad en Hechos 13, en el idioma en que fueron escritas, quedaríamos asombrados. En el lenguaje del Nuevo Testamento se utilizan dos palabras diametralmente opuestas en estos dos versículos, que se traducen en la misma palabra “enviado”. En el versículo 3, encontramos la palabra “apoluo”. Y aunque en este versículo está traducida como “enviado”, en todos los demás lugares donde está utilizada en el Nuevo Testamento, está traducida como “liberar, dejar ir”. Por ejemplo, esta palabra está utilizada en Hechos 3:13 cuando se habla de un prisionero que ha sido “liberado” de la cárcel. Por otro lado, la palabra que está traducida como “enviado” en Hechos 13:4 es una fuerte palabra en griego llamada “ektempo”, cuyo significado es “empujar, despedir o enviar”. Por lo tanto, lo que ocurrió fue que el Espíritu Santo y la iglesia reconocieron a Pablo y lo “liberaron” para ejercer su ministerio.

Hay algo bastante sobrenatural acerca del ministerio de un pastor y un pueblo.

Algunas iglesias nunca ven las bendiciones de Dios, porque toman la decisión de encontrar un pastor por su cuenta, así como un banco buscaría su presidente. Traen a la iglesia a alguien que el Espíritu Santo jamás ha enviado. Por otro lado, hay otras iglesias donde Dios envía Su persona a Su lugar, pero la iglesia no la reconoce nunca y, por tanto, no la

libera para realizar su ministerio y ejercer su don como pastor. Sin embargo, cuando nos encontramos con una iglesia donde Dios ha enviado al pastor, y la iglesia lo reconoce y lo libera para ejercer su ministerio, vemos que el poder de Dios y Sus bendiciones caen sobre ella. Así fue el caso del ministerio de Pablo, el cual recibió del Señor en Éfeso.

Finalmente, Pablo se dirige a la iglesia que tanto ama diciendo: “Siempre les he enseñado que así se debe trabajar y ayudar a los que están en necesidad, recordando aquellas palabras del Señor Jesús: “Hay más dicha en dar que en recibir” (Hechos 20:35).

Como la iglesia debía mirar hacia el futuro y ver su potencial, Pablo los instó a que se estimaran unos a otros como se estiman a sí mismos. El mundo está observando a la iglesia. Es una oportunidad maravillosa para darle al mundo una bella imagen de lo que Dios puede hacer a través de un grupo de hombres y mujeres que están abandonados a Él. Cada iglesia tiene un futuro glorioso. Al embarcarnos en un nuevo ministerio, recibido del Señor, nos sumamos a Pablo y a los Efesios en busca de nuestro potencial.

Así las cosas, ¿qué es lo último que puedo decir como pastor? No puedo decir algo mejor que lo que Pablo le dijo a su gente, así que simplemente digo: “Ahora, hermanos, los encomiendo a Dios y al mensaje de su amor. Él tiene poder para hacerlos crecer espiritualmente y darles todo lo que ha prometido a su pueblo santo” (Hechos 20:32).

¿Qué puede hacer un pastor cuando se va? ¡Encomendar a su gente a Dios y al mensaje de su amor! Pablo escribió más tarde a otra iglesia que amaba, y les pidió tres cosas: amor, fe

y esperanza. De esta manera, miramos hacia el pasado con amor. Vemos el presente con fe; porque sin fe es imposible agradecer a Dios. Y, esperamos el futuro con esperanza. ¡Él es nuestra esperanza bendita!

Durante varios años tuve el privilegio de ser el pastor de la Primera Iglesia Bautista de Dallas. En septiembre de 1887 el gran W. George Truett fue llamado a ser el pastor de esta iglesia. Él Comenzó lo que sería un siglo de dos de los más grandes pastores-predicadores bendecidos por Dios, en toda la historia de la iglesia. Fue un gran llamado y un increíble honor, estar en ese mismo púlpito tratando de llevar el bastón de mando que ellos habían llevado.

Cierto día, mientras ejercía mi labor pastoral en Dallas, visité al señor A. B. Tanko, quien en ese momento tenía 97 años. Era entusiasta y tenía una mente increíblemente brillante. Durante nuestra charla, me hablo acerca de su presencia en el santuario de la Primera Iglesia Bautista la última vez que el gran W. George Truett se dirigió desde su púlpito. Padecía una enfermedad terminal. Los efectos devastadores del cáncer habían agobiado su cuerpo con terribles dolores durante varios meses. Había estado ausente del púlpito durante un largo período de tiempo y, todo el mundo sabía, que era muy probable que esa fuese su última aparición después de 47 años. Tanko describió la emoción del momento y el ambiente de expectación que llenaba el lugar.

Aquella mañana, el Dr. Truett entró caminando lentamente con un bastón desde la puerta del coro. Él una vez orador señorial de garganta de oro, ahora estaba doblegado por el dolor. Predicó su último mensaje y bajó del púlpito

para enviar la invitación. El coro empezó a cantar: “Él me guía, Oh bendito pensamiento, Oh palabras llenas de confort celestial, lo que sea que haga, donde quiera que esté, es la mano de Dios la que me guía”. El pastor detuvo la invitación. Un silencio sepulcral se apoderó del lugar y, de memoria, pronunció el último verso de la canción, siendo estas sus últimas palabras desde aquel púlpito: “Y cuando mi tarea en la tierra se lleve a cabo, cuando por Su gracia la victoria se haya consumado, no huiré del frío de la muerte, puesto que Dios por el Jordán me guía. Él me guía, con su propia mano me guía, Seguiré siendo Su leal seguidor, porque por Su gracia me guía. Él me guía (Joseph Guilmore)

Y con estas palabras, el Dr. Truett se unió al apóstol Pablo diciendo: “Ahora, hermanos, los encomiendo a Dios y al mensaje de su amor. Él tiene poder para hacerlos crecer espiritualmente y darles todo lo que ha prometido a su pueblo santo”.

Domingo de Ordenación de Diáconos

Hechos 6:1-7

La Iglesia de nuestro Señor Jesucristo no es simplemente una organización local, es un organismo viviente. Es sobrenatural en su función. Un estudio del rápido crecimiento y de la bendición divina a la iglesia primitiva, revela que unos de sus ingredientes más importantes fueron el amor y la unidad entre la familia de la fe. Al llegar al sexto capítulo de Hechos, la iglesia se ha expandido y miles de personas han nacido dentro de la familia de Dios. Es en este punto que Dios le da un regalo a la iglesia local. Es el regalo del ministerio del diácono.

No hay nada en el Nuevo Testamento que le dé crédito a lo que se ha vuelto una “junta de diáconos” en la iglesia moderna. El modelo del Nuevo Testamento era más el de una “confraternidad de diáconos”, cuya función principal era servir y mantener la unidad de la confraternidad en el vínculo de la paz. El ministerio del diácono encuentra sus raíces hace casi 2,000 años en la Iglesia de Jerusalén. Tenga en cuenta en primer lugar:

Su instigación



En aquellos días, al aumentar el número de los discípulos, se quejaron los judíos de habla griega contra los de habla aramea de que sus viudas eran desatendidas en la distribución diaria de los alimentos. Así que los doce reunieron a toda la comunidad de discípulos y les dijeron: “No está bien que nosotros los apóstoles descuidemos el ministerio de la palabra de Dios para servir las mesas” (Hechos 6:1-2).

Como el número de discípulos “se fue multiplicando”, surgió un problema en la iglesia. Muchos estaban siendo salvos. En los capítulos cuatro y cinco de Hechos, Satanás había hecho todo lo posible por corromper a la iglesia desde afuera. Se había encargado de que Pedro y Juan fueran arrestados, y de que otros apóstoles corrieran destinos similares. Fueron llevados ante varios tribunales, fueron golpeados y se les ordenó que no hablaran en nombre de Jesús nunca más. No obstante, las persecuciones desde afuera sólo hicieron que la iglesia creciera mucho más. En el capítulo 6 de Hechos, el modus operandi de Satanás cambia, buscando corromper desde adentro. ¿Cómo? Con celos.

Dentro de los miembros de la iglesia surgieron murmullos y quejas. Y fue en ese momento que nació el ministerio del diácono. De hecho, surgió a raíz de un problema en la iglesia.

Los judíos helenísticos estaban convencidos de que los judíos hebraicos y los apóstoles estaban mostrando favorit-

ismo entre sí, siendo ellos menospreciados. Surgieron celos dentro de la familia de la fe. Los judíos hebraicos eran originarios de Palestina.

Eran más conservadores y tradicionales en su enfoque hacia la vida. Por su parte, los judíos helenísticos eran judíos de habla griega de otras naciones, que se habían reunido en Jerusalén. Tendían a ser más cosmopolita y más progresistas. Comenzaron a quejarse de que se mostraba parcialidad hacia sus hermanos hebraicos. Los celos empezaban a mostrar su lado oscuro.

La iglesia primitiva enfrentaba dos riesgos principales en esta etapa de su crecimiento. Uno era el prejuicio. Los judíos griegos percibían que los apóstoles tenían prejuicios contra ellos. El otro peligro era el profesionalismo. Es decir, que el predicador y los líderes podían ser contratados para hacer todo el trabajo. Los apóstoles, muy sabiamente, lanzaron la bola al campo de la confraternidad de la fe. Así, nació el oficio del diácono a partir de un problema potencial.

La sabiduría de los líderes de la iglesia primitiva es aparente, cuando leemos los nombres de los siete primeros diáconos. Escuche sus nombres... Esteban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás. Todos estos nombres son helenísticos. Para llegar a aquellos que se sentían menospreciados, los apóstoles nombraron a los primeros siete diáconos únicamente de entre el grupo de judíos helenísticos.

De esta manera, el ministerio del diácono encuentra su instigación en el servicio, con el fin de satisfacer las necesidades de los miembros. ¿Para qué? Para mantener la unidad de la familia de la fe en el vínculo de la paz. Los diáconos

deben ser mejores que nadie en este aspecto. La razón principal de su existencia no es provocar disensión sino mantener el amor y la unidad entre la familia de la fe. Este es su origen. Esta es la razón fundamental por la cual se instigó el ministerio del diácono.

Su iniciación



Hermanos, escojan de entre ustedes a siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu y de sabiduría, para encargarles estos asuntos” (Hechos 6:3).

¿Cuáles son las cualidades y requisitos para una iniciación en el ministerio del diácono? Hechos 6:3 nos da la respuesta: “Hermanos, escojan de entre ustedes a siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu y de sabiduría, para encargarles esta responsabilidad”.

El primer requisito es que sea un creyente. Fíjese en la palabra “hermanos”. En griego viene de una palabra que significa “del mismo vientre”.

Estos eran hermanos en el sentido más auténtico. Nacidos de la misma sangre, la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Este ministerio de diáconos nació de una confraternidad de vidas basadas en un origen común. Es decir, que eran de un solo corazón y una sola mente con los apóstoles. Eran hermanos en el sentido más auténtico.

Luego, se dice que debían ser “hombres”. Los apóstoles dijeron: “Escojan de entre ustedes a siete hombres” (Hechos 6:3). A menudo, cuando leemos la palabra “hombres” traducida en el Nuevo Testamento, se está haciendo referencia a

la palabra griega “anthropos”. Esta es la palabra genérica de la cual se deriva nuestra palabra “antropología”. Significa hombres y mujeres. Por ejemplo, se encuentra en Mateo 5:16 cuando Jesús dijo, “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres”. Obviamente no se refería sólo a los hombres, ya que al usar la palabra “anthropos” se refiere a hombres y mujeres. Sin embargo, esta no es la palabra que encontramos en la iniciación del diácono dentro de la confraternidad de la iglesia. En este caso se utilizó la palabra “andras”. Esta palabra significa hombre o esposo, pero no tiene que ver con la mujer. Los siete que sirvieron al primer ministerio de diáconos no sólo debían ser creyentes, sino también hombres.

Luego se pide que tengan integridad. En las palabras de Hechos 6:3 debían ser de “buena reputación”. Esta palabra viene de una palabra que significa testigo o mártir. Estos debían ser hombres con los que se pudiera contar; hombres cuyas vidas se caracterizaran por un poder interior y no por una promoción exterior. La integridad tiene sus raíces en la vida privada, y la buena reputación resulta en el testimonio de estos hombres bondadosos y devotos.

También debían estar “llenos del Espíritu Santo” (Hechos 6: 3). Hay muchos diáconos que son hombres creyentes e íntegros, que han sido elegidos para servir a la iglesia, sobre la base de la posición social o de la escolaridad, en lugar de la espiritualidad. Es importante que el diácono sea un hombre que esté “lleno del Espíritu Santo”. Ésta es la orden directa de Efesios 5:18, “estar llenos del Espíritu Santo”. La evidencia de esto se encuentra en los versículos siguientes del pasaje de Efesios 5. En el versículo 19 hay una expresión interior.

La evidencia es “canten y alaben al Señor con el corazón”. Aquel que esté lleno del Espíritu Santo tendrá una canción en su corazón. Es la expresión interna de una vida que está llena del Espíritu de Dios. También hay una expresión ascendente en el siguiente versículo, Efesios 5:20. Encontrará al hombre “dando siempre gracias a Dios el Padre por todo, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”. Finalmente, hay una expresión externa, en Efesios 5:21: “Sométanse unos a otros, por reverencia a Cristo”.

La iniciación de un diácono debe ser para aquel que es creyente, integro y está lleno del Espíritu Santo.

Tenga en cuenta que debe estar “lleno de sabiduría”. En este caso, la palabra es sabiduría, no conocimiento. Hay una gran diferencia. Conocimiento es la acumulación de información. Sabiduría es la capacidad de discernir entre la información, para aplicarla a los puntos de necesidad. Recibimos la sabiduría de Dios. Santiago dice que si alguno de nosotros carece de sabiduría se la puede “pedir a Dios” y Él se la concederá.

Por lo tanto, nos encontramos con que la instigación del ministerio del diácono nació de un problema de rumores y quejas. El trabajo principal del diácono es mantener el amor y la unidad en la familia de la fe. Luego encontramos su iniciación. Los que califican como diáconos son aquellos que son hombres que conocen a Cristo, que están llenos de integridad, del Espíritu Santo y de sabiduría.

Su integración



“Hermanos, escojan de entre ustedes a siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu y de sabiduría, para encargarles estos asuntos. Así nosotros nos dedicaremos de lleno a la oración y al ministerio de la palabra” (Hechos 6:3-4).

Aquí nos damos cuenta de la hermosa expresión de la iglesia, al ver a los apóstoles integrando sus dones con los dones de los laicos. Juntos se unieron para servir a la iglesia con aprecio y mutuo respeto.

Los diáconos tenían sus puntos particulares de referencia. Fueron nombrados por los apóstoles para encargarse de “estos asuntos”. La Palabra griega traducida como “asunto” aparece 49 veces en el Nuevo Testamento, y esta es la única vez que está traducida de esta manera. Las otras 48 veces está traducida como “necesidad”. Obtenemos nuestra palabra “diácono” de la palabra que está traducida como “distribución” en Hechos 6:1 y de la palabra “servir” en Hechos 6:2. La misma palabra griega traduce estas dos palabras. Es el sustantivo “diakonos”. Esta es una palabra compuesta por dos palabras en griego. Hay una preposición que significa “a través” y, un sustantivo que significa “polvo”. Así las cosas, la palabra significa “a través del polvo”. La raíz de la palabra se encuentra en un lavador de pies, un sirviente cuya tarea era lavar el polvo de los pies de la gente. Esta palabra aparece 30 veces en el Nuevo testamento, y 27 de ellas está traducida como “sirviente” o “ministro”. Sólo en 3 ocasiones está traducida como “diácono” o diaconisa”. Se hace referencia a

Febe como a una diaconisa, lo cual obviamente significa que era una sirviente del Señor Jesús.

Para aquellos que han sido iniciados en el ministerio del diácono, como podemos ver en Hechos 6, la función principal de estos 7 hombres era servir. Eran principalmente responsables de “servir a las mesas” y de la distribución de suministros de socorro a las viudas.

Tuvieron su origen en suplir las necesidades de la confraternidad, con el espíritu de un lavador de pies dispuesto a servir.

Cuando un diácono ejerce su ministerio hay una hermosa integración con el pastor. Como podemos darnos cuenta en Hechos 6:4, esto le dio libertad a los pastores para “poderse dedicar de lleno a la oración y al ministerio de la palabra”. Esta integración entre el ministerio del diácono y del pastor, brinda los medios para construir grandes iglesias ante los ojos de Dios.

El factor más importante para el crecimiento de la iglesia es la integración de los laicos y el personal ministerial. Todos los miembros deben ser un ministerio. Todos son importantes. El ujier y el predicador están en el mismo ministerio. Como pastor, siempre les dije a nuestros ujieres que si una persona que entraba por la puerta no se sentía bienvenida o tenía una mala experiencia, nunca podría oír ni una palabra de lo que el predicador estaba diciendo. Las iglesias que tienen la bendición de Dios son aquellas que son lo suficientemente sabias para ver la integración del ministerio del pastor y el diácono.

Su inspiración



“Esta propuesta agradó a toda la asamblea. Escogieron a Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, y a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas y a Nicolás, un prosélito de Antioquía. Los presentaron a los apóstoles, quienes oraron y les impusieron las manos. Y la palabra de Dios se difundía: el número de los discípulos aumentaba considerablemente en Jerusalén, e incluso muchos de los sacerdotes obedecían a la fe” (Hechos 6:5-7).

¿Cuál es el resultado de todas estas cosas? Inspiran a la unidad. “Esta propuesta agradó a toda la asamblea” (Hechos 6:5). La unidad prevaleció en la familia de la fe. Es interesante ver que, de todos los siete hombres que aparecen en Hechos 6:5 como el cuerpo original de diáconos, sólo tres de ellos se mencionan de nuevo. Esto ilustra el principio de que la mayor parte de la obra de Dios es llevada a cabo por héroes anónimos y desconocidos que realizan silenciosamente y sin autopromoción las tareas asignadas por Él, lejos de ser el centro de atracción.

Cuando vea una iglesia sana, sabrá que es porque ha habido generaciones de diáconos que han vivido sus vidas, pagado su diezmo y sido fieles a su iglesia; tomándose en serio su labor, para dejar un legado a las siguientes generaciones. La integración del diácono y el pastor inspira unidad.

Esto también ayuda a difundir el Evangelio. “Y la palabra de Dios se difundía: el número de los discípulos aumentaba considerablemente en Jerusalén, e incluso muchos de los sac-

erdotes obedecían a la fe” (Hechos 6:7). Previamente leíamos en Hechos, cómo los creyentes se “sumaban” a la iglesia de Jerusalén. Ahora leemos que los discípulos se “multiplicaban considerablemente”. Esto es consecuencia de la unidad. La unidad es el factor principal en el crecimiento de la iglesia.

El ministerio del diácono encuentra su instigación en Hechos 6. Todo diácono se debe hacer una pregunta a sí mismo... ¿Por qué soy un diácono?

El oficio del diácono nació de un problema. La tarea primordial del diácono es servir y mantener la unidad de la Iglesia. No se trata de dar órdenes ni de gobernar la iglesia. La iniciación en este ministerio es de vital importancia. ¿Qué debe caracterizar al diácono?

Debe ser un verdadero creyente de buena reputación y estar lleno del Espíritu Santo y de sabiduría. Posteriormente, la integración es vital. ¿Cómo debe funcionar la iglesia? Debe funcionar mediante una integración del ministerio del pastor y del diácono. La iglesia primitiva fue sabia, ya que dejó el liderazgo a los apóstoles y ellos les dieron un ministerio a los laicos.

Por último, hay una inspiración en el funcionamiento del ministerio del diácono. Todo debe basarse en inspirar la unidad que, a su vez, inspira al ministerio de la palabra que, a su vez, inspira una multiplicación de hombres y mujeres a la fe en Jesucristo.

Debemos orar para que se pueda decir de la iglesia occidental del siglo XXI, lo que se decía de la iglesia del siglo I en Jerusalén: “La palabra de Dios se difundía y el número de los discípulos aumentaba considerablemente” (Hecho 6:7).

Día de las Relaciones Raciales: Discriminación

Santiago 2.1-13

Durante los últimos años del siglo XX ha habido algunos cambios importantes en nuestro mundo. En la antigua Unión Soviética, los judíos que habían sido víctimas de discriminación por decenas de años, están siendo liberados en un gran número para que emigren a Israel. Por otro lado, El Muro de Berlín fue derribado. De esta manera, Europa Oriental nos está enseñando que nadie puede ser reprimido y discriminado indefinidamente. En Sudáfrica el cambio está en el aire; rápidamente se acerca el día en el que la igualdad racial llegará a esa tierra tan llena de conflictos. (¿Suena extraño? En Estados Unidos, debemos recordar que sólo nos distancia una generación de la segregación racial.)

Sin embargo, en el Medio Oriente la discriminación se encuentra en un punto muy alto, mientras el conflicto entre árabes y judíos se intensifica con el paso de los años. En Estados Unidos, por otra parte, todavía hay mucha discriminación racial entre blancos y negros, judíos y gentiles.

Como la Iglesia vive en el tercer milenio, no debe evitar el tema de la discriminación desde afuera o desde adentro. Uno pensaría que después de dos mil años de historia de la iglesia, Santiago 2: 1-13 sería irrelevante. Lamentablemente, estos versos son todavía muy conmovedores.

La Iglesia del Señor Jesús debe ser un lugar donde no debe haber cabida para la discriminación. ¡Pero no es así! Me sorprende ver que existen pocos sermones sobre el tema de la discriminación en la iglesia. ¿Ha notado cómo en algunas iglesias la congregación se ve como si hubiera salido del mismo molde? Se ven igual, se visten igual, hablan igual y tienen el mismo corte de pelo. Vienen de los mismos niveles socioeconómicos.

Hay todo tipo de discriminación sutil en la iglesia. Hay discriminación sobre la base de la raza. Algunas personas discriminan a los negros, blancos o hispanos. Otras discriminan basándose en los recursos, y no quieren tener nada que ver con alguien que no esté en su mismo nivel económico. Algunos no tienen respeto por los demás, a menos que sean de la misma clase social o del mismo sexo.

La discriminación puede darse en ambos sentidos. Los cristianos con dinero discriminan a los cristianos sin dinero. Los cristianos sin dinero discriminan a aquellos que tienen dinero y, responden con envidia, celos y sospechas. Conozco a blancos que discriminan a negros y viceversa. Y ocurre lo mismo con judíos y gentiles.

Uno de mis mejores recuerdos de la infancia fue un viaje al circo en el Coliseo Will Rogers en Fort Worth, Texas. Recuerdo haber quedado particularmente impactado con

un determinado acto de payasos. Uno de los payasos medía cerca de ocho pies de altura. Desde luego, no era tan alto. La verdad es que estaba caminando sobre zancos y vestía pantalones largos que los cubrían. Su compañero medía cerca de tres pies. Estos dos payasos actuaban de tal manera que todo el público pronto moría de risa. El hombre alto se robaba el espectáculo hasta la parte final del acto. Luego, el pequeño se colaba entre sus piernas y derribaba los zancos, revelando su verdadera estatura.

Cuento la historia con el fin de hacer un planteamiento. La discriminación--- un pecado maldito y sucio-- se levanta sobre dos zancos, dos piernas falsas que deben ser derribadas. Una pierna falsa es el prejuicio y la otra es la presunción. La intención de este mensaje es derribar esas piernas falsas en virtud de esta enemiga de la Cruz.

La pierna falsa del prejuicio



“Hermanos míos, la fe que tienen en nuestro glorioso Señor Jesucristo no debe dar lugar a favoritismos. Supongamos que en el lugar donde se reúnen entra un hombre con anillo de oro y ropa elegante, y entra también un pobre desharrapado. Si atienden bien al que lleva ropa elegante y le dicen: “Siéntese usted aquí, en este lugar cómodo”, pero al pobre le dicen: “Quédate ahí de pie” o “Siéntate en el suelo, a mis pies”, ¿acaso no hacen discriminación entre ustedes, juzgando con malas intenciones? Escuchen, mis queridos hermanos: ¿No ha escogido Dios a los

que son pobres según el mundo para que sean ricos en la fe y hereden el reino que prometió a quienes lo aman?6 ¿Pero ustedes han menospreciado al pobre! ¿No son los ricos quienes los explotan a ustedes y los arrastran ante los tribunales? ¿No son ellos los que blasfeman el buen nombre de aquel a quien ustedes pertenecen?” (Santiago 2:1-7)

Una explicación

¿Qué es prejuicio? Se define como “sesgo debido a una idea fija; opinión previa y tenaz, por lo general desfavorable, acerca de algo que se conoce mal. Mark Twain dijo: “El prejuicio es la tinta con la cual está escrita toda la historia”. Muchas guerras y grandes conflictos mundiales han sido el resultado de un pensamiento prejuicioso. El prejuicio es uno de los zancos en los cuales se para la discriminación.

Santiago se oponía firmemente al prejuicio. Él dijo: “No muestren favoritismo” (Santiago 2:1). La palabra griega para “favoritismo”, *prosopolepsia*, significa literalmente “acogerse a la imagen física, es decir, juzgar por lo que se ve por fuera. Por ejemplo, cuando alguien lleva un cierto tipo de joyas o ropa, es fácil hacer un juicio basado en lo que vemos en el exterior. Santiago decía: “No hagan esto. No muestren favoritismo. No se fijen únicamente en la apariencia externa”.

El prejuicio puede darse en ambos sentidos. Mientras algunos muestran favoritismo por los ricos y se olvidan de los marginados, otros muestran favoritismo por los marginados y sienten desdén por los ricos. Algunos muestran parcialidad

por “lo que se tiene”, otros muestran parcialidad por “lo que no se tiene”.

El prejuicio no sólo predomina en la política, los negocios y los círculos sociales. También se ha logrado filtrar en muchas iglesias. La advertencia de Santiago es particularmente pertinente para las iglesias. Recuerde, el Señor Jesús no se fijaba en la apariencia externa; se fijaba en el corazón. No se impresionaba con la cantidad de posesiones que alguien tenía, con la gente que conocía, con qué tal alto había escalado socialmente o con cuántas veces sus fotografías aparecían en las páginas de farándula. Tenía tanto respeto por la pobre viuda como por el acaudalado José de Arimatea. Jesús fue conocido por Su compasión, no por compromiso.

Santiago dirigió su carta a personas que adulaban a los ricos con el fin de obtener algo de ellos. Un viejo sabio explicó la diferencia entre adulación y chisme: chisme es aquello que decimos a espaldas de alguien, pero que nunca le diríamos de frente; adulación es aquello que le decimos a alguien de frente pero que nunca diríamos a sus espaldas. Por ejemplo, cuando un adulador ve a una mujer que no veía en mucho tiempo le dice: “¡te vez muy joven! Sin embargo, cuando ella se va le dice a su amigo: “¡cómo se ve de vieja!

Santiago estaba diciendo, “¡Paren! No muestren favoritismo”. Debemos ser como el Señor Jesús y fijarnos en el corazón. Debemos amar a los ricos y a los marginados por igual. Cuando la iglesia se reúne, todos deben ser iguales. En cualquier comunidad, ninguna persona es mejor o peor que otra. El prejuicio dentro de la fe cristiana no debe tener ninguna pierna en la cual sostenerse.

Una ilustración

Santiago 2:2-4 ilustra esta verdad. “Supongamos que en el lugar donde se reúnen entra un hombre con anillo de oro y ropa elegante, y entra también un pobre desharrapado. Si atienden bien al que lleva ropa elegante y le dicen: “Siéntese usted aquí, en este lugar cómodo”, pero al pobre le dicen: “Quédate ahí de pie” o “Siéntate en el suelo, a mis pies”, ¿acaso no hacen discriminación entre ustedes, juzgando con malas intenciones?”

¿Puede imaginarse la escena? Un servicio está a punto de comenzar y entran dos hombres. Uno lleva un traje de diseñador de dos mil dólares, un reloj de oro y un anillo de oro; el otro viene vestido con ropa que le han regalado en la iglesia. Un ujier, enamorado de la apariencia del rico, lo acompaña al mejor asiento y le dice al pobre, “siéntese por ahí”. Aquí el verdadero problema no es que se le esté dando un asiento al rico, sino que se está ignorando al pobre. Debemos recordar las palabras de 1 Samuel 16:7: “No te dejes impresionar por su apariencia ni por su estatura, pues yo lo he rechazado. La gente se fija en las apariencias, pero yo me fijo en el corazón”.

En este punto, mucha gente trata de hacer que las Escrituras digan algo que no están diciendo. No hay nada de malo en llevar puesto un anillo de oro o un reloj de oro. Santiago está tratando un problema mucho más profundo. Los anillos de oro eran símbolos de estatus en el siglo I. El hombre que describe la historia de Santiago lo llevaba puesto a fin de llamar la atención. Era su forma de tratar de ser reconocido para que le dieran un asiento prominente. Ellos eran como los

escribas y los fariseos a los que el Señor increpaba: “Y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas” (Mateo 23:6).

Recientemente murieron dos hombres a quienes Dios utilizó para conmover mi vida de manera especial. Uno era un hombre rico, según los estándares del mundo, probablemente un millonario. Durante una generación fue uno de los pilares de nuestra iglesia. Se sentaba cerca de la parte de atrás del auditorio y nunca faltó a ningún servicio. Nunca se interesó por el liderazgo, pero hizo más por ayudar a nuestra iglesia y a su gente, que cualquier otro hombre que haya conocido. Cuando yo escuchaba de una familia en problemas, siempre lo llamaba y él donaba dinero anónimamente para suplir sus necesidades. Siempre utilizó sus contactos para ayudar a una cantidad incalculable de gente. Fue el mejor amigo que he tenido y lo extraño en el alma.

El otro hombre vivía en un centro de retiro institucional no muy lejos del centro de Fort Lauderdale. Sus pantalones eran dos tallas más grandes y estaban remangados hasta la mitad de sus canillas para que su tenis desgastado, los cuales usaba sin medias, se pudieran ver. Su camisa casi siempre estaba abotonada en los orificios equivocados. Sin embargo, aquel hombre se sentaba cada domingo por la mañana en la primera fila.

Sólo Dios sabe cuántas veces lo mire a los ojos y en silencio murmure una oración dando gracias por su presencia. Como predicador y pastor, él me recordaba constantemente que los marginados de la sociedad deben ser bienvenidos en la casa del Señor.

Debemos tener cuidado para no confundir las cosas en este punto. No hay nada de malo en la riqueza. “Porque el amor al dinero”—no el dinero—“es la raíz de todos los males” (1 Timoteo 6:10). Alguna gente que posee poco dinero lo ama mucho más que aquellos que sí lo poseen. No es pecaminoso ser rico, como tampoco es espiritual ser pobre. Hay muchos ricos que son espirituales y muchos pobres que son pecaminosos.

Otro peligro sutil en muchas iglesias, especialmente en tiempos de crisis financieras, es atender a la gente que puede ayudar a la iglesia en lugar de atender a la gente a la que la iglesia puede ayudar. Siempre debemos luchar contra esta actitud. Dios tiene una manera de encargarse de todo lo demás cuando tenemos nuestras prioridades en orden. La discriminación no tiene lugar en la iglesia del Señor Jesús. Está parada en una pierna inestable de prejuicio y, por ende, Santiago acusó a sus lectores de ser culpables de este pecado.

Una acusación

Santiago comienza su acusación diciendo: “Hermanos míos” (Santiago 2:5). Él nos está enseñando una importante lección: al confrontar a nuestros hermanos cristianos con sus pecados, siempre debemos hacerlo con amor. Antes de hacer su acusación, Santiago quería que sus hermanos en Cristo supieran que los confrontaba por su propio bien y por la Gloria de Dios.

La acusación es mordaz. “Pero ustedes han menospreciado al pobre” (Santiago 2:6). La palabra “insulto”, atimazo,

es un verbo aoristo activo que significa “tratar sin honor, deshonrar, quitarle la dignidad a alguien”. Si un hombre pobre entra en la casa de Dios y recibe discriminación en lugar de respeto como ser humano o hijo de Dios, se le están quitando las últimas posesiones preciadas que le quedan: su dignidad y su honor. Debemos cuidarnos de no insultar a nadie. Porque Jesús dijo: “Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí” (Mateo 25:40). Santiago estaba diciendo: “No les nieguen su dignidad, no les roben su honor”. Santiago 2:5 pregunta: “¿No ha escogido Dios a los que son pobres según el mundo para que sean ricos en la fe y hereden el reino que prometió a quienes lo aman?” No cometa el error de creer que la pobreza hace que una persona sea favorita de Dios. Esa idea lleva a un cierto orgullo pervertido entre los pobres. La palabra griega para “pobres”, *ptochos*, significa “agacharse o acobardarse con miedo”.

Santiago tenía en mente al tipo de hombre que es humilde en presencia de otros y sobre todo en presencia de Dios. Los que han sido humildes y, por la fe confían en la obra terminada de Cristo en la cruz, son los que heredan el reino. La palabra “heredar”, *kleronomos*, significa “obtener una parte de algo”. Aquellos que aman a Cristo han obtenido parte y poseen su herencia.

¿Por qué es que los pobres parecen comprender el Evangelio en mayor número que los ricos y poderosos? ¿Es porque el cristianismo no es una religión para gente pensante? No. En general los pobres son más conscientes de su impotencia y es más fácil para ellos reconocer su necesidad de la salvación.

A menudo, los ricos y poderosos no ven la necesidad de Cristo. Los mayores obstáculos para llegarles con el Evangelio son su orgullo y sus alardes, mientras que las barreras más grandes para llegarles a los pobres con el Evangelio a veces son su autocompasión y su amargura.

Santiago 2:6 dice que los ricos “explotan” (katadunas-teuo) a los demás. En griego la palabra significa “presionar hacia abajo, regir o tener poder sobre”. Esta palabra, bastante fuerte, se utiliza sólo una otra vez en todas las escrituras. Se encuentra en Hechos 10: 38, donde se hace referencia a aquellos que estaban “bajo el poder del diablo”. Decía Santiago que todos debemos despertar y darnos cuenta de que los ricos a los que podemos estar sirviendo son los mismos que ejercen su poder sobre nosotros para oprimirnos. Decía que algunos ricos son opresores despiadados.

Santiago estaba acusando a sus lectores de darles un lugar privilegiado a los ricos, mientras rezagaban en una esquina a la misma gente con la que Jesús había compartido todo su ministerio en la tierra. Es una fuerte insinuación, no una simple insinuación.

Jesús desarrolló relaciones especiales con los pobres. Nació en las circunstancias más pobres que uno pueda imaginar. Cuando fue dedicado en el templo sus padres sólo pudieron costear dos tórtolas. En Su primer sermón leyó de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres. Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos” (Lucas 4:18)

Entre más seamos como Jesús, más misericordia vamos

a mostrar hacia las personas pobres y hacia los rechazados de la sociedad, y llegaremos a “insultarlos” menos. Jesús ama a las personas necesitadas. Si tan sólo hay una institución en el mundo que va de puerta en puerta buscando a un montón de gente pobre que el mundo considera como inútil, en lugar de útil, esa debe ser la Iglesia del Nuevo Testamento.

Cuando nuestro Señor fue a Jerusalén no mostró favoritismo. Le habló a un inválido en Betesda y también habló con Nicodemo, un gobernante de los judíos. Cuando Jesús pasó por Jericó no mostró favoritismo. Llamó al acaudalado Zaqueo cuando estaba escondido en el árbol y curó al ciego Bartimeo cuando mendigaba por el camino. Hoy en día, algunas iglesias ignoran a los marginados, mientras que otras ignoran a los ricos. Pero Santiago dijo: “No muestren favoritismo”.

Me encanta el letrero que M.L. Moody puso en su iglesia de Chicago: “A esta casa de Dios siempre serán bienvenidos los extraños y los pobres”. ¿Significa esto que debemos ignorar a las clases altas? No, debemos predicarle el evangelio a cualquier persona. No debemos abandonar a nadie, sin importar su raza, recursos o estrato.

Sinceramente, si hay algún segmento de la sociedad occidental que la iglesia ha abandonado, no son los pobres, son los ricos. Dios los ama a todos de igual forma.

Una de las razones para que la iglesia primitiva creciera tan rápidamente fue que se dejó de lado el prejuicio. Aunque los judíos y los samaritanos se odiaban entre sí, había un lugar para Nicodemo, un gobernante de los judíos, y un lugar para la mujer de Samaria, quien había sido la prostituta del pueblo.

En esa iglesia primitiva había un lugar para Onésimo, antiguo esclavo, y para Filemón, su ex dueño. El acaudalado Bernabé le dio una gran parcela a la iglesia misionera en Antioquía y, junto a él, había lugar para un mendigo ciego que golpeaba su taza de hojalata en las calles de Jericó.

El evangelio le da a todo el mundo un lugar digno. El vil pecado de la discriminación se para en dos piernas falsas que deben ser derribadas desde abajo; una de ellas, como hemos visto, es el prejuicio y la otra es la presunción.

La pata falsa de la presunción



“Hacen muy bien si de veras cumplen la ley suprema de la Escritura: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”; pero si muestran algún favoritismo, pecan y son culpables, pues la misma ley los acusa de ser transgresores. Porque el que cumple con toda la ley pero falla en un solo punto ya es culpable de haberla quebrantado toda. Pues el que dijo: “No cometas adulterio”, también dijo: “No mates”. Si no cometes adulterio, pero matas, ya has violado la ley. Hablen y pórtense como quienes han de ser juzgados por la ley que nos da libertad, porque habrá un juicio sin compasión para el que actúe sin compasión. ¡La compasión triunfa en el juicio!” (Santiago 2:8-13).

Los que discriminan son presuntuosos. Suponen tres cosas: que la discriminación no es pecado, que no es significativa y que no es grave.

Primera presunción: La discriminación no es un pecado

Algunos piensan que la discriminación es simplemente un estilo de vida. Cuantas veces he escuchado: “Pues, yo soy de X Estado y así son las cosas allá”. Asumen con falsedad que Dios los está mirando sonriendo y diciendo “Sí, es cierto allá las cosas son así”. Pero ante los ojos de Dios esa excusa no es buena; es mala. La discriminación es pecado. Suponer lo contrario es hacer una falsa presunción.

Santiago 2:9 dice: “Pero si muestran algún favoritismo, pecan y son culpables, pues la misma ley los acusa de ser transgresores”. La palabra griega para “transgresor”, *paratabi*, hace referencia a un hombre que tiene un camino prescrito pero se sale de él y, camina al lado, en vez de caminar por él; se desvía del camino previsto por Dios. Cuando discriminamos y suponemos que no estamos pecando, nos salimos del camino en lo que respecta a Dios. La Biblia llama pecado a la discriminación. Dios es tan serio con el pecado de la presunción como lo es con el pecado de la perversión.

¿Qué debemos hacer cuando cometemos el pecado de la discriminación? Algunos dicen que debemos comenzar tratando de querer o de mostrar agrado a aquel a quien estamos discriminando. ¡No! Debemos tratar con la discriminación como lo haríamos con cualquier otro pecado. Lo Confesamos a Dios y luego dejamos de cometerlo.

Santiago dijo que debíamos acatar lo que él llamó “la ley suprema”, la cual dice: “ama a tu prójimo como a ti mismo” (Santiago 2:8) Jesucristo el Señor dijo: “Ama al Señor tu Dios

con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente” —le respondió Jesús—. Éste es el primero y el más importante de los mandamientos. El segundo se parece a éste: “Ama a tu prójimo como a ti mismo.” De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas” (Mateo 22:37-40).

Jesús puso los primeros cuatro mandamientos del Decálogo en su primer mandamiento y, los seis mandamientos finales del Decálogo, que tienen que ver con nuestras relaciones horizontales en la vida---la ley suprema---en su segundo mandamiento. La ley suprema no sólo es dada por el Rey de Reyes, sino que también es la reina de todas las leyes. Es la ley del amor que rige a quienes son ciudadanos del reino de Cristo.

Ya que como cristianos estamos bajo esta ley suprema del amor, ¿cuál es nuestra relación con la ley? Los legalistas dicen que estamos atados a ella y, por lo tanto, debemos reunirnos en el día Sabático (que es el sábado). Ellos dicen que la salvación no se obtiene mediante la gracia y la fe sino siguiendo la ley. Por otro lado, en el extremo opuesto del espectro están los liberales, que dicen que estamos totalmente libres de la ley. Ellos citan Romanos 6:14 como su versículo insignia. “Así el pecado no tendrá dominio sobre ustedes, porque ya no están bajo la ley sino bajo la gracia”. De esta manera, caen en el error de lo que los teólogos llaman “Antinomianismo” (“contra la ley”). Es decir, piensan que están por encima de la ley.

Pablo explicó como debe ser la relación de los cristianos con la ley: “Entonces, ¿cuál era el propósito de la ley? Fue añadida por causa de las transgresiones hasta que viniera la

descendencia a la cual se hizo la promesa. La ley se promulgó por medio de ángeles, por conducto de un mediador. Antes de venir esta fe, la ley nos tenía presos, encerrados hasta que la fe se revelara. Así que la ley vino a ser nuestro guía encargado de conducirnos a Cristo, para que fuéramos justificados por la fe. Pero ahora que ha llegado la fe, ya no estamos sujetos al guía” (Gálatas 3:19,23-25).

La ley no se nos dio para salvarnos. Se nos dio para que fuera nuestra “profesora” (KJV, Versión Reina Valera), (paidagogos). La NVI traduce esta palabra griega como “poner a cargo, puesto a cargo”. Paidagogos podría haber sido utilizada en referencia a un esclavo cuyo deber era ver que un niño llegara a la escuela a salvo y regresara a casa al final del día. La ley le demuestra al pueblo de Dios lo inútil que es llegar al cielo por sus propias obras---obedeciendo la ley. Así, la ley supervisó su crecimiento espiritual hasta que el Mesías llegó. La ley fue la profesora cuya tarea era traer personas a Cristo.

¿Significa esto que como Jesús ha venido no tenemos que obedecer la ley hoy en día? Significa que los cristianos están bajo la ley suprema del amor. Jesús no aleja a la ley de los cristianos. De hecho, dijo: “No piensen que he venido a anular la ley o los profetas; no he venido a anularlos sino a darles cumplimiento. Les aseguro que mientras existan el cielo y la tierra, ni una letra ni una tilde de la ley desaparecerán hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:17-18).

Jesús hizo de la ley un asunto del corazón, hizo que fuera una cuestión de amor. Esa fue la intención original de Dios--- el creador de las leyes-- en primer lugar. Pablo escribió:

“Cristo nos libertó para que vivamos en libertad. Por lo tanto, manténganse firmes y no se sometán nuevamente al yugo de esclavitud” (Gálatas 5:1). El cristiano no se rige por leyes y normas externas, sino por la ley suprema interna — la ley del amor. Cuando se ama a Dios con todo el corazón y se ama prójimo como a sí mismo, ciertamente se vive dentro de los parámetros del código moral de la ley mosaica.

Según la ley suprema, la discriminación realmente es pecado. Si una persona discrimina a otras, no tiene una pierna en la cual sostenerse.

Segunda presunción: La discriminación no es significativa

A menudo las personas que discriminan están tan cegadas por lo que sienten, que piensan que su pecado no es significativo. Su razonamiento es, “Y qué...no es como si hubiera matado a alguien o cometido adulterio; es insignificante”. ¡Qué presunción! Santiago dijo que la discriminación era significativa. De hecho, dijo que una persona que discrimina es un transgresor como lo es un adúltero o un asesino.

Santiago le estaba escribiendo a gente que tenía la idea errónea de que los pecados mezquinos de falta de respeto, favoritismo y discriminación no eran significativos. Y dejó claro que a Dios realmente le importan todos los pecados.

Algunas personas en nuestros días buscan clasificar los pecados en diferentes categorías. En la parte superior está el asesinato, seguido por el adulterio y, a continuación, tal vez por el robo, etc... Abajo, en la parte inferior de la lista

está la discriminación. Pero Dios nos revela que un pecado, no importa lo insignificante que se pueda pensar que sea, es significativo: “Porque el que cumple con toda la ley pero tropieza en un solo punto ya es culpable de haberla quebrantado toda. Pues el que dijo: “No cometas adulterio”, también dijo: “No mates”. Si no cometes adulterio, pero matas, ya has violado la ley” (Santiago 2:10-11).

Sin la misericordia de Dios y la gracia del Señor Jesucristo, un pecado, no importa cuán pequeño sea, es suficiente para condenar a una persona eternamente. Jesús murió por el pecado de la discriminación así como por cualquier otro pecado.

Muchas personas arrogantes presumen que porque tienen vidas libres de lo que la sociedad considera pecados importantes (asesinato, violación y similares), Dios simplemente sonreirá y pasará por alto el pecado de la discriminación. Si cualquiera de nosotros comparte esta presunción, debería leer una vez más a Santiago 2: 10.

Santiago dijo que si nos “tropezamos” en una ley, es como si las hubiéramos incumplido todas. La palabra griega traducida como “tropiezo,” *ptaio*, significa “dar un paso en falso”. *Ptaio* sugiere una imagen de un camino largo que está pavimentado, pero tiene algunos baches con los que tropieza el viajero. No importa si la mayor parte del camino está pavimentada si hay un pequeño parche que lo haga tropezar. *Ptaio* también se encuentra en 2 Pedro 1:10: “Por lo tanto, hermanos, esfuércense más todavía por asegurarse del llamado de Dios, que fue quien los eligió. Si hacen estas cosas, no tropezarán jamás”.

El punto es que es un pecado es como un pequeño hueco en la carretera. Aunque el resto del camino de la vida esté pavimentado, ese lugar puede hacer que uno se caiga de frente.

D. L. Moody comparaba la ley de Dios con una cadena de diez eslabones de la cual se sujetaba un hombre mientras estaba suspendido en un gran precipicio. Moody dijo que si los diez eslabones se rompieran, el hombre caería y moriría. De la misma manera, dijo que si tan sólo se rompiera uno de los eslabones, el hombre caería igual de rápido.

Santiago 2: 10 debe poner a fin la idea de que cualquiera de nosotros puede llegar al cielo mediante buenas obras, reputación o moral. Todos hemos pecado y nos hemos alejado de la gloria de Dios (ROM. 3: 23) y, por ello, somos culpables de infringir todas las leyes. Todos necesitamos de la obra redentora de Jesucristo. Quizá Pablo lo expresó mejor cuando escribió: “Todos los que viven por las obras que demanda la ley están bajo maldición, porque está escrito: “Maldito sea quien no practique fielmente todo lo que está escrito en el libro de la ley”. Ahora bien, es evidente que por la ley nadie es justificado delante de Dios, porque “el justo vivirá por la fe”. La ley no se basa en la fe; por el contrario, “quien practique estas cosas vivirá por ellas”. Cristo nos rescató de la maldición de la ley al hacerse maldición por nosotros, pues está escrito: “Maldito todo el que es colgado de un madero”. Así sucedió, para que, por medio de Cristo Jesús, la bendición prometida a Abraham llegara a las naciones, y para que por la fe recibiéramos el Espíritu según la promesa (Gálatas 3:10-14).

Es curioso cómo algunas personas piensan que pueden presentarse ante el juez del universo y apelarle sobre la base de los pecados que no han cometido. Ese razonamiento sería como si alguien que ha sido sancionado con una multa de tránsito por exceso de velocidad, se presentara ante Dios de la misma manera que ante un juez municipal, diciendo:

“Juez, es cierto que infringí la ley y que iba a sesenta millas por hora en una zona escolar de veinte millas por hora. Pero mírelo de esta manera: nunca he robado un banco”.

Para ser un transgresor, uno no tiene que romper todas las leyes: sólo una. Pero para ser un acatador de ley, uno debe cumplir todas las leyes. Una manera de infringir la ley suprema del amor es discriminando. La discriminación es un pecado y es significativo. No debemos suponer lo contrario.

Tercera presunción: La discriminación no es grave

Algunas personas son lo suficientemente presuntuosas como para pensar que, aunque la discriminación puede ser significativa y puede ser pecado, no es realmente grave. Santiago desafió a cualquiera que piense de esta manera a despertar. A los ojos de Dios la discriminación es muy grave.

Santiago 2:12-13 dice: “Hablen y pórtense como quienes han de ser juzgados por la ley que nos da libertad, porque habrá un juicio sin compasión para el que actúe sin compasión. ¡La compasión triunfa en el juicio”! ¿A cuál juicio se estaba refiriendo Santiago en estos versículos? Después de todo, en las Escrituras se mencionan muchos juicios.

Está el juicio del pecado del creyente (Juan 5:24). La Biblia nos dice que el creyente no será condenado porque sus pecados ya han sido juzgados en la cruz del calvario. Está también el tribunal de Cristo (2 Corintios 5:9-10), donde las obras del creyente serán juzgadas. Está el juicio de las naciones (Mateo 25:31-32). Este no es el juicio final de los perdidos, sino el juicio que lidiará con la manera en que la gente ha tratado a los elegidos de Israel--- aquellos a quienes Jesús llamó “mis hermanos” en Mateo 25:40). Este juicio va a determinar quién puede entrar en la era del reino y, se basará en el tratamiento de las naciones de Israel durante el período de tribulación. Por último, está el juicio del gran trono blanco (Apocalipsis. 20: 11), cuando serán juzgados los perdidos.

Santiago estaba haciendo referencia al tribunal de Cristo. Allí nuestras palabras serán juzgadas. “Pero yo les digo que en el día del juicio todos tendrán que dar cuenta de toda palabra ociosa que hayan pronunciado. Porque por tus palabras se te absolverá, y por tus palabras se te condenará” (Mateo 12:36-37). Nuestras obras también serán juzgadas en el tribunal de Cristo. “Según la gracia que Dios me ha dado, yo, como maestro constructor, eché los cimientos, y otro construye sobre ellos. Pero cada uno tenga cuidado de cómo construye. Su obra se mostrará tal cual es, pues el día del juicio la dejará al descubierto. El fuego la dará a conocer, y pondrá a prueba la calidad del trabajo de cada uno. Si lo que alguien ha construido permanece, recibirá su recompensa, pero si su obra es consumida por las llamas, él sufrirá pérdida. Será salvo, pero como quien pasa por el fuego” (2 Corintios: 10,13-15).

Debido al juicio que se aproxima, es una presunción decir

que la discriminación no es un pecado grave. Santiago 2:12 es un llamado a la acción. Nos dice: “Hablen y pórtense como quienes han de ser juzgados. El tiempo en el que están escritos estos dos verbos nos indica que debemos continuar hablando y portándonos de la manera que se nos dice. Debemos responder al llamado con nuestros labios—con nuestro discurso. Debemos responder con nuestras vidas---con nuestras acciones. ¿Cómo podemos hablar y actuar como deberíamos? Obedeciendo la ley suprema, la ley que “nos da libertad” (Santiago 2:12). Debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Si obedecemos la ley del amor, querremos obedecer las demás leyes de Dios.

Esta ley suprema trae libertad. Por encima, la ley y la libertad parecen estar en oposición la una con la otra. Parecen ser enemigas. Después de todo, la ley frena a la libertad, y la libertad parece implicar estar libre de la ley. Pero Santiago estaba diciendo que la ley y la libertad se unen en una hermosa armonía. La forma de ser realmente libre es viviendo dentro de los límites de la ley de Dios. Cuando lo hacemos, somos libres. Cuando realmente somos discípulos de Jesús, sabemos la verdad y la verdad nos hace libres.

Los que viven fuera de los parámetros de la ley de Dios, por otro lado, no son realmente libres. Cubren una mentira con otra mentira. Están atrapados cubriendo un pecado con otro pecado hasta que se convierten en esclavos de un estilo de vida basado en pecar. Sí, el pecado es grave y será juzgado.

Sin embargo, Santiago 2:13 dice: “¡La misericordia triunfa sobre el juicio!” Si mostramos misericordia a los demás en nuestro discurso y acciones, al final triunfaremos

en el tribunal de Cristo. La palabra griega traducida como “triumfo”, *katakauchomai*, significa literalmente “no tener ningún temor”. Las personas misericordiosas no le tienen ningún miedo al juicio. Quien muestra misericordia en esta vida no le tendrá miedo al día en el que tenga que presentarse ante el gran juez que conoce los secretos de los corazones de todos los hombres. Sí, la misericordia triunfa sobre el juicio.

Pero recuerde, Santiago estaba hablando aquí sobre el juicio de las obras de los creyentes, no sobre el juicio del pecado. No somos salvos por ser misericordiosos. Somos salvos por recibir la misericordia de Cristo, y cuando hemos recibido su misericordia, mostramos misericordia.

Si somos inmisericordes — si somos culpables de discriminar — ¿Qué podemos hacer? Muchos dicen, “Es mi historial”. Bueno, sólo porque su padre era un adúltero, usted no tiene que serlo. Sólo porque su padre pudo haber sido un asesino, usted no tiene que ser igual que él. Debemos reflexionar acerca de la discriminación para verla como realmente es. Como un pecado. Por lo tanto, debemos tratar con ella como cualquier otro pecado. Después de que lo admitimos, lo confesamos y lo dejamos, comenzamos a hablar y actuar como seguidores de Cristo.

Hoy en día la iglesia necesita hablar contra la discriminación y luchar contra ella llegándoles a los demás con misericordia. Gracias a Dios que Jesús no hacía distinción entre las personas. No mostraba favoritismo. Les llegó a los más ricos y a los más pobres de la sociedad con la misma intensidad. Estoy agradecido de que no me discrimina por mi raza, mi condición social o mi religión de nacimiento. Pablo dijo: “Ya

conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos” (2 Corintios: 9). El Señor mostró misericordia hacia nosotros con Sus labios y con Su vida. Habló las palabras más grandiosas del mundo y las respaldó yendo a la Cruz. En el Calvario el terreno está nivelado para los ricos y pobres por igual. Como cantan los niños de escuela dominical, “rojo y amarillo, negro y blanco: Él a todos los ve preciosos.” Recuerde que al final “la misericordia triunfa sobre juicio.”

Ojalá que como seguidores de Jesucristo prestemos atención a la resolución sobre la reconciliación racial que nuestra Convención Bautista del Sur aprobó en la reunión del aniversario 150 en Atlanta, Georgia en Junio de 1995, la cual dice:

CONSIDERANDO que, desde su fundación en 1845, la Convención Bautista del Sur ha sido un instrumento eficaz de Dios en las misiones de evangelización, y el ministerio social;

y CONSIDERANDO que, las Escrituras nos enseñan que Eva es la madre de todo ser viviente (Génesis 3: 20) y que Dios no muestra parcialidad, sino que en toda nación Él ve con agrado a los que le temen y actúan con justicia (Hechos 10: 34-35), y que de una sola sangre hizo cada nación de hombres para que moraran sobre la faz de la tierra (Hechos 17: 26);

y CONSIDERANDO que, nuestra relación con los afroamericanos ha sido obstaculizada desde el comienzo debido al rol que la esclavitud desempeñó

en la formación de la Convención Bautista del Sur;

y CONSIDERANDO que, muchos de nuestros antepasados Bautistas del Sur defendieron el derecho a poseer esclavos, e incluso participaron apoyando o dando su consentimiento a la naturaleza particularmente inhumana de la esclavitud estadounidense;

y CONSIDERANDO que, en los últimos años los Bautistas del Sur han fallado, en muchos casos, no apoyando y, en algunos casos, oponiéndose a las iniciativas legítimas para proteger los derechos civiles de los afroamericanos;

y CONSIDERANDO que, el racismo ha dado lugar a la discriminación, la opresión, la injusticia y la violencia, tanto en la Guerra Civil como a lo largo de la historia de nuestra nación;

y CONSIDERANDO que, el racismo ha dividido al cuerpo de Cristo y a los Bautistas del Sur en particular, y nos ha separado de nuestros hermanos afroamericanos;

por consiguiente, se RESUELVE que, nosotros, los mensajeros de la sesquicentaria reunión de la Convención Bautista del Sur, realizada en Atlanta, Georgia, del 20 al 22 de junio de 1995, fielmente denunciaremos al racismo en todas sus formas, como un pecado deplorable;

y se RESUELVE además que, nosotros afirmamos

la enseñanza de la Biblia, la cual dice que la vida de todos los seres humanos es sagrada y de igual e incalculable valor, hecha a la imagen de Dios, independientemente de la raza o el origen étnico (Génesis 1: 27)

y, con respecto a la salvación por medio de Cristo, no hay judío ni griego, no hay ni esclavo ni libre, no hay ni hombre ni mujer, porque (nosotros) somos todos uno en Cristo Jesús (GAL. 3: 28);

se RESUELVE además que, nosotros lamentamos y repudiamos los hechos históricos del mal, como la esclavitud, de los cuales seguimos recogiendo una cosecha amarga, y reconocemos que el racismo que aún invade nuestra cultura hoy está indisolublemente ligada al pasado;

se RESUELVE además que, pedimos disculpas a todos los afroamericanos por condonar o perpetuar un racismo individual y sistémico en nuestra vida; y nos arrepentimos verdaderamente del racismo del cual hemos sido culpables, ya sea consciente (Salmo 19: 13) o inconscientemente (Levítico 4: 27);

se RESUELVE además que, pedimos el perdón de nuestros hermanos afroamericanos, reconociendo que nuestra propia sanación está en juego;

se RESUELVE además que, mediante esto nos comprometemos a erradicar el racismo en todas sus formas de la vida Bautista del Sur y del ministerio;

se RESUELVE además que, nos comprometemos a ser hacedores de la palabra (Santiago 1: 22) buscando la reconciliación racial en todas nuestras relaciones, especialmente con nuestros hermanos y hermanas en Cristo (1 John 2: 6), con el fin de que nuestra luz sea tan brillante para los demás, que ellos puedan ver nuestras buenas obras y glorificar a nuestro Padre en el cielo (Mateo 5: 16);

y se RESUELVE finalmente que, nos comprometemos con la tarea de la Gran Comisión, de hacer discípulos a todos los pueblos (Matt.28: 19), proclamando que, en la Iglesia, Dios está llamando a gente de todas las tribus y naciones, (Rev. 5: 9) y, proclamando que el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo es el único terreno firme y seguro sobre el cual los redimidos se pararán juntos en una unión familiar reintegrada, como herederos conjuntos con Cristo (Romanos 8: 17).

Domingo de Administración Financiera: Un Robo sin arma

(Malaquías 3:7-12)

Tan descabellado como podría llegar a sonar, nuestras finanzas generalmente marcan la posición de nuestra peregrinación espiritual. No caminamos más cerca de Dios que en el punto en el que hemos aprendido a confiarle el diezmo. Alguien dijo que, se podía saber más del compromiso de una persona mirando su chequera que su libro de oraciones. Este tema podría ser la razón de muchos conflictos no resueltos y de necesidades insatisfechas.

El diezmo es el lugar donde muchos cristianos se extravían. Algunos, porque nunca les han enseñado las verdades espirituales en cuanto a la administración financiera; otros, debido a que no han estudiado la Palabra de Dios para encontrar estas verdades por sí mismos; pero en su mayoría, supongo, debido a la rebelión intencionada contra la Palabra de Dios. Muchos cristianos profesan amar la Biblia y la

emplean como su decálogo de fe y, sin embargo, ignoran deliberadamente la simple enseñanza de la Palabra de Dios sobre el diezmo. Algunos dicen que el diezmo no es aplicable para nosotros en esta disposición de gracia.

Mi predecesor pastoral en Dallas, Dr. W. A. Criswell, lo pone en perspectiva. Según él, “Cuatrocientos años antes de la entrega de la ley, Abraham pagaba los diezmos a Melquisedec, el sacerdote del Dios Altísimo. El diezmo era la base del apoyo de la adoración de Israel a lo largo de los siglos de la dispensa de la ley. En esa época, nuestro Señor Jesucristo vivió, se movió y existió. Fue Él quien dijo que deberíamos dar el diezmo”(Mateo 23:23b).

En este nuevo orden en el que vivimos ahora (que seguirá hasta el fin de los tiempos), es nuestro Señor Jesucristo quien recibe nuestros diezmos, aunque sean nuestras manos humanas las que los reciben en las congregaciones de la iglesias. “Y aquí ciertamente reciben los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive” (Hebreos 7:8). Diezmar es el vínculo eterno de hermandad de Dios, entre su gente en la tierra y su hijo, nuestro Salvador en el cielo.

Ahora, por favor no malinterprete. Este pequeño mensaje no está diseñado para “obtener más dinero para la iglesia o para la obra de Dios”. Está diseñado para llevarlo a usted a un crecimiento espiritual y para que reciba bendiciones mediante la obediencia de la Palabra de Dios. Una de las quejas comunes sobre muchos predicadores es que “siempre predicán sobre el dinero.” Ésta suele ser una señal reveladora de que los que están haciendo estas declaraciones son gen-

eralmente los que desobedecen la palabra de Dios respecto al diezmo.

Hoy en día, hay un gran malentendido sobre el diezmo (una décima parte de los ingresos pertenece a Dios). De hecho, una de las grandes injusticias que muchos de nosotros, los predicadores, hemos cometido con la Iglesia, es insistir en que Dios exige una décima parte de los ingresos y una séptima parte de la semana. Esto implica que las otras nueve décimas partes de los ingresos y los otros seis días de la semana son nuestros para hacer lo que queramos. La verdad de este asunto es que todo lo que tenemos pertenece a Dios... No sólo la décima parte, ¡todo! No somos más que administradores pasando por este mundo. Para la mayoría de los que leen este mensaje, dentro de 50 años todo lo que poseen estará a nombre de otra persona. Hace cincuenta años, lo que usted tiene hoy pertenecía a alguien más... su tierra, su casa, sus activos. Cuando llegó a este mundo, llegó desnudo y sin un centavo; y al abandonarlo, lo hará del mismo modo.

No poseemos nada. Somos sólo los administradores de los recursos de Dios. Por consecuencia, el diezmo es un gran lugar para iniciar nuestra administración con

Dios...pero es un pésimo lugar para detenernos. Al desplegarse nuestro texto ante nosotros, vemos que todo el énfasis de la palabra de Dios no está tanto en lo que damos, sino en la forma en la que Él abre las ventanas del cielo para colmarnos de tantas bendiciones, que no hay espacio para recibirlas. Dios quiere bendecirnos más de lo que nosotros queremos que nos bendiga. El diezmo es un punto de partida para que Dios actúe en los asuntos del hombre. Vamos a

incursionar en el ámbito de este emocionante recorrido con Dios, quien promete “abrir las ventanas del cielo y llenarnos de bendiciones hasta que se desborden”. En nuestro texto, observamos en primer lugar:

¡El aparente problema de Dios con nosotros!



“Desde los días de vuestros padres os apartáis de mis leyes y no las guardáis. ¡Volveos a mí y yo me volveré a vosotros!, ha dicho Jehová de los ejércitos. Pero vosotros decís:” ¿En qué hemos de volvernos?” ¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y aún preguntáis:” ¿En qué te hemos robado?” En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado” (Malaquías 3:7-9).

Tenemos ante nosotros el problema de Dios con nosotros. Vemos al principio, que este problema es personal. “Me han robado” (Note el uso de pronombres personales). ¿Ha sido usted víctima de un robo alguna vez? Hace poco hablé con una señora de nuestra iglesia a cuya casa habían irrumpido los ladrones, saqueando sus gabinetes y robando su dinero, junto con valiosos documentos y muchos elementos sentimentales de gran valor, incluyendo el anillo de bodas de su difunto esposo. Su angustia se intensificó por el hecho de que alguien, sin ser invitado, hubiera invadido la privacidad de su propio hogar, tomando elementos de valor que le pertenecían a ella. ¿Lo ve? El robo es un asunto muy personal, y sólo quien ha sido víctima de esta experiencia conoce la verdadera angustia

del corazón. El aparente problema de Dios con nosotros es personal. Él dijo, “¡Me han robado!” Se trata de una fuerte acusación y no de una mera insinuación.

En Malaquías 3:7 nos hace un llamado: “¡Volveos a mí y yo me volveré a vosotros!”. El punto de regreso siempre es el punto de partida, y, Dios nos está diciendo que el punto de regreso para algunos de nosotros es el tema del diezmo.

Aquí está el problema aparente de Dios con nosotros. Es un robo sin arma. “¡Me han robado!” Pero la verdad es que cuando le robamos a Dios, le estamos robando a otras cosas en el proceso. Cuando no le damos el diezmo fielmente a Dios estamos robándole a la iglesia de su ministerio. También estamos robándole al mundo, a través de las grandes empresas misioneras del Evangelio. Pero incluso más personalmente, nos estamos robando a nosotros mismos de las grandes bendiciones. “Más bienaventurado es dar que recibir”.

En el Nuevo Testamento nuestro Señor pronunció las siguientes palabras: “Den al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”. Aquí lo sorprendente es que a algunos miembros de la iglesia no se les pasa por la mente no pagar sus impuestos (dar al César lo que es del César). Muchos de nosotros nunca concebiríamos no pagar los impuestos de nuestra casa, de nuestras ventas o de nuestros ingresos internos. Y sin embargo, ¡muchos de nosotros nunca le damos a Dios lo que es de Él! Éste es problema aparente de Dios con nosotros. Es un problema personal. Nosotros le hemos robado.

Al desarrollarse el texto vemos que el problema no sólo es personal sino que también está señalado. Dios dice, “Me han robado”, y, nosotros respondemos, “¿En qué te hemos

robado?” Y su respuesta es bastante clara “En diezmos y ofrendas”. El diezmo es un programa designado por Dios para nosotros. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Hoy día, hay quienes dicen que el diezmo es simplemente una ley del Antiguo Testamento y no es aplicable para esta dispensación de gracia. La verdad del asunto es que el diezmo existía entre la gente de Dios mucho antes de que se entregara la ley.

En Génesis 14:20 vemos a Abraham dándole los diezmos a Melquisedec. En Génesis 28:19-22 vemos a Jacob prometiéndole el diezmo al Señor. Cuando la ley fue entregada, el diezmo definitivamente fue incorporado en ella. “El diezmo de todo producto del campo, ya sea grano de los sembrados o fruto de los árboles, pertenece al Señor, es sagrado para Él” (Levítico 27:30). En el Nuevo Testamento vemos a Jesús aprobando y, obviamente practicando el diezmo. Los fariseos querían hacerlo caer de cualquier manera. Claramente, si Jesús hubiera fallado en el tema del diezmo, hubiera sido señalado y acusado por ello. Fíjese lo que dice en su reprimenda a los fariseos en Mateo 23:23: “¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas!, que separan para Dios la décima parte de la menta, del anís y del comino, pero no hacen caso de las enseñanzas más importantes de la ley, que son la justicia, la misericordia y la fidelidad. Esto es lo que deben hacer, sin dejar de hacer lo otro”. Este verso es a menudo mal entendido y mal interpretado. Aquí Jesús está reprendiendo a los fariseos por su hipocresía, no por diezmar. De hecho, dice, “Esto es lo que deben hacer.” La palabra “deben” se traduce en otras versiones como “tienen que”. Jesús vio el diezmo como requisito de Dios. ¡Es impensable en la luz de la cruz en la cual

murió nuestro Salvador, que cualquiera de nosotros bajo la gracia, dé menos que lo que daban los judíos bajo la ley! Es de gran ayuda para nuestro entendimiento del diezmo saber que es sagrado para el Señor. . “El diezmo de todo producto del campo, ya sea grano de los sembrados o fruto de los árboles, pertenece al Señor, es sagrado para Él” (Levítico 27:30). La Biblia dice que “es sagrado para el Señor”. Es decir, Dios reserva para sí mismo, como propia, una décima parte de lo que nos da a nosotros. Es sagrada para Él.

Ahora bien, no hay muchas cosas llamadas sagradas en la Palabra de Dios. Cuando algo es considerado como sagrado es peligroso pensar que se le puede quitar al Señor. Puede que usted diga, “no puedo costear los diezmos”. La razón por la cual cree que no puede, sin lugar a duda, es que le ha robado a Dios de algo que es sagrado para Él. Tenga en cuenta que el texto dice: “¡el diezmo es el Señor!” Esto debe abrirle los ojos ante una idea falsa que no ha permitido a muchos ver la verdad de las Escrituras. Es decir, que una décima parte de los ingresos no es de nuestra propiedad. No nos pertenece. No tenemos ninguna opinión respecto a esto en lo absoluto. ¡El diezmo es del Señor! No lo dije yo... ¡lo dijo Dios! Independientemente de lo que hayamos hecho con él. Es del Señor. El diezmo de Dios puede estar en la forma de un abrigo de paño nuevo. Puede estar en su casa en forma de un nuevo videojuego. Usted puede estar mirando el diezmo del Señor cada noche en un nuevo televisor a color en la sala de su casa. Usted puede estar conduciendo el diezmo del señor por la calle en forma de un auto nuevo. Es posible que invierta el diezmo del Señor en un banco o en acciones. Usted puede

estar robándolo, conduciéndolo, vistiéndolo, invirtiéndolo; pero haga lo que haga no es suyo... El diezmo es del señor.

Tenemos que cambiar la mentalidad de que damos el diezmo. No, el diezmo es del Señor. Dios dice que retener el diezmo es lo mismo que robar de su propio tesoro. El diezmo pertenece a Dios y, en realidad, no le damos nada a Él hasta que se lo demos.

He aquí una pregunta bastante aguda, “¿le robaría usted a Dios?” Personalmente, apreciado amigo, yo preferiría robarle al Primer Banco Nacional que robarle Dios. No importa quiénes seamos o lo que tengamos, necesitamos diezmar. Entre peor sea nuestra situación financiera más necesitamos diezmar. El diezmo es Sagrado. Es del Señor. Según la Biblia, hay una bendición cuando lo damos y una maldición cuando lo robamos. La Biblia nos advierte claramente que no toquemos el diezmo. Diezmamos porque amamos a nuestro Señor Jesucristo. Un cristiano debería diezmar por la misma razón que cumple los demás mandamientos. Si le damos al César lo que es del César, démosle también a Dios lo que es de Dios. Este es el problema aparente de Dios con nosotros, es personal, y está señalado. En segundo lugar, tengamos en cuenta:

El programa designado por Dios para nosotros



Traed todos los diezmos al alfolí para que haya alimento en mi Casa: probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, a ver si no os abro las ventanas de los cielos y derramo sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde (Malaquías 3:10).

Si de hecho somos culpables de robar a Dios del diezmo, entonces sin duda debe haber algún programa de rehabilitación que nos lleve a una relación correcta con Él. Dios establece este programa designado para nosotros en el texto anterior. Tenga en cuenta en primer lugar el plan. “Traed los diezmos”. Cada palabra de la escritura es importante. Tenga en cuenta que Dios dice que llevemos los diezmos, no que los enviemos. Los Tres Reyes Magos no enviaron sus regalos de oro, incienso y mirra al niño Jesús, los trajeron ellos mismos. La mujer con la caja de alabastro no envió la caja para la unción de Jesús, ¡ella misma la trajo! Dios dice que debemos traer el diezmo. En el acto de traerlo hay un culto personal. Este es el plan de Dios: “traer”.

Note la persona en la que está hablando, “traed todos los diezmos...”. Traigan el diezmo porque se les manda traerlo, y el amor obedece. John Bisagno escribió en su libro *The Word of the Lord* (La Palabra de Dios), “En todas las Escrituras el amor está equiparado con la acción”, Jesús pregunta, “¿tú me amas? ... Alimenta a mis ovejas,..

¿Tú me amas?... Cumple mis mandamientos. Él dijo, “aquel que oye mis palabras y las pone en práctica, es quien me ama.” El amor es algo que se hace. El amor no dice, “¡Cómo te amo Jesús”, ¡el amor diezma! Se puede diezmar sin amar; ¡pero no se puede amar sin diezmar!

Siempre estoy un poco intrigado por el evangelismo en las calcomanías de los parachoques. Todos hemos visto esas calcomanías que dicen, “pita si amas a Jesús”. Sin embargo, los últimos que he visto dicen algo más cierto. Dicen, “diezma si amas Jesús: ¡cualquiera puede pitar! “

Fíjese también en la proporción del programa designado por Dios para nosotros. “Traed todos los diezmos al alfolí”. 1 Corintios 16:1-2 dice: “En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana, cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas. Fíjese en las palabras “según haya prosperado”. Esto significa una proporción definitiva de ingresos... “según haya prosperado”. No está diciendo que cada uno aparte “lo que sienta que quiere apartar”. Tampoco dice, aparten lo que quieran apartar “según lo conmovidos que se sientan por el Espíritu Santo.” Estimado amigo, el Espíritu Santo nunca nos llevará a hacer algo contrario a la palabra de Dios. Y la palabra de Dios nos enseña que el diezmo es del Señor. La Biblia dice que cada uno aparte algo “según haya prosperado”. Es decir, en forma proporcional, de acuerdo a un porcentaje base. De este modo, da igual el rico que el pobre, “según haya prosperado”, así las cosas, la proporción de lo que damos es el diezmo.

A continuación el texto nos revela el lugar de nuestros diezmos. “Traed todo los diezmos al alfolí”. ¿Dónde está el alfolí? Una vez más, 1 Corintios 16: 1-2 dice que debemos “almacenar”. Esto nos lleva claramente a Malaquías 3: 10 que dice: “Llevad todos los diezmos al___?” ¡Al alfolí! También fíjese cuándo debemos hacerlo. “El primer día de la semana”. Ahora, ¿qué ocurre en el primer día de la semana? Obviamente, la Iglesia del Nuevo Testamento se reúne para su ceremonia de adoración. ¡Y la verdad de las Escrituras

es que la iglesia local es el alfolí! En el Nuevo Testamento más del 90 por ciento de las veces que la palabra “Iglesia” es mencionada se refiere a ese primer día de adoración, del cuerpo local de creyentes bautizados. No es nuestro privilegio repartir nuestro diezmo entre diferentes organizaciones, es decir, organizaciones de evangelización, grupos de jóvenes, etc.... ¡Ellas pueden recibir ofrendas, no diezmos! El diezmo se debe llevar al alfolí el primer día de la semana. Es decir, a la Iglesia local del Nuevo Testamento.

Y por cierto, no deje corto a la Iglesia. Estará aquí cuando todas las demás organizaciones y grupos hayan muerto y desaparecido. Cualquier organización que no se origine, colabore, ni se construya en la Iglesia local del Nuevo Testamento no llegará a nada. El lugar del diezmo es el alfolí, la iglesia.

El texto también nos revela el propósito: “Traed todos los diezmos al alfolí y así habrá alimento en mi Casa”. El propósito de traer el diezmo es continuar el trabajo de Cristo a través de la Iglesia, trayéndoles la salvación a hombres y mujeres. Este es el propósito bueno y piadoso, que nos ha dado el Señor Jesucristo en la gran comisión.

Finalmente, fíjese en la proposición: “Traed todos los diezmos al alfolí y así habrá alimento en mi Casa; probadme ahora en esto”. ¡Es increíble! Dios nos está diciendo: Pónganme a prueba (a mí, Dios Todopoderoso). ¡Pruébenme con el diezmo! Esta es la única directriz en las escrituras que se puede poner sobre la base de una prueba. Dios nos dice ¡Pruébenme! Estamos siendo desafiados a devolverle la décima parte que le pertenece justamente, y ver si nos va a dejar ser los perdedores o no. Es increíblemente condescendiente por parte de Dios

dejarse poner a prueba de tal manera. Si hay alguna duda sobre la existencia de Dios aquí hay una manera de probarlo a Él. Qué proposición-- ¡Pónganme a prueba!

El programa designado por Dios para nosotros es sin duda el diezmo. El diezmo es un gran lugar de inicio, pero es un pésimo lugar para detenernos en nuestra administración. De hecho, en el más puro sentido bíblico, alguien que diezma es simplemente un ladrón reformado. ¿Qué sucede cuando conocemos el aparente problema de Dios con nosotros y cumplimos los requisitos del programa designado por Dios para nosotros? Finalmente tenga en cuenta:

¡La promesa abundante de Dios para nosotros!



“Traed todos los diezmos al alfolí para que haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril, dice Jehová de los ejércitos. Y todas las naciones os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable, dice Jehová de los ejércitos” (Malaquías 3:10-12).

¡Es increíble lo que Dios nos promete que es nuestro para que lo reclamemos! Él nos dice, “Abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde”. Nunca ha habido un tiempo en el que más necesitemos saber cómo abrir las ventanas de cielo que hoy

en día. Recuerde que estas promesas están condicionadas a que volvamos a Dios en el asunto de los diezmos.

Tenga en cuenta que esta promesa de provisión implica calidad. Estas bendiciones vienen directamente del cielo. Son sobrenaturales. Dios dice, “abriré las ventanas de los cielos derramaré bendición.” Lo hará “derramando”. Serán repentinas. ¿Alguna vez ha vertido té desde una jarra? Si no lo hace cuidadosamente se derramara con rapidez. Dios dice que nuestra promesa de provisión viene directamente del cielo. ¿Qué significa que Él “abrirá las ventanas del cielo”?

Dejemos que las Escrituras se interpreten por sí mismas. Preste atención a Génesis 7:11-12: “El año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a los diecisiete días del mes, aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertas, y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches”. Aquí se utiliza una expresión idéntica. La expresión que se utiliza con la inundación del diluvio es la misma que se utiliza en Malaquías 3 en la respuesta de Dios a nuestro diezmo. ¡Dios ha prometido honrarnos con un flujo abundante! Y no estamos hablando sólo de las bendiciones espirituales sino de las temporales. La verdad de las Escrituras es que “cosechamos lo que sembramos”. Si sembramos avena, cosecharemos avena. Si sembramos trigo, cosecharemos trigo. Las leyes de la cosecha simplemente dicen que siempre cosechamos lo que sembramos, que siempre cosechamos después de que sembramos y, que siempre cosechamos más de lo que sembramos. Seguramente no suponemos que Aquel que nos ama nos permitirá perder porque somos fieles a Su palabra

y obedientes a Su voluntad. Yo nunca he visto ni oído hablar de un diezgador consistente que no se haya dado cuenta de que eso es cierto. La razón por la que muchos están en dificultades financieras hoy, es por el simple hecho de que le han robado a Dios.

La promesa de provisión implica no sólo calidad sino cantidad. Tenga en cuenta la cantidad de las bendiciones, “no habrá espacio suficiente para recibir las.” Esto simplemente significa que tendremos que regalarlas. Estas bendiciones más que suficientes, son para todos los que cumplan Sus condiciones. ¿No es este un grito lejano de la obsesionante necesidad de hoy por la que muchos están llorando “¡no es suficiente!” La rebelión del hombre lleva a este tipo de economía... el grito de “no es suficiente!” Su promesa abundante con nosotros es que abrirá las ventanas de los cielos, derramándonos una bendición que no vamos a tener espacio suficiente para recibir. Se trata del principio en de Juan 6 en acción. (El niño dio su almuerzo de unos pocos panes y pescados, y miles de personas fueron alimentadas, sobrando cantidades). Se dice que John Bunyan dijo:”Había un hombre; Algunos lo llamaban loco; entre más daba; más tenía!” Esta es la promesa de provisión de Dios que en pocas palabras involucra calidad y cantidad.

Pero existe también aquí la promesa de la protección. Dios dice “ Reprenderé también por vosotros al devorador”. ¡Vaya promesa! Cuando le devolvemos a Dios con el diezmo, nos paramos en la protección sobrenatural de Dios. Le confieso, apreciado lector, que no conozco todas las ramificaciones de esta promesa. Pero no significa que yo no elija

permanecer en ellas. De manera sobrenatural Dios nos dará protección. Si el devorador es una plaga en nuestros cultivos, Dios dice que lo devorará, “lo reprenderé”. Si el devorador es la recesión, Dios dice que la reprenderá en su nombre. Dios da protección sobrenatural al diezgador consistente. Es Su promesa abundante para nosotros.

Ahora bien, se nos ordena diezmar, no porque Dios dependa de que le regalemos dinero. Esto lleva a un concepto erróneo de nuestro Dios soberano. Ciertamente no depende ni de usted ni de mí. La verdad es que Dios no necesita nuestro dinero. Nos ordena a diezmar a fin de que podamos participar en su programa de economía, el cual abre las compuertas de la bendición sobre nosotros. Todo el significado de este pasaje de las Escrituras es que cuando se presenta el diezmo, libera los grandes tesoros del cielo y lleva a Dios a actuar en nuestro nombre. ¡Siempre ha sido así y siempre lo será!

El problema aparente de Dios con nosotros es evidente. Es personal, “Me han robado”. Está señalado “en los diezmos.” Pero Dios no nos deja en esta triste condición, porque vemos el programa designado por Él para nosotros. El plan “traigan,” la persona “usted,” la proporción “todos los diezmos”, el lugar “el alfóli”, el propósito “para que haya comida en mi Casa” y la propuesta “Pruébenme en esto”. Dios todopoderoso dice, “pónganme a prueba, pruébenme en esto”. Y una vez que hemos conocido este programa vemos la promesa abundante de Dios para nosotros. La promesa de la provisión y la promesa de la protección. “Si me devuelven... Yo les devuelvo”. Aquí está la promesa de Dios para usted.

El diezmo es del Señor. Es Sagrado para Él. Y Él guió el

camino. El mejor versículo referente a la administración en la Palabra de Dios está en Juan 3:16: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. A la luz de la cruz sobre la cual murió nuestro Salvador, la pregunta de nuestro texto tiene proporciones muy agudas... ¿Robaría un hombre a Dios?

Algunas sugerencias prácticas

Algunas personas dicen. “Sé que tengo que obedecer a Dios con el diezmo pero parece que no sé cómo empezar”. Las siguientes son soluciones prácticas y probadas.

1. Vuélvalo una cuestión de oración definitiva

2. La Biblia habla de que demos “los primeros frutos”. Cada vez que deposite su sueldo asegúrese de que el primer cheque que escriba sea “para el Señor.” Dé prioridad al diezmo sobre cualquier otra cosa. Recuerde que el diezmo es del Señor.

3. Sea tan estricto y sistemático con el diezmo, como lo es con los asuntos de negocios. De hecho más, ya que le pertenece al Señor.

4. Siempre aférrese al hecho de que podemos confiar en el Señor. Nunca ha habido un diezmador consistente que se haya arrepentido de diezmar. El Señor Jesús, quien se entregó por usted, no permitirá que pierda porque usted es fiel a Su palabra y obediente a Su voluntad.

5. ¡Adelante, hágalo! El Señor dice “¡Pruébenme a ver si no abro las ventanas del cielo derramando tantas bendiciones que no habrá espacio para ellas!” “Si me devuelven... Yo les devuelvo”.

Día de Acción de Gracias: ¿Dónde están los nueve?

Lucas 17:11-19

El día de Acción de Gracias es una de las festividades favoritas de los Estados Unidos. Desgraciadamente, en nuestra cultura moderna, ésta ha llegado a identificarse más con el desfile de Macys, el fútbol americano de los Dallas Cowboys o cenas con pavo. Pareciera que cada día menos americanos separan el día para dar gracias a Dios por las bendiciones que Él les ha concedido. El día de Acción de Gracias significaba algo muy diferente para nuestros antepasados. La historia revela que nuestra nación fue establecida por aquellos que eran seguidores de nuestro Señor Jesucristo. No le creo a los revisionistas que están reescribiendo nuestros libros de historia americana. La nuestra es una herencia cristiana. El primer asentamiento permanente en Estados Unidos fue en Plymouth y fue fundado por un grupo de peregrinos cristianos, separatistas, que salieron de la Iglesia de Inglaterra. El 16 de septiembre de 1620 zarparon de Plymouth, Inglaterra, rumbo a América a bordo del Mayflower. Antes de que se posaran

en tierra escribieron y firmaron lo que ha llegado a ser conocido como el “Acuerdo Mayflower”; y estando aún a bordo del barco, instauraron el hecho de que querían establecer una colonia basada en principios bíblicos. Sus firmas reconocieron la soberanía de Dios sobre sus vidas y su necesidad de obedecerle. Firmaron un documento que declaraba que estaban estableciendo una nueva colonia, en el nuevo mundo para “la gloria de Dios y el progreso de la fe cristiana”. De los ciento tres que desembarcaron, cincuenta y uno murieron durante el primer invierno. Después de la cosecha de ese primer año, el gobernador William Bradford proclamó un día de acción de gracias y de oración. El rito prevaleció hasta que, durante los días de la Guerra Civil, Abraham Lincoln la convirtió en una festividad oficial americana.

Gran parte de la secularización de América ha acabado con el significado original del día de Acción de Gracias. La mayoría de los estadounidenses ya no entienden su existencia en esta tierra por y para “la gloria de Dios y el progreso de la fe cristiana”. Si alguien en el mundo debe dar gracias a Dios, son aquellos que viven en los Estados Unidos.

Alguien ha señalado que si se reduce la población mundial a 1.000 y se coloca a todos en una sola ciudad, ésta tendría un aspecto distintivo. Tan solo 46 de los mil serían americanos, los restantes 954 representarían el resto del mundo. Sin embargo, estos 46 recibirían la mitad del ingreso de toda la ciudad, y su esperanza de vida sería de 75 años, mientras que la del resto sería de cuarenta años; comerían un 70% más de sus necesidades alimenticias diarias, mientras que el 80% del restante de la ciudad nunca comería balanceadamente. De hecho, los

desechos que las 46 personas triturarían serían mejores que la comida del 80% de la ciudad.

Somos un pueblo bendecido. Sin embargo, me temo que no somos agradecidos. Incluso dentro de la Iglesia estadounidense cosas como el pluralismo, el humanismo y el secularismo lo han notado; aún así, agradecer es un fenómeno potente con un efecto liberador.

Al final de la vida terrenal de Cristo hay un encuentro, que ha sido grabado para la posteridad, que otorga una fórmula para introducir la acción de gracias en nuestras vidas de tal manera que traiga plenitud y voluntad. Encontramos a nuestro Señor en camino a Jerusalén. Mientras pasaba a través de las regiones de Samaria y Galilea, mientras entraba a cierto pueblo, se encontraba con diez hombres leprosos que levantaban sus voces requiriendo misericordia. Jesús les habló de sanidad y el envió a que se mostraran a los sacerdotes. Sólo uno de ellos regresó para dar gracias a Dios. Jesús hizo una pregunta bastante aguda: “¿dónde están los nueve?” La respuesta a los diez leprosos es reveladora. El Señor Jesús nos está mostrando que hay tres acciones de las que debemos apropiarnos para vivir la vida al máximo. Debemos levantarnos. Esto tiene que ver con fortaleza. Si no lo hacemos podríamos no alcanzar al Maestro. Debemos salir. Esto tiene que ver con la actitud. Si no lo hacemos podemos perdernos el milagro. Finalmente, debemos regresar. Esto tiene que ver con la gratitud. Si no lo hacemos, podríamos perdernos el momento.

Levántese. Esto tiene que ver con la fortaleza. Si no lo hacemos podríamos no alcanzar al Señor.



Ahora sucedió mientras Él iba a Jerusalén, que pasó por el medio de Samaria y Galilea. Cuando estaba por entrar en un pueblo, salieron a su encuentro diez hombres enfermos de lepra. Como se habían quedado a cierta distancia gritaron: — ¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros! (Lucas 17:11-13).

¿Entienden? Jesús para por un algún pueblo y se encuentra con diez leprosos. Ellos habían escuchado los reportes, extraños rumores, de cómo Él había tocado a leprosos y los había sanado. Ellos se mantuvieron lejos porque no se podían acercar. La ley mosaica aislaba a los leprosos de todo contacto social, les prohibía acercarse a seis pies de una persona. Si el viento soplabla no podían estar a menos de cincuenta yardas de distancia. Si alguien, inadvertidamente, se acercaba a ellos, estaba obligado a gritar: “sucio, sucio”.

Así que, ¿qué hicieron estos leprosos cuando Jesús pasó? Se levantaron. Esto demostró una gran cantidad de fortaleza. Comenzaron a gritar: “Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros.”. Podrían haberse quedado sentados en su desesperación pero no lo hicieron. Mírelos, son todos iguales, son todos leprosos. Todos ellos sufren la misma enfermedad horrible: lentamente se come el cuerpo, acabando con los rasgos faciales primero. A continuación los dedos. Las manos se congelan antes de que simplemente se caigan. Sus pies están llenos de llagas y se convierten en piernas vendadas antes de que sean dejados atrás. El olor era nauseabundo, la aparición

espantosa. El leproso no tenía contrincante. Sufría el destino de una larga, lenta y agonizante muerte, experimentada en alguna colonia leprosa, aislado de amigos y familiares. El leproso era un marginado, era confinado. En el primer siglo, un leproso, simplemente era como un montón de restos humanos abandonados viviendo en la desesperación.

Todos estos diez hombres tenían una determinación desesperada de vivir. Aunque el futuro parecía inútil nunca se negaron a renunciar. Cuando escuchan que Jesús está pasando cerca de ellos, todos salen para verlo. Todos apelan a Él, a su ayuda. Es interesante que no invocaban a la justicia. Hacían un llamado a la misericordia. No le pedían a Cristo que los bendijera sobre la base de lo que merecían. Ellos alzaban la voz por misericordia.

Algunos de nosotros vivimos derrotados debido a que estamos a la espera de la justicia. Tal vez alguien nos ha hecho daño y nosotros albergamos ese resentimiento durante años. Queremos justicia, algunos de nosotros hemos sido objeto de abusos. Queremos justicia, sin embargo, ésta pertenece a Dios. Désela a Él. Al final la verdad siempre va a ganar. Nuestra petición debería ser de clemencia.

El Señor Jesús pasaba por allí y estos diez hombres que se levantaron con fortaleza, no se perdieron al Maestro. ¿Hay alguien sentado al lado de este camino esta mañana? Una y otra vez Jesús ha pasado pero nunca mandó a llamar por Él. Tal vez buscó consuelo en los que le rodeaban pero generalmente sólo encontró miseria. En el día de Acción de Gracias es hora de levantarse, esto tiene que ver con la fortaleza. Si no lo hacemos nos podríamos perder al Maestro.

Salga. Se trata de actitud. Si no lo hacemos podríamos perdernos el milagro.



Entonces, cuando Él los vio, les dijo: “Ir, mostraros a los sacerdotes.” Y así Resultó que, mientras iban de camino, quedaron limpios. (Lucas 17: 14).

¿Se lo imagina? Estos hombres no sólo se levantan sino que salen. Obedecen al Señor, lo cuál es evidencia del hecho de que creen. Qué actitud vemos aquí. Aún no eran sanos, todavía eran leprosos. Un leproso debía presentarse ante un sacerdote después de haber sido sanado. Se necesitó fe para que estos hombres actuaran en obediencia a la palabra de Dios y fuesen a enseñarse ante los sacerdotes mientras todavía eran leprosos. Y así dice la Biblia: “Así fue mientras marchaban, ¡fueron purificados!”.

Jesús dijo: “Ve y muéstrate al sacerdote”. Inmediatamente esto causó un poco de problema para los diez hombres. De acuerdo a los capítulos 13 y 14 de Levítico, sólo los leprosos purificados debían ir. Escuchar este mandato es una cosa pero levantarse, con nada más que fe en la palabra de Cristo, es otra cosa. Implícito en esta orden era que si iban, serían sanados. En este momento todavía son leprosos. Así, todo se reduce a un simple hecho: ¡La única manera de probar el valor de las palabras de Cristo es obedecerlas!

Y así toman su palabra y salen. Qué actitud de fe. Empiezan a caminar. Muchos de nosotros sabemos muy poco acerca de este viaje hacia los sacerdotes. Se pararon y salieron por la fe en la palabra de Cristo, cuando aún no la habían visto. Muchos de nosotros vivimos aquí en estos versos.

Poseemos la palabra de Dios sin aún verla; pero estamos caminando. No vamos a detenernos con simplemente levantarnos, vamos a salir. Muchos leprosos nunca comienzan a caminar hasta que lo pueden ver, y así pasan sus días con la esperanza perdida y ausente.

Me gusta la forma en que B. B. McKinney lo dijo que 1934. “Ten fe en Dios cuando tu sendero esté solitario”.

*Él Ve y conoce todos los caminos que has recorrido.
Nunca están solos sus hijos.
Ten fe en Dios, ten fe en Dios.
Ten fe en Dios cuando tus oraciones no sean contestadas.
Tu súplica ferviente Él nunca olvidará.
Espera al Señor, confía en su palabra y se paciente.
Ten fe en Dios, Él aún responderá.
Ten fe en Dios aunque todo lo demás falle a tu alrededor.
Ten fe en Dios, Él provee a los suyos.
Él no puede fallar aunque todos los reinos deban
sucumbir.
Él reina, gobierna en su trono.
Ten fe en Dios, Él está en el trono.
Él no puede fallar, Él debe prevalecer,
Ten fe en Dios, ten fe en Dios.*

La Biblia simplemente dice: “A su paso fueron purificados”. El lenguaje del Nuevo Testamento, la voz pasiva acá, ¡no deja lugar a duda de que fue Dios quien realizó el milagro! Todos ellos, en su camino, mientras iban, ¡fueron purificados! Piénsenlo, lo único que tenían era la palabra de Cristo, lo único que tenían era la promesa de Dios. Camin-

aban en fe y obediencia.

Antes de cada gran obra milagrosa de Dios, Él nos mueve hacia donde lo único que tenemos es su promesa. Esta es la vida de fe, “como se fueron”. Esas palabras no se han hablado de algunos de nosotros. Podríamos levantarnos y requerir misericordia, pero muy pocos de nosotros salimos y caminamos en obediencia a la palabra de Dios. De no haber hecho esto ellos se hubiesen perdido del milagro. Miren a los diez leprosos, ahora ya están purificados. Todo a lo que tenían que aferrarse era la palabra de Cristo; lo hicieron y Él fue fiel a su palabra. Se levantaron y salieron en fe, ¡la fe es la victoria!

Vuelva. Se trata de gratitud. Si no, nos podemos perder el momento.



Y uno de ellos, cuando vio que fue curado, regresó y con fuerte voz, glorificado Uno de ellos, al verse ya sano, regresó alabando a Dios a grandes voces.¹⁶ Cayó rostro en tierra a los pies de Jesús y le dio las gracias, no obstante que era samaritano. — ¿Acaso no quedaron limpios los diez? —preguntó Jesús—. ¿Dónde están los otros nueve ¿No hubo ninguno que regresara a dar gloria a Dios, excepto este extranjero? Levántate y vete —le dijo al hombre—; tu fe te ha sanado. (Lucas 17:15-19)

Miren a estos diez hombres, todos eran leprosos. Todos clamaron al Señor Jesús. Todos ellos tuvieron fe, todos ellos fueron curados, todos ellos se levantaron. Todos ellos salieron, pero aquí termina el parecido. Imagine estar con ellos, por un momento, en

el camino. Se miran entre ellos mismos y de repente se dan cuenta de que están limpios. Están asombrados y comienzan a abrazarse los unos con los otros. Entonces alguno de ellos dice: “No he abrazado a mi esposa en meses”. Momentos después miramos y está corriendo, a lo largo del camino, hacia su hogar. Otro dice: “nunca he visto a mi primogénito” y también se va. Rápidamente otro exclama: “¡No he estado en mi tienda en casi un año”, se va corriendo. Uno a uno todos se han ido. Pero no, queda uno sólo a la izquierda del camino. De los otros nueve nunca se vuelve a saber nada. Se levantaron y se fueron, pero nunca regresaron.

Mire al hombre solitario que se encuentra en la carretera, él también está buscando el camino a casa, también tiene una familia, un negocio, también tiene amigos. Pero algo es más urgente. Tiene que regresar. Esto tiene que ver con la gratitud. Si no lo hace, podría perderse el momento. ¿Hay alguien en el camino hoy? Alguna vez hemos estado en crisis, alguna vez nos hemos levantado y pedido misericordia, pero cuando la bendición llegó, olvidamos regresar con gratitud, y al hacer eso nos perdimos de un momento, un muy importante momento.

Fíjese que la Biblia dice: “Y uno de ellos” (Lucas 17: 15). Siento decir que no sabemos su nombre, él simplemente es denominado como “uno de ellos”. Su nombre nunca nos lo es mencionado. Pertenece a esa vasta empresa de personas que viven sus hermosas vidas y hacen sus meritorias acciones sin decirnos nunca quienes son. No sabemos su nombre pero él está gritándonos hoy que “regresemos”. Se trata de tener gratitud. Si no lo hacemos nos podríamos perder el momento.

Mírelo. Regresó y “con una fuerte voz glorificó a Dios” (Lucas 17: 15) ¿Por qué era tan demostrativo? Intenté ubicarme

a su lado en el camino mientras leía este texto. ¿Saben lo que me habría encontrado haciendo? Creo que podría haber estado de pie, junto a él, colocando mi brazo alrededor de su hombro e intentando calmarle. Algunos de nosotros no nos sentimos cómodos con fuertes doxologías y aleluyas. Bueno, esa es nuestra pérdida, no Suya. Ha pasado mucho tiempo, para algunos de nosotros, desde que sentimos el contacto de la mano del Maestro.

¿Por qué será que tantos de nosotros somos como los diez, que acudimos a la palabra del Señor Jesús cuando nos encontramos en necesidad, y tan pocos sabemos algo acerca de la alabanza y de la acción de gracias? Este hombre regresó y “cayó rostro en tierra a los pies de Jesús y le dio las gracias, no obstante que era samaritano.” (Lucas 17: 16). ¿Ves alguna diferencia acá? En el Verso 12 ellos “se habían quedado a cierta distancia”, pero ahora encontramos a éste hombre a los pies de Jesús. Esto es lo que la purificación hará por ti; la Biblia dice: “y él era un samaritano. El “él” es enfático, ¡eso significa que Él era un samaritano! Acá había un hombre distante a las promesas del Pacto; era como la mujer en Samaria y como el hombre en el camino de Jericó. Acá vemos el corazón apostólico de nuestro Señor.

Entonces Jesús formula tres preguntas retóricas, diseñadas para que reflexionemos en el momento de éste encuentro. “¿No fueron diez sanados?” ¡Sí!, “¿Dónde están los nueve?” En griego la pregunta es enfática y dice: “Los nueve... ¿Dónde? Él no estaba pidiendo una respuesta, estaba haciendo una observación. Ellos se habían perdido el momento. A continuación pregunta: ¿no hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero? Me temo que, muchos de nosotros en Estados Unidos, nos encontramos en compañía de los nueve. Una vez nos levantamos y salimos pero

luego, cuando llegaron las bendiciones, nos fuimos por nuestro propio camino.

¿Por qué no regresaron?, ¿sintieron que merecían este milagro? La naturaleza humana siempre tiene formas de demandar nuestros propios derechos. Me posé en este camino recientemente. Cuando veo tantos chicos con el corazón roto sin madres que los nutran, me pregunto a mí mismo: ¿merecí tener una madre que se sacrificara tanto por mí? Cuando veo tantos niños con padres que no tuvieron tiempo, me pregunto, ¿merecí tener un padre que siempre me animó y nunca se perdió de cualquier evento en el que participé? Cuando visito a personas enfermas en el hospital, y que saben que yo he gozado de más de medio siglo de excelente salud, intuyo la bendición de Dios. Cuando veo a padres cuyos hijos les han partido el corazón, y mi mujer y yo hemos tenido dos hijas, quienes solamente nos trajeron alegría y honor, me pregunto: ¿realmente merezco esto? Cuando se de hombres a quienes sus mujeres les han sido infieles, me pregunto, ¿me merezco el bien y la piedad que Cristo me ha dado? Cuando escucho a amigos pastores cuyas iglesias les han causado consternación, angustia y dolor, me pregunto: ¿merezco haber liderado las maravillosas iglesias a las cuáles fui bendecido para servir con el ministerio pastoral que de Él recibí? Cuando escucho a mujeres y hombres que hablan acerca de no haber tenido amigos reales a lo largo de toda la vida, me pregunto, ¿merezco los fieles amigos que he disfrutado durante décadas? Hoy, cuando veo la angustia y el desamor en los países del tercer mundo, me pregunto: ¿merezco haber nacido en el estado de Texas, con todos los privilegios que esto otorga? Cuando veo mujeres y hombres que viven sus vidas en pecado y vergüenza, con culpa y derrota implícita en

sus rostros, me pregunto, ¿merezco haber sido perdonado por la gracia de Dios? La respuesta es sencilla, no merecía nada de esto. Todo es favor inmerecido y gracia, la maravillosa gracia.

Espero que el día de acción de gracias sea para todos nosotros más que simples fiestas, juegos de fútbol y desfiles. El Señor Jesucristo aún está preguntando: “¿Dónde están los nueve?”, ¿alguno de ellos estará leyendo este tomo? Entonces Jesús le dijo a éste: “Levántate y vete, tu fe te ha sanado” (Lucas 17: 19). El hecho importante aquí, es que el Señor de este universo quiere que sea agradecido. Hebreos 13: 15-16, dice: “Así que ofrezcamos continuamente a Dios, por medio de Jesucristo, un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que confiesan su nombre. No se olviden de hacer el bien y de compartir con otros lo que tienen, porque éstos son los sacrificios que agradan a Dios.”

La gracia del Señor trabaja en lugares sorprendentes. Solo el samaritano escuchó al Señor Jesucristo decir: “tu fe te sanó”. El se convirtió pleno tanto en el interior como en el exterior. Los otros nueve se apresuraron al sacerdote para que los declarara sanos, pero, ¡éste fue declarado completo y sano por el mismo Señor Jesucristo!

¿Estamos realmente tan lejos de esta escena? La enfermedad del pecado es mucho más peligrosa que la lepra, uno destruye su cuerpo pero el pecado destruye el alma y el cuerpo. La desesperación puede llevarte a Cristo pero solo la gratitud te puede mantener allí; ¿dónde están los nueve?

El día de Acción de Gracias, ¿qué será para usted?, ¿se levantará?, ¿saldrá? La pregunta real es: ¿regresará? ¿Podremos comenzar a guiar a Estados Unidos, de vuelta a nuestro lugar, a los pies de Cristo, y renovar el Pacto de Mayflower, de que estamos

aquí para “la gloria de Dios y el progreso de la fe cristiana”? Jesús está pasando por nuestro lado. ¿Dónde están los nueve?

Día Mundial de las Misiones: Salir de nuestras zonas de comodidad

Mateo 9:35-38

Las zonas de comodidad son áreas de las cuales muy rara vez nos desviamos. Algunos tienen zonas de comodidad social y tienen poco contacto con personas que no pertenecen a su nivel socioeconómico. Otros tienen zonas de comodidad políticas y no tienen mucho que ver con aquellos que no comparten sus orientaciones políticas. Incluso, algunos de nosotros tenemos zonas de comodidad en la iglesia; todos tenemos nuestras pequeñas zonas, bien sea en literatura, arte, música, deportes o en lo que sea. Es fácil lograr estar cómodo y nunca aventurarse a salir de ese estado. Las zonas de comodidad son la vanguardia de muchas vidas.

Al estudiar la vida de nuestro Señor nos encontramos con que Él, continuamente, iba moviendo a mujeres y hombres fuera de sus zonas de comodidad. Llamó a los pescadores en Galilea para que dejaran sus redes y lo siguieran, eso sig-

nifica que les pidió que alejaran sus zonas de comodidad de su entorno. A donde sea que fuere, Él invitaba a las personas a que dejaran sus zonas de comodidad, fuese Zaqueo en Jericó, el joven y rico legislador o la mujer en el pozo en Samaria.

Las zonas de comodidad nos impiden nuestro potencial. En el mundo de los negocios, los vendedores pueden gravitar hacia ellas. Incluso somos propensos a encontrarlas en nuestra propia eclesiología. Ellas matan la productividad y la producción.

El Señor Jesús vino a este mundo. Ahora, si queremos pensar en dejar las zonas de comodidad, pensemos en Él, que dejó a un lado su gloria y vino a caminar en el polvo de esta tierra. ¿Y con quién? Taberneros y pecadores, los despreciados y las multitudes. Entonces sus seguidores impactaron el mundo en una generación, ¿cómo? Se desplazaron de sus zonas de comodidad. En el día mundial de las misiones, ésta es una palabra para aquellos de nosotros que nos hemos vuelto cómodos. La Biblia, especialmente esas palabras del Nuevo Testamento escritas en rojo, no están muy cómodas en algunos puntos.

Una vez en Su territorio natal de Galilea, nuestro Señor Jesús abordó este tema en concreto. Nos pidió que viéramos el mundo a través de sus ojos, nos desafió a que miráramos hacia fuera, hacia adentro y hacia arriba, nos instruyó respecto a nuestro modelo, nuestro potencial, nuestro problema y nuestra prioridad. Nos llamó a que viéramos cuatro cosas muy importantes en nuestro texto.

Nuestro patrón, ¿cómo lo descubrimos? Mire hacia atrás



Y Jesús recorría todos los pueblos y aldeas enseñando en las sinagogas, anunciando las buenas nuevas del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban agobiadas y desamparadas, como ovejas sin pastor (Mateo 9: 35-36).

El Señor Jesús se mantuvo ocupado. Él “recorrió todos los pueblos y las aldeas” (Mateo 9: 35). Estaba allí afuera, entre la gente. Él no encontró un lugar cómodo, una zona de comodidad, ni esperó a que llegaran a Él. La Biblia nos dice que Él estaba “enseñando”. Mateo utiliza una palabra del Nuevo Testamento para describir lo que nuestro Señor estaba instruyendo, explicando y exponiendo a la gente. El tiempo también indica que esto era algo continuo, Él lo hacía sin parar. Note que también estaba predicando. Acá, la palabra significa proclamar como un heraldo. ¿Podemos verlo parado en las esquinas de las calles y anunciando qué, siete hábitos de gente exitosa, alguna nueva oración de sabiduría popular, cinco maneras de pensar la posibilidad? No. El texto nos dice que Él estaba predicando el “Evangelio”. Estaba exponiendo las buenas noticias, después estaba “sanando”. Acá, la palabra griega es *therapeuro*, que significa curar, y uno puede ver fácilmente que nuestra palabra, terapéutica, la obtenemos de esa palabra griega. Es importante ver que el Señor Jesús no solamente estaba predicando y enseñando, sino que estaba tocando necesidades mentales y emocionales. Estaba con los

lastimados, Él llegó a donde estaban. Sólo con su presencia ya había algo terapéutico.

Este es nuestro modelo para el ministerio. Esperamos volver a Él para encontrarlo. Eso tiene que ver con la cabeza. Él estaba enseñando, eso tiene que ver con el corazón. Él estaba predicando, eso tiene que ver con la mano. Él estaba sanando, estaba haciendo contacto con las necesidades de las personas. Algunos de nosotros gravitamos a uno u otro extremo y perdemos el equilibrio en el proceso. Algunos sólo tienen la predicación con un fuerte énfasis en la evangelización, otros están balanceados en la enseñanza, llenan sus mentes con la verdad pero aplican muy poco. Algunos otros están ocupados ensuciando sus manos con acciones sociales pero haciendo poca mención al evangelismo y a la enseñanza. Nuestro Señor Jesucristo fue claro en su enfoque, Él es nuestro modelo para el ministerio. Nuestro Señor no permaneció dentro de su pequeño grupo de doce, había momentos importantes para eso, pero por lo general estaba “allí afuera”, entre la gente, en los pueblos y en las ciudades.

Entonces, algo sucedió. “Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas” (Mateo 9: 36). Mientras unos miraban, Jesús presenciaba. Hay una diferencia entre mirar y ver. La palabra que encontramos aquí, se traduce en la mayoría de los otros pasajes y escrituras, como “saber o percibir”. Jesús vio sus corazones y Él los conocía. ¿Hemos visto las multitudes últimamente? Oh, no nos estamos preguntando si los miramos a ellos. ¿Les hemos visto, sabemos qué están pensando, sabemos cómo están sufriendo? Algunos de nosotros pasamos por delante de centenares de oportunidades

misioneras para ir a nuestras iglesias y orar por nuestros misioneros en tierras lejanas. Jesús vio las multitudes que estaban alrededor de Él.

Entonces la Biblia nos dice que Él fue “conmovido con compasión”. La voz media indicando que el sujeto estaba actuando sobre sí mismo expresa lo que sucedía en lo más profundo de Su ser íntimo. Esta es la motivación para salir de las zonas de comodidad. No proviene de estímulos exteriores, se origina en nuestro interior. Recordamos que el buen samaritano en el camino de Jericó se responsabilizó del hombre herido, principalmente porque todo su “corazón estaba con él”.

El Señor Jesús ve a las multitudes hoy y todavía es impresionado con compasión, ¿por qué? Porque están desalentados, eso significa que están desfallecidos, que están a punto de desmallar, que están debilitados, que están exhaustos, que están a punto de colapsar. El Señor Jesús los vio agobiados por la vida. Algunos de ellos por un pecado, otros por circunstancias como mucha gente hoy en día. También los vio “dispersos”, la palabra significa derribados. De hecho, la misma palabra aparece en Hechos 27:29 para describir el ancla que fue lanzada desde el barco; también es utilizada en Lucas 17:2 para describir la piedra de molino atada alrededor del cuello de alguien y lanzada al mar hasta que se hundiera. Es una palabra fuertemente descriptiva. Jesús vio un pueblo que no tenía esperanza. Estaban golpeados por las circunstancias de la vida y hundiéndose en su propia experiencia, estaban cansados y dispersos. Que descripción tan apta para tantas personas en el mundo de hoy.

Jesús continúa diciendo que eran “como ovejas sin pastor” (Mateo 9:36). No había nadie que les diera de comer, no había nadie que los guiara. Estaban buscando a alguien que les señalara la dirección para traerlos a disposición y protección.

¿Al mirar alrededor de nuestras ciudades vemos lo mismo que Jesús vio en Sus días? Hay mujeres y hombres alrededor de nosotros en las mismas circunstancias y situaciones. Están cansados y dispersos como ovejas sin pastor. Ojalá más de nosotros pudiéramos ver la multitud a través de los ojos de nuestro señor Jesucristo. Cuando lo hagamos, veremos un mundo y estaremos conmovidos con compasión a abandonar nuestras zonas de comodidad e involucrarnos.

¿Dónde está nuestro modelo? Lo encontramos mirando hacia atrás para ver la vida de nuestro Señor. Él estaba ocupado como muchos de nosotros hoy en día, sin embargo, Él vio algo. A lo mejor algunos de nosotros hemos estado mirando y no realmente viendo. El Señor Jesús es nuestro modelo. Nunca saldremos de una zona de comodidad a menos de que seamos motivados desde nuestro interior. Hoy, Él nos llama, no solo a mirar hacia atrás y ver nuestro modelo, sino también nos recuerda de:

Nuestro potencial, ¿cómo lo descubrimos? Mirando hacia el exterior



Y “entonces le dijo a sus discípulos: La cosecha es abundante” (Mateo 9:37A).

Escuchad a nuestro Señor. Él nos está recordando que

existimos para aquellos que aún no están acá, Él dice que la cosecha es verdaderamente abundante. Cuando leemos en el lenguaje del Nuevo Testamento no encontramos verbos, simplemente Lo escuchamos decir “¡cosecha abundante!”; la cosecha es mencionada tres veces en este contexto. Se trata de énfasis de Cristo, Él no está hablando de arar, ni de plantar ni de cultivar, ¡está hablando acerca de la cosecha! Estaba hablando acerca de aquellos en el versículo 36 que estaban cansados y dispersos. Él dijo: “porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.” (Lucas 19: 10). En Lucas 15, nuestro Señor contó sus tres historias más familiares, y el mayor énfasis en cada una de ellas fue el hecho de que las personas estaban perdidas. Nunca veremos a las multitudes a través de los ojos de Cristo hasta que las veamos como perdidas.

Hoy en día, en nuestra cultura, no es popular llamar a mujeres y hombres “perdidos”, tenemos otros nombres para referirnos a ellos. Los llamamos inalcanzados o no creyentes e incluso algunos de nosotros nos referimos a ellos como buscadores, lo hacemos de todas las maneras posibles menos perdidos. De ese modo, si no creemos que la gente esté realmente perdida, ¿perdemos la urgencia de verlos cómo? ¡Salvos! De hecho, perdidos, es una palabra obsesionante. Esa es la palabra que al cielo le robaron de la perla de su gran precio, es la misma palabra que causó que los ángeles se inclinaran en reverencia a Él, cuando Él impuso Su gloria. Es la misma palabra que causó que el Padre se diera la espalda cuando su hijo, colgado en la cruz y en la oscuridad, envolviese la tierra. ¿Cuál es el real problema, hoy en día, en nuestro mundo

occidental? Señalamos a las drogas por la pérdida de carácter e identidad y por otras miles de cosas, pero en realidad, el problema es que las mujeres y los hombres están perdidos, sin esperanza y sin Cristo.

Jesús dice, “la cosecha es abundante”. Una vez en Samaria le recordó a sus discípulos no decir que hubo cuatro meses de cosecha sino los desafió a que levantasen sus ojos y que miraran los campos pues “ya la cosecha está madura.” (Juan 4: 35). Nuestra primer labor como pastores fue en la comunidad, cultivadora de trigo, de Hobart, Oklahoma, en las llanuras del suroeste. Yo tenía 24 años y estaba recién salido del seminario, y aprendí mucho de aquellos buenos y piadosos agricultores como Mervin Greb, Kenneth Lawford, John Cokely y otros cuantos. Ellos me enseñaron acerca de la cosecha, de hecho, mi esposa Susan y yo nos mudamos a Hobart durante la cosecha de trigo de 1972. Allí la tierra es tan plana que la gente suele decirte que puedes pararte en un ladrillo y ver los dos océanos; puedes conducir tan lejos como quieras y podrías ver kilómetros y kilómetros de olas de trigo. Fueron de oro en la cosecha. Me recordó del patriótico himno que exclama, “Oh, hermosos cielos espaciosos de olas ámbar de grano”. Sin embargo, Jesús dijo: los campos son “blancos hasta la cosecha”. Esto fue confuso para un joven predicador. Lo que vi, cuando llegó el momento de la cosecha fueron granos de oro, ámbar, de trigo. Un día le pregunté a Mervin Greb acerca de la cosecha, él dijo: “predicador, cuando la cosecha se torne blanca es casi demasiado tarde para recolectarla. Es demasiado madura. Esto significa que tienes que recogerla, a toda prisa, mientras sea blanca. Hay

una urgencia entorno a ello.” Nuestro Señor Jesús dijo que la cosecha era abundante pero también blanca. Hombres y mujeres están listos pero el tiempo es corto, toma meses plantar una buena cosecha pero la época de recolección es corta, muy corta. Cuando llegue el momento, la cosecha debe ser recogida de prisa.

Solía sentarme en el viejo Café A&B en la plaza de la ciudad de Hobart y hablar con esos agricultores en las horas de la mañana. Se sentaban tranquilamente y contaban sus historias a medida que transcurría la mañana. Sin embargo, cuando era época de cosecha no estaban alrededor, no se sentaban en las mesas a hablar acerca de cómo hacían sus mezclas o como transportaban el trigo a los graneros. No se subían a sus camionetas a conducir por los campos y a hablar acerca de cuan abundantes se veían las cosechas. No, el tiempo era corto. Dejaban de hablar y se iban a los campos, se ensuciaban las manos. Si no recolectaban la cosecha la perderían; ¿qué cantidad de cosecha hemos perdido en Estados Unidos? A veces sólo hablamos de ello. El corazón del Señor Jesús está, ahora, en la cosecha de nuestras almas. Él quiere que veamos nuestro potencial y la única manera de hacerlo es mirando hacia fuera, a los campos que están maduros para la cosecha.

Siendo pastor en esa parte del mundo aprendí lo que le pasa al trigo si no es recolectado a tiempo. De hecho, si usted pasa por el Café A&B hoy en día, ellos le contarán. El trigo madurará demasiado, después será inservible, demasiado viejo, se pudrirá y perderá para siempre, caerá al suelo y se descompondrá.

El problema es que en Estados Unidos estamos observando la podredumbre de una cultura, ¿por qué? Somos veloces al culpar a la legislación, a la rama judicial o a la rama administrativa del gobierno. Pero la cosecha es abundante, está blanca. Sin embargo, la Iglesia no se ha metido en los campos. Muchos de nosotros nos hemos agachado en nuestras cuatro paredes. Parecemos estar en nuestro propio Café A&B, cómodos dentro de nuestras zonas de comodidad. Nuestra cultura no conoce a Cristo porque ha dejado la cosecha pudriéndose sin hacérselo saber a Él. Y todo el tiempo Jesús continúa clamando: “la cosecha es abundante”.

Algunos de nosotros creemos que no podemos cosechar hasta que no sembremos. ¿Alguna vez se nos ocurrió que el Señor Jesucristo ha estado plantando? Él dijo, uno planta, otro cultiva y otro recoge la cosecha. Él ha estado trabajando en los corazones, ha estado arando, ha estado cultivando. Recuerde, Él es el señor de las cosechas. Le dijo a esos discípulos, cuando estuvieron en Samaria, que los campos estaban “blancos hasta la cosecha”, ¿pero quién aró los campos en Samaria?, quién plantó en Sicar, ¿los discípulos? No, ni siquiera habían entrado a la aldea, esas personas nunca habían escuchado a un testigo del Evangelio. ¿Quién aró y plantó? Lo hizo Dios. Él estaba trabajando en corazones vacíos.

Miramos hacia atrás para ver nuestro modelo pero también hacia fuera para ver nuestro potencial. La cosecha es abundante, ¿lo vemos? Jesús nos recuerda de:

Nuestro problema, ¿cómo lo descubrimos? Mirando hacia adentro



Y “*son pocos los obreros*” (Mateo 9:37b).

Las cosas no han cambiado mucho, las multitudes aún vienen. Después de todo, nuestro Señor había reunido a miles de personas en las colinas de Galilea pero cuando llegó la hora Él sólo tenía 120, en la sala superior, quienes realmente habían abandonado su zona de comodidad. Jesús dijo que el problema hoy en día era el mismo problema de entonces, “son pocos los obreros”. No los espectadores. Hay muchos, pero aquellos que realmente miran hacia atrás y ven su modelo, y miran hacia afuera y ven su potencial, y aquellos que abandonan sus zonas de comodidad son pocos.

Hoy en día, el problema de Dios no está afuera en los campos, estos son abundantes, están esperando, están listos para la cosecha. En nuestras ciudades, mujeres y hombres están listos para ser cosechados, han intentado todo lo demás; están cansados, están dispersos. Ellos no saben que Cristo padeció por sus pecados en el Calvario. Ellos creen que es mejor que Él haya hecho un pequeño pago inicial y que ellos tengan que trabajar el resto del camino. Tenemos buenas noticias para compartir con ellos. Pero cuando miramos hacia adentro encontramos nuestro verdadero problema.

El problema de Dios es con su propio pueblo. “Son pocos los obreros”. Esto debe romper su corazón y ciertamente debería partir el nuestro. Cuando a los diáconos hay que suplicarles para que compartan su fe, cuando maestros de escuela dominical

esperan a que vayamos a ellos en vez de abandonar sus zonas de comodidad e ir a la cosecha, eso debe partírle el corazón a Cristo. Cuando vemos a un mundo necesitado de Evangelio y a tantos de nosotros en zonas de comodidad, vemos la realidad de Su exclamación, “son pocos los obreros”.

Nuestro Señor nos llama a mirar hacia atrás y ver a nuestro modelo, a ver hacia afuera y ver nuestro potencial, a mirar hacia adentro y ver nuestro problema, y finalmente, Él nos invita a ver:

Nuestra prioridad, ¿cómo la descubrimos? Mirando hacia arriba



Y “pídanle, por tanto, al Señor de la cosecha que envíe obreros a su campo” (Mateo 9:38).

Aquí está el corazón, el núcleo del mensaje de Cristo. Si desaprovechamos esto, nos perdemos todo lo que Jesús nos está tratando de decir en el Día Mundial de las Misiones, “¡por lo tanto, ¡ore!” . Mateo utiliza una palabra para describir lo que Jesús está diciendo aquí. La palabra que traducimos “orar” quiere decir pedir, suplicar. Sí, se supone que nosotros debemos implorar, suplicar, pero algunos de nosotros lo estamos haciendo a la persona incorrecta. Creemos que debemos rogar y suplicar para que aquellos de la Iglesia vayan a los campos cosechados, ¡pero notemos que Jesús mueve la oración al frente de la lista de prioridades para la cosecha! Ya que la cosecha es abundante y los obreros escasos, nuestra inclinación natural es a hacer todo lo que podamos para enlistar trabajadores, les rogamos, les suplicamos; los obligamos. Incluso, algunos de nosotros intentamos motivarlos a través de la culpabilidad. Pero Jesús señala a la oración mediadora como la

fuente principal para mover a mujeres y hombres de sus zonas de comodidad para llevarlos allá afuera a las cosechas.

El señor Jesús siempre hizo de la oración Su propia prioridad. Antes de elegir a sus primeros doce obreros, sus Apóstoles, Él oró toda la tarde, después los eligió y los envió a la cosecha (Lucas 6: 12-13). Él no tuvo que rogarles ni suplicarles, ¡oró y Dios el Padre los conmovió en sus corazones y estaban listos!

El Señor Jesús dice: “Orad”, pero, ¿para qué? ¿Deben ser el objeto de nuestras oraciones aquellos que están en los campos? No, Jesús dice que debemos orar por los “trabajadores”. Algunos de nosotros estamos ocupados orando por vecinos, amigos o familiares. Deberíamos estar orando para que Dios envíe a alguien que abandone su zona de comodidad y vaya a ellos, a recoger la cosecha. Esto debería ser emocionante para todos nosotros. ¿Qué pasaría si viéramos a la gente como Cristo la ve y orásemos para que, de ahora en adelante, Él enviara obreros a la cosecha? ¿Enviaría a algunos de nosotros que oramos sin cesar!

El Señor Jesús dice que oremos al Señor, ¿para qué? Él nos invita a orar para que el Señor “envíe” obreros. Aquí llegamos al lugar en nuestro texto en inglés en el que nunca podremos comprender el significado de, a no ser de que lo leamos en el lenguaje en el que fue escrito. En nuestro Nuevo Testamento hay cuatro palabras en griego las cuales traducimos “enviar”, ¿qué estaba diciendo Jesús? ¿Estaba utilizando la palabra que se traduce “enviar” en Hechos 13:3, cuando dice que la Iglesia en Antioquía envió a Pablo y a Silas? Ahí la palabra significa “liberar o dejar ir”. ¿Estaba utilizando esto más fuertemente en Hechos 13:4, cuando dijo que el Espíritu Santo envió a Bernabé y a Saúl en su viaje misionero? Aquí se antepone la palabra con una fuerte

preposición, significando que el Espíritu Santo los lanzó. ¿Utilizó Él acaso la palabra que encontramos en Mateo 10, versículo 5, cuando la palabra traducida significa “enviar con una citación oficial? La palabra Apóstol la obtenemos de esa otra. Ninguna de esas palabras fue utilizada en nuestro texto. Acá la palabra es “ekballo”, que significa “tirar con un movimiento violento”. La misma palabra es traducida en Mateo 21:12 cuando Jesús arroja a los cambistas del área del Templo; la misma palabra es utilizada en Hechos 27:38, durante el naufragio, cuando los marineros estaban ocupados “tirando la carga”.

Jesús está diciendo que debemos orar al Señor de la cosecha, que recogerá y empujará a la gente a los campos de cosechas, que mujeres y hombres, literalmente no pueden hacer nada más. ¿Cuánto mejor cuando nos envíe a nosotros? El Señor Jesús no les dijo a sus discípulos que fuesen a reclutar obreros sino que oraran al Señor para que tocara sus corazones y que no pudieran hacer nada más. Frescos en mi mente, mientras escribo estas palabras, están aquellos días en mi vida cuando estaba siendo llamado al ministerio, ¡simplemente no había opción! Sabía que Dios me había elegido y arrojado a Su cosecha.

Es interesante notar que nuestro Señor no está simplemente enviándonos a los campos sino a las cosechas. Esta es la apremiante necesidad de hoy en día. Eso es la cosecha, ya está madura, nuestro Señor lo ve, ¿lo vemos nosotros? Y es importante notar que Él es el Señor de la cosecha. En consecuencia, ¿de quién es la cosecha? Es Suya, qué privilegio para nosotros poder ser parte de ella.

Es el momento oportuno para que abandonemos nuestras zonas de comodidad. Las palabras de nuestro Señor son un

desafío para mirar hacia atrás. El Señor Jesús es nuestro modelo. Él dejó su zona de comodidad y se encontró a sí mismo, allá afuera, entre las personas que estaban necesitadas. Esto también es un desafío a mirar hacia fuera. Este es nuestro potencial, la cosecha nos rodea. Esto también es un desafío para mirar hacia adentro. Realmente este es nuestro problema, ¿lo vemos? ¡Los obreros son pocos! Finalmente, el desafío de nuestro Señor es el de mirar hacia arriba, esa debería ser nuestra prioridad. Hacer un llamado a Él para pedirle que envíe obreros a Su campo de cosechas.

Nuestro Señor Jesús abandonó su propia zona de comodidad porque usted era parte de la cosecha. Él dejó su Gloria a un lado y trabajó sobre usted y yo a través de circunstancias, tal vez a través de sufrimiento, a lo mejor una palabra dicha como manzanas de oro y figuras de plata. Tal vez algunos de nosotros estemos fatigados, otros podremos sentirnos dispersos. Él nos ve y su corazón aún se mueve de compasión por nosotros.

*Escuche la voz de Jesús diciendo
 Quién vendrá y trabajará para mí
 Los campos están blancos y la cosecha esperando
 Quién se hará cargo de las vainas
 Fuerte y largo llama el Maestro
 Rica recompensa ofrece un servicio gratuito
 Quién responderá alegremente
 Heme aquí estoy, envíame, ¡envíame!*

“Escuche la voz de Jesús llamando”

Palabras por Daniel March

Navidad: Vamos a Belén

Lucas 2:15

Fue una noche maravillosa. En su libro *The Salty Tang*, Frederick Speakman lo plantea de la siguiente manera. “Era una noche callada, pero había música. Era una noche oscura, pero había luz”. Belén casi se la pierde. ¡No había cuarto! Muchos de nosotros recordamos el momento del nacimiento de nuestro primer hijo. La ida al hospital, el entorno estéril, la presencia de familiares y amigos. Pero en la primera Navidad, una joven judía embarazada se encontraba sin la posibilidad de tener una sábana limpia en una simple cuna decente. Al momento de dar a luz, su cama fue la paja de un establo y, cuando el bebé nació, con dedos temblorosos, aunque agradecidos, ella lo envolvió en telas y lo puso en un pesebre.

En la ladera de la pequeña aldea había un grupo de pastores comunes y corrientes. Mientras que el gran evento ocurría sin previo aviso en Belén, ellos tuvieron una visita sorpresiva del cielo. Después de la anunciación angelical

del nacimiento del Mesías y la canción de alabanza del coro celestial, los pastores se dijeron unos a otros, “Vamos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha manifestado” (Lucas 2:15). Y diciendo esto, emprendieron camino y lo encontraron. “Luego volvieron “glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, como se les había dicho” (Lucas 2:20).

Ubicada en la cima de una montaña de Judea a seis millas al sur de Jerusalén, Belén ha tenido una historia larga y memorable. Se menciona por primera vez en las Escrituras con la muerte de Raquel. Allí, su marido Jacob, destrozado, la enterró en las afueras de la ciudad (Génesis 35:19). Fue en Belén donde Rut la moabita se enamoró de Boaz, el señor de la cosecha (Rut 1:22). Fue allí donde David, apacentaba las ovejas de su padre cuando era niño, y donde fue ungido rey por el profeta Samuel. Fue en Belén, que siglos antes de Cristo, Miqueas predijo que sería el lugar del nacimiento del Mesías (Miqueas 5:2)

Al caminar hoy en día por Belén vemos que es un pequeño pueblo en la misma colina. Cincuenta mil residentes llaman a este lugar de control palestino- israelí, su hogar. Sus pequeñas calles son invadidas por más de un millón de visitantes cada año. Cada uno de estos peregrinos está allí para visitar la cueva que descansa bajo una gran iglesia bizantina ortodoxa que ha estado desde 530 d. c. que a su vez fue construida sobre el sitio de la estructura construida por Helena, madre de Constantino, hacia el año 325 d. c.

Hoy Belén es un pueblo agitado que, como todas las otras ciudades del mundo, está a la espera de la llegada del

Príncipe de Paz. Nuestro Señor nació en Belén en un entorno muy similar al que prevalece hoy en día. Tanto los judíos de los días de Jesús, como los palestinos de los tiempos modernos, estuvieron subordinados a los intereses económicos de sus vecinos más ricos y poderosos. Ambos estuvieron en campamentos de refugiados o en pequeñas aldeas, al lado de una cultura que era más moderna e influyente. Ambos fueron víctimas de discriminación y repudio. Y, ambos grupos tenían un elemento dentro de ellos que era propenso a las revueltas armadas y a la violencia. Fue en este entorno que nuestro Señor llegó a nuestro mundo.

Vayamos a Belén y, cuando estemos allí, hagámonos una pregunta — ¿es mi vida un Belén? ¿De qué se trata? Belén es un lugar de potencial. Es un lugar de providencia. Es un lugar de privilegio. Nuestro Señor anhela que cada uno de nosotros se convierta en un Belén en nuestro propio derecho. Es decir, en una persona de potencial, providencia y privilegio.

Belén es un lugar con potencial

Piense en esto. De todos los lugares para que naciera el Mesías, Dios escogió a Belén. En las palabras de Miqueas se expresa así: “pequeña entre las aldeas de Judá” (Miqueas 5:2). Uno claramente hubiese esperado que el Mesías naciera en Jerusalén o, por lo menos, en uno de los muchos pueblos de la región que eran más grandes y prominentes que Belén. Pero Dios tiene una forma de residir entre los humildes. Él dijo: “Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu” (Isaías 57:15).

Belén nos recuerda que los pequeños serán grandes; y que los últimos serán los primeros; que Dios les da fuerza a los débiles; y valor a las cosas básicas del mundo y no a las cosas que se valoran. Sí, Belén es un lugar de potencial. Tal vez usted se sienta insignificante, pequeño entre aquellos que le rodean. Usted, al igual que Belén, es la persona que Dios puede utilizar. Belén tiene potencial... ¡Y usted también! Es posible que, como Belén, usted simplemente no se haya dado cuenta todavía.

Cuando Dios nos ve hoy, no se fija en lo que somos sino en lo que nos podemos convertir, siempre y cuando le hagamos un espacio. ¿Recuerda usted el primer encuentro entre Simón Pedro y nuestro señor Jesucristo? El no se fijó en él por quién era y por lo que era, se fijó en él por el potencial de lo que podía llegar a ser y a hacer. Le dijo: “Tu eres Simón (una pequeña piedra) , pero serás Cefas (Una roca)” (Juan 1:42). Jesús vio el potencial que había en su vida. Tres y años medio más tarde, Pedro alcanzó ese potencial y se convirtió en el líder indiscutible de la Iglesia de Jerusalén.

Cuando el señor ve dentro de su vida y mi vida, no se fija en lo que somos ahora, sino en lo que podemos llegar a ser. Es parte del mensaje de Belén. Es un lugar con potencial. “Era pequeña entre las aldeas de Judá” (Miqueas 5:2) pero tenía un gran potencial.

¿Su vida es un lugar con potencial, como Belén? Dios no llegó al mundo en el Palacio del César, ni en la corte de Herodes. Muy discretamente, casi sin previo aviso y algo incógnito, nació en un pequeño pueblo aparentemente insignificante, pero con un gran potencial. Dios nos recuerda hoy

que, aunque podemos parecer algo insignificante ante los ojos del mundo, ante sus ojos tenemos un potencial para ser grandes. Belén es un lugar con potencial. Véase usted mismo hoy como un Belén. Usted también tiene potencial.

Belén es un lugar de Providencia

Muchos siglos antes del nacimiento de Cristo, Dios anunció a través de Sus profetas que Belén sería el lugar de nacimiento del Mesías prometido de Israel. Cuando se difundió la noticia del “nacimiento de un rey”, Herodes pidió al sacerdote principal la ubicación del lugar de nacimiento profetizado del Rey Mesías. Él le respondió con prontitud: “En Belén de Judea” (Mateo 2:5-6). ¿Pero cómo podía ser esto posible, si José y María vivían en Nazaret, a 70 millas y a varios días de camino hacia el norte? Belén no es simplemente un lugar con potencial, también es un lugar de providencia. Dios todavía trabaja en los asuntos de los hombres mediante su propio diseño y voluntad soberana.

Lucas comienza su historia de la narrativa de la Navidad diciendo: “Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado” (Lucas 2:1). Pero en realidad hay mucho más detrás de ese versículo. ¡El edicto no fue emitido por César sino por Dios mismo! Fue la divina providencia la que llevó a César a emitir ese decreto. César fue sólo un peón en la mano de Dios. Si alguna vez ha habido un lugar de providencia ese fue Belén. Dios puso a todo el mundo en marcha para cumplir su palabra. En el momento preciso, utilizó un decreto romano

para llevar a María y José de Nazaret a Belén.

Hoy en día Dios todavía obra en nuestro mundo. Daniel nos recuerda que: “El Altísimo gobierna el reino de los hombres” (Daniel 4:17). Salomón dice: “Así está el corazón del rey en la mano de Señor” (Proverbios 21:1).

Dios se está moviendo detrás de las cámaras en los asuntos mundiales de la actualidad. Está poniendo en marcha a todo el mundo para cumplir su palabra. Hay una enorme euforia con la unificación de la Comunidad Europea, especialmente a la luz de su moneda común. ¿Será posible que detrás todo esto esté la mano de Dios cumpliendo con su palabra, mientras lleva a nuestro mundo hacia la llegada de un solo gobierno mundial con un gran gobernante que surja para ofrecer la paz mundial, siendo seguido por las masas?

Belén es un lugar de providencia, aunque los judíos del siglo I no pudieran verlo. Póngase en su lugar. Ellos fueron oprimidos por un gobierno invasor al que despreciaban

pagarle impuestos. Fueron afectados e incurrieron en gastos para viajar a Belén con el fin de registrarse en el tributario romano. Se deben haber preguntado “¿dónde está Dios?” Y mientras tanto, detrás de todo este asunto estaba la mano de la providencia de Dios a fin de llevarlos a Belén.

Lo mismo nos sucede a nosotros. Muchas cosas que a simple vista pueden parecer problemas, pueden no ser más que la mano de Dios llevándonos a nuestro propio Belén. Tal vez nos sentimos tan afectados como María se debe haber sentido. Esas sí son molestias; María tuvo que viajar 70 millas sobre el lomo de un burro en el terreno más accidentado posible, mientras se encontraba en el último trimestre

del embarazo. Y mientras tanto, Dios se está moviendo tras bastidores, orquestando mediante Su providencia, nuestra situación o circunstancia, permitiendo, incluso, que ocurran ciertas cosas que no parecen ser para nuestro beneficio. ¿Por qué? A fin de llevarnos a Belén para que podamos ver nuestro potencial y Su providencia. ¿Es su vida un Belén?

Belén nos recuerda que Dios cumple su palabra. Él Cumple lo que promete independientemente de qué tan difíciles parezcan los obstáculos. Si usted comienza a dudar de algunas de las promesas que Él le ha hecho, simplemente recuerde a Belén. Es un lugar providencia, así como de potencial.

Belén es un lugar de privilegio

Qué privilegio tan grande ser la ciudad escogida para ser cuna del hijo de Dios. De todas las ciudades en el mundo, ¿por qué Belén? ¿Por qué no Jerusalén? Era la sede del poder religioso. Pero Dios quería enviar un mensaje. La esperanza del mundo no está en la religión. ¿Por qué no Roma? Era el centro del poder político. Dios quiere que todos

Sepamos que la esperanza del mundo no está en la política. ¿Por qué no Atenas? Era el centro del poder intelectual. Pero la esperanza del mundo no está en la filosofía. ¡Dios le dio el privilegio a la pequeña ciudad de Belén, porque la esperanza del mundo está en un Salvador! Belén es un lugar privilegiado.

El Señor Jesús vino a hacer su misión a Belén y, 33 años más tarde, esa misión lo llevó a una Cruz fuera de los muros de la ciudad de Jerusalén. Pero antes de la Cruz hubo una cuna, y, esa cuna fue divinamente colocada en Belén. Pero cuando llegó

el momento, la mayoría del pueblo se lo perdió. Los momentos divinos van y vienen. ¿Cómo reconocerlos?

Speakman, dice: “Muy a menudo se presentan como cualquier otro momento y, muchas veces, cuando estamos muy ocupados y convencidos de que otra cosa que estamos haciendo es demasiado importante”. Y el peligro es que dejamos pasar el momento sin nunca saber lo que podría haber ocurrido, en gran parte como le sucedió al hospedero de Belén.

¡Este capítulo puede ser un momento de Belén para usted! Al igual que Belén, usted también puede despertar a un mundo nuevo. El mismo Cristo nacido en Belén puede nacer de nuevo en usted. Pablo lo expresa de esta manera: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gálatas 4:19).

Si pensamos que Belén tiene el privilegio de haber sido la cuna de nuestro Señor, qué gran privilegio será que Él nazca en nosotros. Cuando gran parte de nuestro mundo ni siquiera ha oído su dulce nombre, qué privilegio que Él viva en nosotros.

En mi biblioteca tengo un libro antiguo escrito por un hombre llamado Phillips Brooks. Fue pastor de la Iglesia de la Santa Trinidad en Filadelfia en el siglo XIX. En 1865, hizo una peregrinación personal a la Tierra Santa. A diferencia de la que hice recientemente, Brooks tardó varias semanas a bordo de un barco, en lugar de varias horas a bordo de un avión Jumbo.

La Nochebuena viajó de Jerusalén a Belén a caballo. Aquella escena y su experiencia quedaron grabadas para siempre en su mente. Ya en Filadelfia, durante la temporada de Navidad de 1868 su mente estaba llena de recuerdos de aquella Navidad en Belén. Se sentó en su escritorio y las pal-

abras comenzaron a fluir desde su pluma al papel. Esa noche escribió la letra de la canción que los creyentes hemos cantado por más de un siglo, conocida como “O Pueblecito de Belén”.

Al pensar en Belén, Phillips Brooks expresó lo siguiente---
 “las esperanzas y temores de todos los años se cumplen en ti esta noche.” Sí, las esperanzas y temores de todos los años se cumplieron en Belén aquella noche. Christina Rossetti añadió “aquella noche” en un lenguaje más poético:

*Aquella noche al oír los pastores aquel coro angelical,
 un sordo sueño que podía escuchar.*

*Aquella noche, mientras en un pesebre madre e hijo dormían,
 los lisiados soñaron que sus piernas tenían.*

*Aquella noche, cuando sobre el recién nacido una madre se
 inclinaba,*

Un leproso repugnante soñaba que ya limpio estaba.

*Aquella noche, cuando en el seno de su madre el rey estaba
 seguro,*

una ramera soñaba que su cuerpo era puro.

Aquella noche, mientras en un pesebre el Salvador dormía,

Un hombre moría, soñando que ya jamás tumbas habría.

¿Qué le daré?

¿Qué le daré con lo pobre que soy?

Si fuera pastor le daría un cordero

Si fuera yo un sabio traería mi camello

¿Qué le daré, qué le puedo yo dar?

Hoy mi corazón yo le voy a entregar!

Y cuando lo hagamos, nosotros también nos convertiremos en un Belén; un lugar de potencial, providencia y privilegio.

BUENAS NOTICIAS *para* DÍAS GRANDIOSOS



Una BUENA NOTICIA es bienvenida en cualquier momento. En un mundo donde tantas personas están buscando significado en sus vidas, hay un gran deseo de escuchar una palabra alentadora. Los púlpitos de América proveen una maravillosa oportunidad para compartir la noticia que cambia

las vidas. La Buena Noticia de un Salvador que nos ama es lo que el mundo todavía necesita escuchar.

En esta colección de mensajes para días especiales, la Buena Noticia está expresada en cada capítulo. Cualquiera que sea la ocasión especial, el mensajero de Dios tiene una oportunidad y un privilegio para compartir... Buenas Noticias para Días Maravillosos.

O.S. Hawkins sirve como president y director ejecutivo de GuideStone Financial Resources de la Convención Bautista del Sur.



2401 Cedar Springs Road, Dallas, TX 75201-1498
1.888.98.GUIDE • www.GuideStone.org

ISBN 0-9671584-3-5



9 780967 158433